

TOMO CLXI

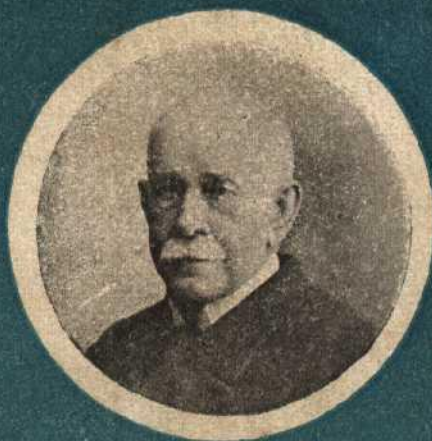
Premio Cande de Mares.

BIBLIOTECA PATRIA

La Duquesa de Quitraco

por

ISIDRO BENITO LAPENA



NOVELA

LAUREADA

Precio: 2'50 PESETAS





Al Theatre procer, mi
antiguo y querido amigo, el
Exmo Sr Marqués de San
Juan de Piedras-Albas, mériti-
simo miembro de la R. Aca-
demia de la Historia, para
que tenga compasión,
si es que lo merece, de esta,
antes desdichada, y despues
venturosa)

~~V~~ DUQUESA DE QUITRACO y,

(Segunda parte de Melitón Saura).

Aunque no lo merezca,
de su anciano autor

Pedro Perito

Avila 15 de Octubre,
de 1920.

ES PROPIEDAD

Biblioteca "PATRIA,, de obras premiadas. --- Tomo CLXI.

LA DUQUESA DE QUITRACO

NOVELA DE ACTUALIDAD

POR

ISIDRO BENITO LAPEÑA

OBRA LAUREADA CON EL PREMIO

Conde de Mieres

OFICINAS:

FUENCARRAL, 138, 1.º, DERECHA

EX A M O R I O

Quien no ha recibido de la naturaleza un espíritu falso y un corazón perverso, los puede cambiar con la frecuente lectura de libros malos, tanto ó más perjudicial que la conversación y trato con hombres corrompidos.—BAILLET.

La buena novela, la novela que aspira á deleitar por medio de la belleza, no puede menos de contribuir indirectamente al triunfo de la verdad y del bien, por la íntima relación que existe entre lo bello, lo verdadero y lo bueno.

MARCELO MACÍAS.

(Lemas de la «Biblioteca»).

NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no implica recomendación de otros libros de los mismos autores que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y ortodoxia de las que publicamos, que en todo tiempo están sometidas á la autoridad de la Iglesia.

La Dirección.



Obra laureada

Esta obra ha obtenido el premio
Conde de Mieres

Instituído en el año 1920 pa-
ra el fomento de las Buenas
Lecturas, por este nobilísi-
mo bienhechor de la morali-
dad, el casticismo y el arte
en las obras literarias. —

*... y lo recordarán, elogián
y bendecirán, los entendimien-
tos que su lectura ilumine, los
corazones que mueva, las almas
que fortifique y allmente.*

† ANTO LÍN LÓPEZ PELÁEZ.

ARZOBISPO DE TARRAGONA.

(Cruzado de la Buena Prensa. Pág. 131).

PRÒLOGO

La verdad ante todo, lector.

Yo no puedo hablar imparcialmente de esta obra, ni de su autor, porque me ciega el cariño.

Don Isidro Benito y Lapeña, hombre de bien, castellano de la cepa que dió misioneros, capitanes, adelantados y virreyes en los siglos XVI y XVII, católico de más obras que palabras, es el patriarca de mi tribu, el anciano, el venerable de mi familia.

Y hecha esta leal declaración para que nadie pueda llamarse á engaño, el que quiera leer, lea esta tentativa de prólogo, si prefiere á una exteriorización fría de juicios, una manifestación caliente de afectos.

*
**

«La duquesa de Quitraço» es una novela realísima (no confundir con realista) de actualidad palpitante, de divulgación y defensa de la fe.

Sus personajes son tan de carne y hueso

que, leyéndolos cree uno encontrarse en el portal de una fotografía de moda, donde se exhibe la gente conocida.

¿Quién no ha conocido á muchas Damianas Crispín?

Desde aquellas suripantas de los Bufos de Arderius hasta las *chanteusses* y *dansseusses* de hoy, es interminable la lista de las pecadoras que han escalado las altas posiciones, por las artes del modisto, del joyero y del perfumista y por la imbecilidad del viejo tonto, que cree posible la existencia de dos primaveras en un año.

Los Rodolfos Ferrer, canalla de *smoquin* que desvalija á los incantos en las encrucijadas de la bohemia elegante, son vulgarísimos y abundantes en la fauna materialista de los que se llaman á sí propios, espíritus fuertes, para ocultar su cédula personal de refinadísimos sinvergüenzas.

A don Ladislao, al atrayente, al ejemplarísimo don Ladislao, lo hemos conocido todos, con distintos nombres y en aldeas y en ciudades, sonriente, bondadoso, venerable y *ferozmente* caritativo, como los predilectos de Dios, como los escogidos que en la tierra llevan dentro del corazón el poema blanco del Evangelio.

Tipos á la Melitón Sauro, los ha producido en abundancia, y principalmente en los países más castigados por la impiedad, la espantosa guerra que ha asolado al mundo.

Porque los hombres, espantados del estrago de la tierra, han levantado sus ojos al cielo. Y cuando los hombres miran á lo alto, ha-

llan á Dios. Aunque sean revolucionarios é impíos de los más radicales. Porque, en cada radical de buena fe, hay un místico, con cataratas espirituales.

El fondo de «La duquesa de Quitraco» es moral, cristiano, con una jugosidad, un brío y una abundancia de ideas, que parecen concepción y fruto de una inteligencia joven y fogosa. ¡Y las ha elaborado un hombre de 79 años! Pero eso no tiene nada de sorprendente.

La vejez es mocedad, mocedad siempre florida para los ancianos que beben, á todo pasto, las purísimas aguas de la virtud y que confortan su espíritu con la comunión diaria.

La Sagrada Escritura y las obras de los Santos Padres son la cantera de donde se han sacado las piedras preciosas de los delicados pensamientos que falgulan en esta novela, engarzados en las filigranas de un estilo sóbrio, que, á veces, resulta estrecho para contener la robustez de los juicios, y con un acentuado sabor de sintáxis figurada, á lo clásico, adquirido inconscientemente en la continua lectura de los buenos autores.

Santa Teresa de Jesús ejerce sobre el autor una influencia decisiva. No le basta encabezar todos los capítulos con sentencias de la Doctora abulense, de los cuales extrae hábilmente el perfume místico que derrama sobre todos los párrafos; sino que cuando los personajes llegan al conflicto moral, á la confusión en su espíritu, otro pensamiento de la Santa, ofrece con su luz cegadora la solución. . .

¡Teresa se llamó también la mujer que sembró con flores de abnegación la áspera senda de la vida del autor; la santa que hoy vela por él y por sus hijos desde el cielo!...

Hablando ahora de él, diré que es hombre... pero ¿á qué molestarme en hacer un retrato, que según he confesado al principio de este prólogo, el afecto haría que resultara con demasiado colorido?

Fijense los lectores, fijense al leer «La duquesa de Quitraco» en el tipo de don Manuel Barrientos, del cual nada he dicho antes intencionadamente.

¿Ven esa placidez de espíritu, esa paz de conciencia, esa firmeza suave de carácter, esa grandeza de alma, esa fe inmovible, esa caridad callada y oculta?

Pues ese.

Alfonso Benito Alzaro.

LA DUQUESA DE QUITRACO

CAPITULO I

¡TRIUNFASTE, GALILEO!

Dios es todopoderoso, y todo lo puede, y todo lo cambia cuando quiere, y todo lo gobierna, y todo lo hinche con su amor.

Santa Teresa.—«Su vida», 28.

¡TRIUNFASTE, galileo!... —gritó Melitón, saltando del sliping y alargando á Ramiro las dos manos.

—En verdad que no te hubiese reconocido —contestó éste, tomándoselas con manifiesta frialdad—si no hubiera sido por el timbre inconfundible de tu voz.

—¿Tan cambiado estoy?...

—Tan radical, tan ventajosamente cambiado te hallo, que pareceme ser arte de encantamiento ó efecto de un milagro.

—Pues pronto convencerte espero de que,

si tanto la generosa mano del Señor mejoró mi físico, no menos, antes mucho más, perfeccionó mi espíritu...

En horrenda y á la par felice noche se cambió, radicalmente, la enrevesada decoración de mi existencia. Es que durante ella fuí arrojado á ignota y apartada isla, donde se me dieron á conocer insuperables amores, y á gustar los sabrosos deleites de la bendita Religión de Cristo.

—Ya en tu carta, desde el Havre, me anunciaste que un trágico naufragio te había abierto los ojos de la fe...

—Y tú lo dudarías... ¿No es verdad?...

—¡Parecíanme tan radidas y arraigadas tus ideas!...

—A probar con hechos vengo lo que te anticipó mi carta.

No se me oculta el gran trabajo que quizás me cueste convenceros de ello, pues vosotros —con razón y justicia recelosos— direis ciertamente como Homero: *la olla guarda mucho tiempo el gusto de la cosa de que fue llena cuando reciente.*

—¡Todo podría suceder!...

—Pues yo en esta ocasión, amigo mío, en nuestro Dios y en mi ánimo confío... Además, *mucho tiempo* no es siempre, y *mucho tiempo*, y no otra cosa, fue lo que dijo Homero.

—Has dicho en nuestro Dios confío, y ante tal invocación sí que te creo; pues, según afirmaba de continuo una grau doctora española, *Solo Dios basta.*

—Mucho me place tu oportuna traída á mi memoria de semejante cita.

Ocabalmente á la lectura asídua de las máximas de Teresa de Jesús—las cuales, leídas con amor, es mucho lo que en la mente y el corazón perduran—debo yo los succulentos y sazonados frutos de mi sincera conversión.

A las inspiraciones de esa santa debo el traer ahora en mi pecho sólo aspiraciones infinitas... el que se haya levantado mi corazón á las esperanzas sempiternas... el que venga de nuevo á nuestra patria, en la que antes envenené muchas inteligencias escasas y sencillas con falsas predicaciones, á enderezar mi actividad, mi experiencia, mi cultura, mi dinero y mis intentos, á otros muy loables y altos fines...

—¡Puedes decirlo en verdad! Porque realmente es mucho lo que esa Santa bendita ensancha el pecho y eleva el alma cuando asegura (1): *Tiene el Señor en mucho lo que le dáis y quieréósló pagar bien, pues os dá su reino, aún en vida, como dicen.*

La cuestión, amigo mío, estriba en saber aprovechar tan excelsas enseñanzas.

—Mi buena voluntad disculpe lo que pueda haber de presunción en aquesta mi respuesta: ¡Yo las aprovecharé!...

—Plegue á Dios que así sea.

—Hay tres modos de aprender, Ramiro.

—¿Quáles son?...

—Limitarse á oír, al vuelo, la explicación del profesor es el primero.

El segundo consiste en meditar esa explicación, robando, cuando preciso sea, algunas

(1) Santa Teresa. — «Camino de perfección», 54.

horas al tiempo debido al recreo, á la comida y al descanso.

Y, por último, el tercero es leer, asiduamente, se esté dormido ó despierto, en el tráfago borrascoso de la vida, que es libro que jamás se cierra, sino que noche y día permanece abierto.

Dícese de los discípulos primeros que nunca sabrán gran cosa; de los segundos que quizás aprendan más; pero se afirma, en especial, de los postreros que maestros sabios serán en cuanto emprendan.

—Me maravilla tu cuerdo discurrir.

—Pues maravíllate igualmente de mi vanidad y mi osadía, si, á lo dicho, añadido que yo aspiro á ser de los terceros.

—Y lo serás: todo lo puede una buena voluntad.

Escribe San Agustín que el Señor atiende más al fin de la intención que á la substancia y al éxito de la obra, y para algún alto fin puso Dios en tí esa tan noble inspiración.

—Ella guiará mis empresas desde ahora y yo no tendré que hacer otra cosa, sino seguirla sin vacilar y con denuedo.

—Discreto es, ciertamente, tu modo de pensar...

Léese, en el seráfico de Sales, ser la *inspiración un rayo celestial*, al que sólo pueden compararse los rayos que despide el sol. Porque la inspiración *esparce en el corazón una luz calurosa que hace ver el bien, á la par que da calor para inquirirle y prodigarle*, á semejanza de los rayos solares, que calentando alumbran, y que calientan alumbrando.

—Pero es el caso, Ramiro, que apesar de mi ardiente fe; y de mis nuevas entrañables esperanzas; y de mis animosos y reforzados bríos, no bien, para mi confusión y menosprecio, reconstruyo en la memoria mi pasado, ¡me hallo tan pequeño y tan indigno!...

— ¡Tanto mejor!... Yo con la Santa, que te ampara, digo (1): *Dios no es acetador de personas: á todas ama, no tiene nadie excusa; su Soberana Voluntad es mostrar su grandeza, algunas veces hasta en la tierra más uere, y disponerla eficazmente para que produzca todo bien.*

*
* *

Efectivamente: Aquel hombrachón de antaño, craso, ventrudo y abotargado, habíase convertido, en pocos años, en un elegante burgués de muy correctas y delicadas formas.

Todo había cambiado en él menos los ojos: estos siempre grandes, rasgados, penetrantes, ornados de larguísimas pestañas, y en los cuales se reflejaban, bravamente, los destellos de un entendimiento luminoso, la firmeza de una voluntad de hierro, y el ardor vigoroso de un corazón fuerte y dominante.

En una palabra: aquel hombre antes repulsivo, grosero y vulgar, habíase trocado, como por arte de magia, en todo un burgués atractivo, simpático y correcto.

*
* *

(1) Santa Teresa.— «Su vida», 21 y 27.

—No debo ocultarte—prosiguió Ramiro—
—que, con exceso de prevención y no poco recelo, abrí tu inesperada carta; y que de ella dí cuenta á mi anciano amigo, don Manuel Barrientos.

—Hiciste bien; de seguro recelaría como tú.

—Perdónanos. ¿Cómo era posible, sin expresa designación de lo Alto—de la que yo estimábame indigno—que á mí; al reaccionario; al fanático; al odiado neo había de escójerseme para ser el primero ¿qué digo el primero?... el único que recibiera, y diera la bienvenida por su vuelta á Sabario, al rey del sectarismo; al furioso destructor de supersticiones religiosas; al libre pensador; en fin, al defensor de la supremacía de la materia sobre el espíritu?

—¡Es verdad!... Permíteme esta sola excusa... ¡¡Estaba ciego!!...

Mi corazón rebelde, inquieto, corrompido, sedicioso, íbase trás los antojos de la ruin materia avasallando y desobedeciendo á la razón, con igual ímpetu ciego que se precipitan, sobre el sufrido valle, los peñascos desgajados de los cerros.

Hoy ya veo... Hoy mi corazón está curado merced á la gran misericordia del Señor... ¡Te lo juro por quien soy!...

—Y yo lo creo: pues entiendo que Dios podrá diferir el auxilio de su gracia, pero negárnosla no lo hace: no puede hacerlo, porque es nuestro padre y quiere nuestro bien.

Aquellos dos ilustres personajes, aquellos dos hombres de gran viso, que se aborrecían política, educativa y socialmente, quienes nunca quisieron cambiar entre sí ni aún el menor saludo, porque abismales diferencias de opinión los colocaron siempre el uno frente al otro, en el Parlamento, en el Ateneo y en la Prensa, miráronse fieramente largo rato, sin pestañear ninguno de ambos, cual si, por imperio del sino, tornaran á la siempre inveterada y muy provocadora actitud de desafío.

¡Pero, oh singular misterio! Así como el angel de la soberbia hace, no pocas veces, que, entre amigos íntimos y antiguos se crucen miradas imperativas, en las que, asomándose á los ojos el orgullo de las almas, no hace falta hablar para que se rompan súbitamente añejas y entrañables amistades, así la Providencia de Dios dispone, con su bendita gracia, que al mirarse con especial fijeza dos almas odiadas y enemigas, ambas se diluyan juntamente en amor santo, y, recobrando sobre sus pasiones el perdido imperio, se abracen sus cuerpos y sin pronunciar palabra, hasta parecer fundirse en uno solo...

Méilton era un convertido de verdad, y Ramiro un cristiano de siempre: no era menester más.

*
**

—¿.....?

—¡No Ramiro no!... No fueron reveses de fortuna los que operaron en mi espíritu tal cambio... Fueron los cuarenta y tres años pa-

sados, que revivieron súbitamente en mi conciencia, durante aquel cuarto de hora del naufragio.

—¡Loado sea Dios!

—Soy dueño de un caudal cuantioso.

En los pocos años que estuve ausente de Sabario, centuplicué mi capital, ya muy crecido cuando huí de aquí.

—Tuviste gran suerte en los negocios...

—Así lo juzgaba yo... Con placer satánico veía que la suerte loca, no sólo me enriquecía y encumbraba vertiginosamente, sino que, con ímpetu creciente, avivaba en mi pecho los enconos y los deseos de venganza, para que llevar pudiera á mi patria mayores aceleración y medios á los sangrientos derroteros, que ya en ella dejé iniciados al partir.

Hube aprendido, en Rusia, en Hungría y otras naciones, las industriosas doctrinas y en extremo productivas del bolchevismo, para quien sabe erigirse en señor de horca y cuchillo, y pensé, por este medio, vengarme á mi sabor de los odiados sabarianos.

—¡Cuán siempre oportuna y sábia es la Providencia del Señor—murmuraba para sí Ramiro.

—¡Si amigo mío! ¡Sí!... una sola noche bastó—prosiguió lentamente Melitón—La sola y única noche digna entre todas las noches de mi existencia, bastó para que mi noble alma, formada para el bien, se diera cuenta de la fétida y ominosa atmósfera, que aspiró por espacio de cuarenta y tres años, todos ellos en la maldad gastados.

Calló Melitón unos minutos, quizás bajo el peso de sus abrumadores pensamientos, cuando de pronto, cual si de penoso letargo despertara, preguntó vivamente á Ramiro.

—¿Sabes tú lo que es bolchevikismo?

—Sólo se lo que de él dice la prensa.

—Yo lo he visto con mis propios ojos, y á explicártelo voy; estáme atento:

Es una revolución infernal... Otro pronunciamiento más de las huestes sanguinarias de Satán, quien ayer vestido de Nerón y actualmente de Trotzki disfrazado, activa—en su odio á Dios—los más protervos instintos del humano sér, para, riéndose de los hombres, saciar en los hombres toda la rabia de su eterna envidia...

Allí él dice á la plebe y á los imbéciles y perversos que todos los hombres son iguales á Dios, é iguales todos ellos entre sí, fueren los que quisieren sus pensares y sus sentires y procederés.

Que lo que un hombre consigne hacer, todos los demás pueden hacerlo, con solamente querer; por que eso de las ciencias, de las artes, de la industria y del saber, son paradojas, patrañas inventadas por los curas y los ricos, para que sufran y trabajen los pobres, que son los más, y ellos conseguir holgar y triunfar, siendo los menos...

—Pero semejante comunidad de gentes cuajada estará de injusticias, y regada continuamente de lágrimas y sangre.

—¡Claro que así es!... Voy á describir, siquiera á grandes rasgos, la patente salvajez de sus doctrinas:

La dictadura inculta y cruel de los de abajo... El predominio absoluto de la materia sobre el espíritu... El poder, la autoridad, el gobierno, la propiedad, la tierra, la industria, el presente y el futuro de la patria, ¡todo!... todo en manos del proletariado... La supresión de las jerarquías... La imposición del trabajo manual obligatorio á todos los ciudadanos... Y, por último, la socialización de las mujeres en el más repugnante libertinaje, ó sea la destrucción del hogar, y la desaparición de la familia.

—¡Imbéciles!... — interrumpió tristemente Ramiro.

¡Si quitais el hogar y la familia, célula del cuerpo social humano, exigida por el mismo derecho natural que hizo á la humanidad sociable, ¿en dónde hallareis, luego, esa comunidad de gentes, que pretendéis insensatos explotar?...

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Vete á ellos con silogismos y con sensatez!...

Escucha sus sociales procedimientos:

La guerra sin cuartel contra todo lo presente; contra todo lo honrado; contra todo lo digno y cultural.

La estafa, el robo y la rapiña por sistema, sin que se permita, ni se considere necesaria ninguna explicación.

El vulgar asesinato de frente ó por la espalda, pero siempre impune en todas las contiendas, en todos los enfados y en todas las venganzas personales.

El fusilamiento de inocentes, de ancianos, de mujeres y de niños, sin otro testimonio ni

proceso, que el capricho de quien tenga medios materiales para ello.

—¡Horror! ¡Horror!...—clamaba despavorido el bueno de Ramiro.—¡Los hombres civilizados, cuando no temen á Dios, son infinitamente más sanguinarios y voraces que los feroces senegaleses y antropófagos!...

—¡Sin duda fue por eso, por lo que tomó la civilización el salvador acuerdo de traerlos á Europa, en defensa de la justicia, de la libertad y del progreso!—rugió Sauro al terminar su descripción, igual que lo hace la irritada nube, cuando después de descargar se aleja.

*
* *

Tras ligera pausa, Ramiro, algún tanto replegado de su asombro, preguntó á su amigo:

—Y dime, las clases trabajadoras, los menestrales, los obreros, que en todas partes son los más, ¿qué bienestar, qué beneficios obtienen en ese singular sistema de gobierno?

—Lee este periódico (1), recientemente publicado (2) en Varsovia, pues en su artículo titulado *Lenine, Trozky y Chinoviet*, se dibuja gráficamente la siniestra y ominosa perspectiva que se ofrece á los obreros, en la Rusia soviética.

Ramiro tomó de las manos de Sauro el periódico, que éste le alargaba, y leyó así:

«El obrero sufre actualmente una servidumbre tal, que no recuerda la historia de ningún país».

(1) El Kirger Porammy.

(2) En Junio de 1929.

«Sin previa autorización de un comisario
»del pueblo, el obrero no puede trasladarse de
»una fábrica á otra».

«A la orden de la autoridad, cada ciuda-
»dano debe trabajar en el sitio que le indi-
»quen».

«Nadie puede escoger libremente la clase
»de trabajo».

«Por el solo intento de huelga, el obrero se-
»rá castigado con el fasilamiento».

«Los trabajos tienen que ser acabados en
»plazos fijados de antemano, bajo pena de
»muerte».

«En el caso de llegar un obrero á la fábrica
»con retraso de un cuarto de hora, si es por
»primera vez, se le niega la carta alimenticia;
»si es por segunda, se le condena á trabajos
»forzados por tres días; y si es por tercera
»vez, se le fasila».

—¡Basta!... ¡Basta!...—gritó Ramiro, estru-
jando el periódico—¡no quiero leer más!...

¡Mentira me parece—concluyó—que haya
séres humanos de tanta indignidad y estupi-
dez como esos menestrales; de tan gran per-
versidad como esos déspotas gobernantes; y
que hayan llegado, los unos y los otros, á se-
mejante estado de locura y salvajismo...

*
**

De nuevo Melitón, aliadófilo arrepentido,
cayó en mortal abatimiento, hasta que, pasa-
do un breve rato, el bondadoso Ramiro, cre-
yendo deber consolarle y animarle, con acento
de caluroso afecto le dijo:

—Siempre fue tu alma generosa y grande, hasta en los mayores extravíos... Si tu razón se desvió un tiempo del camino recto, débese á que nadie nos libramos de errar, alguna vez, en el difícil estadio de la insistente prueba...

Todo lo bueno esperé, tenlo por cierto, de la mucha nobleza de tu alma.

—Gracias, Ramiro. ¡No sabes tú cuanto agradezco y estimo que lo reconozcas así en la ocasión presente!...

—Siempre tuve tal apreciación en mi interior.

—¡Ojalá Dios sea servido, que tu bondad aciertel!...

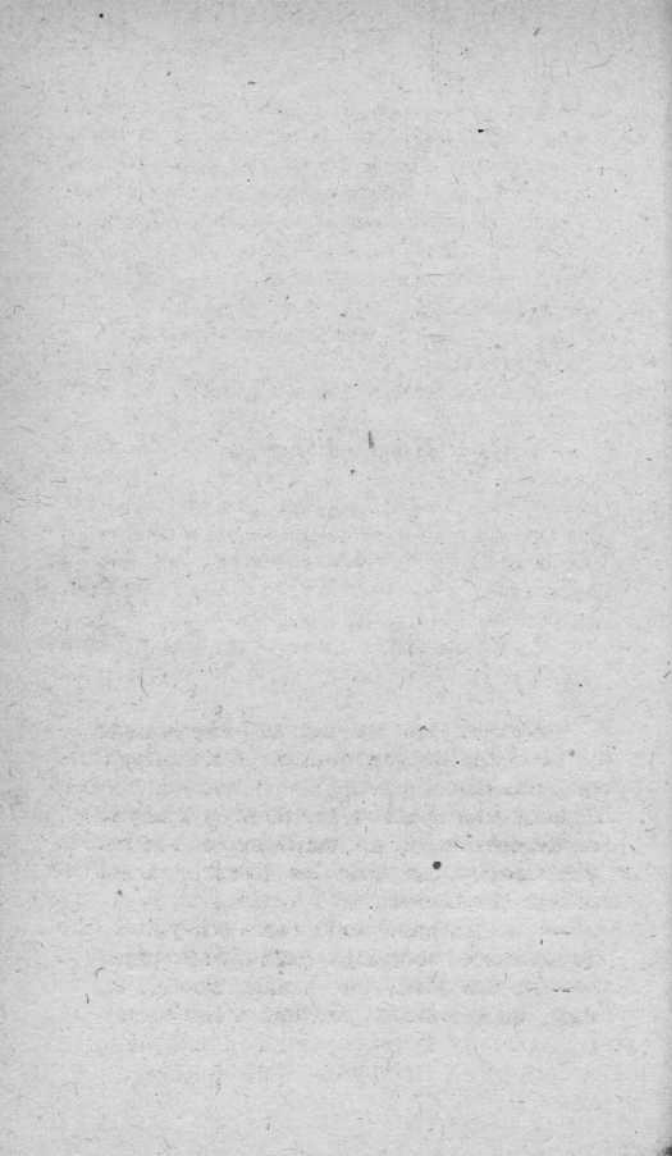
Yo, sinceramente afirmo, que, desde la noche del naufragio, el sacrificio, la abnegación, el desinterés y una provechosa actividad, son yalos motores de mi alma, ansiosa, como está, de su rehabilitación para con Dios.

—La masonería, cruel y vengativa, te hará una guerra implacable; ¡está muy cierto de ello!...

Los discípulos que dejaste—hoy capitaneados por tu antiguo secretario Rodolfo, faribundo masón sindicalista—se han empedernido mucho en el mal desde tu ausencia, y ellos, seguramente, centuplicarán hacia tí la fiera y encono, ya muy grandes, que á todos los católicos nos tienen...

—¡Cambiarán como he cambiado yo!.. No he de reparar en sacrificios para ello: ¡te lo juro!...

—No has menester jurarlo, pues lo creo... Pero temo, Melitón, lleguemos tarde.



CAPÍTULO II

¡LOS MUERTOS VIVEN!

¡Oh, bienaventuradas almas que ya gozáis en el cielo, sin temor á vuestro gozo, sednos intercesoras, ante la divina misericordia, para que reparta con nosotros de ese claro conocimiento que vosotras teneis!...

(Exclamaciones de Santa Teresa).

TRANSCURRIDOS van algunos años, desde la vuelta del Marqués de las Tromperías á Sabario.

Durante ellos, Ramiro Peñalver y Melitón Sauro no cesaron, ni un momento, de combatir, denodados y en todos los terrenos, á ese mercenario sectarismo, que es el azote, la corrupción y el deshonor del pueblo sabariano.

Unidos como hermanos, trabajaron incesantemente con actividad, que exasperaba al adversario, en los campos político, social y religioso de la hoy decaída nación de Sabario, antes floreciente y poderosa cual ninguna.

Defensores infatigables—con ese valor heroico, que es la elocuencia del carácter cristiano—eran de la política de Cristo, por considerarla el único, el verdadero grito santo, que urgía dar en favor de los débiles, de los oprimidos y engañados...

El tronco secular, del que tomaban savia los arrestos de esos dos aguerridos varones, llamábase don Manuel Barrientos, instruido y simpático anciano, quien, sin orgullo ni pedertería, mostraba en la serena y ensoñadora frente, por las arrugas del meditar surcadas, tesoros de firme sabiduría, de sólida experiencia y de finura espiritual.



Era, pues, don Manuel Barrientos, todo un perfecto caballero; frisaba ya en los 78 años, pero gozaba aún de una salud á toda prueba, y de un clarísimo entendimiento, que para sí envidiaban los más aventajados varones de ocho lustros.

Pertenecía á esa clase media, que, en todos los países, brota del corazón más sano de la madre patria.

De joven fue político; pero presto abandonó la política, asqueado de ver que en Sabario se había ésta convertido en un lucrativo oficio; en un ilícito comercio, pues en los actuales tiempos—salvo muy contadas excepciones—el recto juicio y la abnegación eran virtudes desconocidas dentro del enconado y lucrativo luchar de las ideas políticas...

Hombre recto; de acendrada fe y siempre

asistido por el amor divino, jamás dió en su vida muestras de perplejidad ni de flaqueza en cuanto se refiriese á las creencias religiosas.

Como el armiño, que se mueve entre las impurezas de la tierra sin que se manche su blancura, él tuvo que andar, por fuerza, en medio de las vanidades y desórdenes de la sociedad moderna, sin que, ni de vanidades ni de desórdenes, llegara á contaminarse su varonil espíritu...

Era, pues, uno de los pocos miembros que aún quedan de la aristocracia de las almas... de esa aristocracia de la moral, que es tanto más valiosa y noble cuanto más escasea en nuestros días, por desgracia de la patria.

De sus ojos escrutadores y pequeños, habituados á sorprender, súbitamente, la más oculta trama de los sociales devaneos, fluía un mirar penetrante, y al propio tiempo indulgente, parecido al del filósofo profundo que sabe desflorar, sin inmutarse, los embozados ó secretos fines de las más árduas y laberínticas situaciones.

Siempre vivió en un aristocrático barrio de Sabarico; pero hacía algunos años, habíase retirado á su modesto hotel, en las afueras, entre las bien cuidadas flores de su modesto jardín, y rodeado, plácidamente, de retratos de familia; de recuerdos imborrables; y de muy excelentes libros.



Cierta mañana, el día amaneció nevando copiosamente, por cuya causa el activo anciano

no no se atrevió á salir de casa, ni aún para oír la cotidiana Misa, que muy rara vez perdía.

Arrellanado en su sillón de cuero; abrigadas las piernas con las pesadas faldas de tradicional camilla; y pegados los piés al prosáico brasero, púsose á contemplar amorosamente al crucifijo marfilino, que muy de antiguo preside, como soberano Señor, su mesa de trabajo.

—¡La virtud!... ¡La moral!...—reflexionó— ¡Ab!... Los dos más sólidos fundamentos son del alma humana... ¡Mas, para que tan bellas palabras no estén vacías de sentido, es menester que vayan unidas, sin cesar, á la idea grande del Dios, encarnado en ese Cristo!...

De ese Dios bueno y generoso, que bajó á la tierra á templar, con el velo de la humanidad, el brillo imponderable de su gloria y su divinidad, al solo fin de que el hombre pudiera, sin quedar ciego de espanto, acercarse al resplandor de la irradiante é inestinguible luz eterna...

De ese Hombre-Dios, quien, mediante el sacrificio de su sangre humana y á la par divina, reconcilió á la criatura caída con el ofendido Creador; y evangelizó la paz en el mundo con su celestial palabra; y revocó, en fin, con su doctrina redentora el tremendo decreto, promulgado en el paraíso terrenal, contra los infortunados hijos de Eva...

—¡Ah!... La idea de la inmortalidad del alma—decía frecuentemente—unida á la idea del Sér Supremo, constituyen ese misterioso y continuo llamamiento á la gratitud y á la jus-

ticia, que siente, indefectiblemente, el inquisitivo corazón del hombre.

Yo, pues hoy perdí la Misa, con doble razón hoy responder debo á ese tan grato y reiterado llamamiento.

Esos retratos de mis muertos me lo están pidiendo igualmente, cual si aún estuvieran vivos, y demandan á mi voluntad se incline á meditar acerca de ellos...

Así pensando, y al propio tiempo escribiendo, pasaron más de dos horas, hasta que Pedro, su criado, le interrumpió diciendo:

—¡La señorita Ana!



—¿Tú por aquí, y con el día que hace?

—He traído el auto muy cerrado, y hemos venido de prisa—contestó la dama, despojándose desenvueltamente del airoso sombrero de terciopelo negro y del ancho abrigo de pieles, dejando libre el gallardo busto de contornos esculturales, y al descubierto el suntuoso y blanco cuello de cisne, ámpliamente descotado.

Luego estrechó, efusivamente, con sus dos níveas manos la descarnada y fría, que cariñosamente la tendió el anciano, y, sin permitirle que se levantara del sillón, sentóse frente á él con gradosa familiaridad, apoyando sobre la mesa los marfilinos brazos, desnudos hasta más arriba del codo.

La dama tenía el porte majestuoso de una diosa mitológica, y era extremadamente hermosa.

Pero con hermosura no exenta de cierto sugestivo y asolador misterio, atrayente á la par que repulsivo.

Un angel parecía, es cierto; pero ¡ay! que lo mismo podía ser angel malo que angel bueno.

No revelaban sus aristocráticas maneras, ni por otra parte tampoco su modo de vestir, toda aquella sencillez y decencia que demandan el respeto de sí misma y el de los demás... Igualmente no había en su mirar ese fulgor anímico, ese algo indefinible pero instintivo y real, que el hombre digno desea hallar en la mujer que haya de ser la madre de sus hijos...

La próspera naturaleza, por su parte, cual si hubiese querido responder á los anhelos de un ideal capricho, juntado había en ella, sin sujeción á comunes reglas, los más perfectos atractivos de la belleza femenina, complaciéndose en crear un tipo excepcional, capaz de fascinar y enloquecer, con sus encantos, á las humanas criaturas.

La rizada cabellera, más fulgente que el dorado rubio del lino, formaba raro, pero encantador contraste, con las lustrosas cejas y las largas pestañas de azabache, y con los ojazos negros y rasgados de odalisca.

Las amplias y violáceas ojeras, la nariz proporcionada y recta, el milagroso dibujo de la boca, los dientes pequeños, iguales y esmaltados como perlas, el atrayente sonreír, la nieve de las mejillas en las cuales la menor contracción de los músculos maxilares fabricaba dos oyitos provocadores, constituían un rostro ideal, fino, expresivo, inteligente y ovalado,

cuyo mágico conjunto es casi imposible definir.

Añádanse á tales prodigios, plena juventud de seis lustros y cabeza pequeña artísticamente peinada, y bosquejado quedará el retrato de la duquesa viuda de Quitraco.



—Por fuerza te ocurre algo muy grave para haberte arriesgado á venir en un día tan crudo como el de hoy—la dijo don Manuel.

—¡No, señor; no se trata de mí—contestó ella.

Es asunto de una amiga, muy querida, á quien tengo el deber ineludible de servir.

A la infeliz la interesa mucho saber algo que usted puede decirle, claro, sin menoscabo—¡librenos Dios!—de la veneranda seriedad de usted; porque de otro modo jamás me hubiera yo comprometido á complacerla.

—Hasta de mí seriedad estoy dispuesto á prescindir—replicó sonriendo el anciano—por complacer á una diableja tan prudente y hermosa como tú.

—Es cosa de amoríos... ¡Sabe usted!...

—El amor es otro diablejo enredador, que á nadie deja en reposo.

—Es mucha verdad... Pues bien, como usted conoce á mi amiga, me ha rogado oculte su nombre, y pida á usted la absuelva de su timidez.

—La timidez, amiga mía, es al propio tiempo virtud y vicio; virtud por lo que tiene de

honrada, y vicio por lo que pudiera tener de vana y egoísta.

La dama se sonrojó, y se mordió nerviosamente los labios; pero don Manuel, haciendo como que no lo había advertido, prosiguió:

—Ojalta su nombre, hija mía... ¡Ocúltalo!... A mí sólo me interesa conocer la parte en que yo pueda servirlos á las dos, para hacerlo muy complacido y de muy buena voluntad.

—¡Ya lo sé! .. Pero temo haber venido á interrumpir alguno de esos trabajos literarios, que usted tan primorosamente escribe.

Me ha dicho Pedro que llevaba usted dos horas escribiendo, sin llamar ni aún para que escarbaran el brasero.

¿Será cosa interesantísima?... ¿No es verdad?...

—Hablando, por escrito, estaba con mis muertos.

—¡Pero, don Manuel, es usted incorregible! —replicó Ana con cariñosas inflexiones en la voz.—¡Abusa usted demasiado de su buena naturaleza! .. ¡Siempre ocupado en cosas tristes!... ¡Eso no le puede estar bien!... ¿Por qué no se distrae de otro modo más agradable, en vez de pensar á todas horas en la muerte y en los muertos?

—Porque la muerte, Ana, es el acto más trascendental y poderoso que podemos ejecutar en vida, pues nos engendra otra vida mejor.

Y porque los muertos, nuestros mejores amigos, nos dictan normas, reglas, leyes de vida, desde el ceniciento polvo de sus tumbas.

—¿Los mejores amigos los muertos?... Es claro: como ya no existen no pueden darnos pesares ni disgustos ni desengaños, que es lo que, comunmente, hoy prodigan más los amigos.

—¡Estás en un grande error!...

En el corazón humano palpita el gérmen de la inmortalidad, y éste fructifica no bien aquél deja de latir, como brota la planta llena de vida al descomponerse la semilla...

¡Los muertos viven!... El alma no deja de existir cuando fenece el cuerpo, á la manera que la espuma se disipa cuando estalla!

Nuestros muertos viven aunque no los vemos; y, como muy dilectos amigos, que de nosotros son, nos hacen mucho bien.

Son una luz, ciertamente invisible á nuestros ojos, pero por eso no deja de ser célica luz que aclara los caminos de nuestra vida, tan llenos de duras pruebas y de tribulación y desencanto.

Son, no lo dudes, misterioso faro que ilumina los celestés horizontes, los cuales, ¡pobres de nosotros! estamos continuamente espuestos á perder de vista.

Son un recuerdo bendito, en fin, que desde las sombrías oquedades de la olvidada cripta, restablece á su ruín valor las efimeras vanidades de la tierra, y nos hace enrojecer avergonzados, por haberlas amado con exceso, y durante tanto tiempo.

*
**

El anciano hizo una larga aspiración como

para descansar y miró fijamente á la duquesa, quien, con la vista baja, y en actitud silenciosa y resignada, parecía meditar.

Don Manuel, por lo tanto, acentuando más esa ingénita seguridad tan propia de quien ha recorrido toda la senda de la experiencia, prosiguió benévolamente.

—Sí, Ana, la muerte de los nuestros es la más sabia y mejor maestra de nuestro modo de vivir, y por lo cual ella merece la preeminencia de toda nuestra atención...

Ella es la que nos enseña á prepararnos incesantemente para la muerte nuestra, mostrándonos lo insegura y corta que es la existencia actual; y la necesidad que tenemos de crucificarla al cumplimiento del deber, si es que queremos aspirar, de veras, á una ventura eterna é infinita.

—¡Sí!—replió trabajosamente la dama con opaca voz, cual si se esforzara en vencer evocaciones, que tiranas la desgarrasen las entrañas; y luego, aparentando calma, añadió— ¡Sí!... pero pensar tanto en morir, parece como que es llamar á esa desgracia.

—Es que morir no es una desgracia... ¿Cómo ha de ser desgracia dejar un mundo de desdichas, injusticias y sufrimientos, cuando se tiene fe de que nos espera otro, henchido de dichas inefables y sin fin?...

—Pero tanto pensar en la muerte, permítame usted se lo repita, no es posible que sea provechoso á su salud.

—Recuerda, niña, que tengo 78 años, y, á esta edad, lo mismo en la salud que en todo, se está curado de espanto.

—¡Si yo pudiera, con mi charla, distraerle ó servirle en algo!... ¿Quiere usted que le lea el periódico del día como otras veces?...

—Gracias, Ana... Hoy no tengo humor de periódicos... ¿Para qué?...

Todos ellos, unos más otros menos, se hallan contagiados de esta civilización moderna, material y corrompida, que, en vez de servir á la justicia y á su divino Autor, van solamente en busca de la grosera añadidura... en pós de los cinco céntimos de vellón...

Mayor favor me harías, si es que no tienes gran prisa, si me leyeras las cuartillas que borrando estaba cuando llegaste.

Así me darías tu opinión, y seríamos dos á corregirlas; siempre ven más cuatro ojos que dos.

Todo ello sería cuestión de media hora de martirio para tí...

—¡Martirio!... ¡No diga usted eso!... ¡Con muchísimo placer!...

—¡Dios te lo pague!... Repito que eres tan amable como bella.

—Déjese de piropos: á leerlas voy.

*
* *

La bella duquesa, con argentina entonación y correcto decir, comenzó:

«Los muertos viven».

«¿No habrá de serme lícito llorar á mis inolvidables muertos, si los amé tanto, y ellos, en la vida del tiempo, igualmente me mostraron abnegado y entrañable amor?»...

«¿No lloraron á los suyos los varones del Viejo Testamento?»

«¿No lloró el rey David á su hijo Absalón, exclamando dolorido: *hijo amado, quien hubiera sido muerto por tí?*»...

«Y nuestro adorable Redentor ¿no lloró á su amigo Lázaro, pues dice el Evangelio que en su gran llanto se conoció lo mucho que le amaba?»

«Pero también advirtió el Salvador á los apóstoles, al observar cuánto se contristaban por su ausencia de este mundo: *Si me amaseis os alegraríais de mi ida, porque voy al Padre*».

«Luego si el amor, que tuvimos á nuestros muertos, pide á los ojos derramamiento de lágrimas por ellos, la confianza que tenemos en la palabra del Señor, subyugar debe la flaqueza humana, tornando en oraciones tales lágrimas, para que tenga el debido cumplimiento la soberana palabra del Señor».

«¿Llorar?... ¡Sí: llorar debemos; pero, más que por ellos, por los vivientes olvidadizos, que no lloran ni oran por sus muertos!»...

«Todo olvido que á la criatura quita la más mínima parte de gratitud y sentimiento, es una cuantiosa merma de dignidad y de grandeza, padecida en su propio sér racional.»

«¡Cuántas amargas contradicciones, y cuántas venganzas de la suerte nos parecen casualidades, y otra cosa no son sino justicias, por nuestros olvidos merecidas!»...

Al llegar aquí, la dama estremeci6se; la faz se le tiñ6 de palidez; comenz6 6 entoldarse la voz, y temblaron levemente las cuartillas en sus manos, como treman las hojas del almezo mecidas por la brisa.

Hay pensamientos... hay conceptos, tan significativos y corrientes, que convienen 6 todas las situaciones y en todos los tiempos, pero que, 6 lo mejor, caen, hasta en los pechos m6s insensibles, como si fueran gotas de plomo derretido.

No sirve querer imponerse: el coraz6n humano no es tan inflexible cual lo supone y es la pasi6n, porque siempre, en lo m6s rec6ndito de 6l, se oculta la fibra de la justicia, y le hace palpitar, a6n bajo la insensibilidad m6s fr6a y prepotenciosa.

¡Nada adelanta, nada! quien pretende ocultar 6 los dem6s una honda pena... Esta cuanto m6s se reprime crece m6s y m6s en el semblante se refleja.

—Descansa si te fatigas Ana—interrumpi6 con su ing6nita benevolencia y amante solicitud el impeturbable anciano.

—No me canso... ¡no!... Es que me siento abrumada por la admiraci6n... por el respeto... por la intensa emoci6n que me est6 produciendo la lectura de estas bell6simas cuartillas...

¡Que sentida manera de escribir!...

—¡Calla tontuela!... ¡As6 y mucho mejor que

eso escriben todos cuantos sienten en cristiano, y tienen temor de Dios!

—¡Feliz usted!... Voy á proseguir.

*
* *

«Cuando, inflamado el cristiano por el Santo Amor, contempla el Sagrario, en sus muertos pensando, huyen dél los revueltos tiempos... y las horas febriles se disipan... y se agostan á su lado los abrojos... y, en torno suyo, se arrebolan y florecen bellezas inefables... y óyese, por último, una voz amiga y conocida que amorosamente le dice»:

«¡Tus muertos viven... y de tí se ocupan!... Y te miran... y te aman, y jamás te olvidan... Antes por el contrario, en presencia del Señor de los señores, colaboran eficazmente por tu bien y le piden el arraigo, cada vez mayor, de tus virtudes».

«Ellos ven la esencia divina y esto les basta para verlo todo».

«¿Quién duda, pués, que en ese límpido espejo, en donde se reflejan los legítimos y naturales deseos del viviente, habrán de ver los tuyos, para auxiliarte á conseguirlos?...

«La ruina del cuerpo y de los sentidos no arrastra consigo la destrucción del alma».

«La traidora muerte, que viene chiticallando, y que separa de improviso al esposo de la esposa, á la madre del hijo y al amigo del amigo—juntados por Dios para su gloria—no es ningún aquilon asolador, que arranca de cuajo el lozano plantel de los recuerdos».

»No es terremoto destructor que echa por

»tierra el edificio espiritual, que los sentires y
»pensares levantaron en el alma racional».

«Los afectos que con buril de fuego gra-
»ba en ella el amor de Cristo, no los borra la
»guadaña de la muerte, como borra la espon-
»ja humedecida los infirmes trazos que pinta
»la tiza en la pizarra».

(1) «*Esos afectos tutelares, que Dios bendi-
»jo, y que quiso que existieran durante nuestra
»vida, forman parte esencial del alma; y, como
»el alma es inmortal, ellos también son inmor-
»tales*».

«Los seres fallecidos, á quienes tanto he-
»mos amado y nos amaron tanto, no se des-
»vanecieron, como se evaporó el incienso que-
»mado en sus enlutados funerales».

«No se han transformado tampoco en otros
»seres, sino que, de igual manera que el gu-
»sano se hace mariposa para lucir sus ocultas
»galas, ellos perfeccionaron también su pro-
»pio sér, para aumentar su celo hacia nos-
»otros, y sobrepujar el amor que en la vida
»del tiempo nos tuvieron».

«La supervivencia real y verdadera de nues-
»tros muertos, la proclamamos nosotros mis-
»mos instintivamente».

«¿No los buscamos, acaso, á través de las
»sombras del misterio, no bien la separación
»doliente... no bien el trágico desenlace de su
»vida nos aparta de ellos»?...

«¡Ay!... Allá vemos á la cristiana madre,
»por un no sé qué impulsada, asida tenazmen-
»te á la riente esfije y á la vacía cuna del hi-

(1) Visitando á mis muertos—del mismo autor—*Biblioteca de Cultura Popular.*

»jo que murió, susurrando los mismos arru-
»llos y caricías que le prodigó cuando estaba
»vivo».

«Y el fiel esposo, y el verdadero amigo, es-
»táticos ante el retrato ó el sepulcro de los
»entrañables confidentes que perdieron, ¿no
»repiten, en sucesivas salmodias, cual si aún
»hablaran con ellos, los planes, las pláticas,
»las expansiones y secretas confidencias, que
»en el mundo del tiempo sostuvieron?»

«En el lugar que ocupan nuestros muertos,
»dentro de la mansión eterna, leen y releen,
»miles de veces, la constable historia del
»tiempo vivido entre nosotros, y, según van
»desgranando en la memoria—de amor y de
»piedad unjida—las penas y alegrías en aque-
»llas páginas escritas, van igualmente impe-
»trando del Supremo Juez, auxilio, misericor-
»dia y gracia para los que aún vivimos»...

«Al fallecer se nos llevaron, para en más
»alta y segura región santificarla, la porción
»mayor de nuestra alma, y en la otra porción
»dejáronnos la perenne y venturosa imagen
»de la suya».

«Afirman las Sagradas Letras que (1) *los*
»*impíos serán*—en otra vida—*agobiados por el*
»*pensamiento de su propia maldad*».

«Pues si el recuerdo y representación de
»sus iniquidades atormentarán indefectible-
»mente al réprobo, ¿ha de ser la memoria
»menos fiel con la representación y recuerdo
»de las virtudes, de quienes murieron cono-
»ciendo á Dios?»

(1) Libro de la Sabiduría.—Cap. IV. 20.

«¡No puede ser!»!

«¡Dichosa el alma—dice San Agustín—(1)
que libre de la cárcel del cuerpo, sube al cielo
y contempla cara á cara á Dios».

Infeliz—añade—de aquella que, olvidando á sus muertos, ni busca ni ama á Cristo, porque es que ama al mundo y sirve al pecado; nunca estará sosegada ni segura, y vivirá muerta aquí y en la otra vida.

* *

Penosísima, en extremo, íbase haciendo la difícil situación de la infeliz duquesa.

Muy grande era el dominio que ella tenía sobre sí; pero aunque su malestar estuviera realmente muy profundo, los tenaces vuelcos de la sangre y las mal disimuladas sacudidas de los nervios se encargaron de que apareciese, á su pesar, al exterior.

El relampagueo de sus ojos, que fingían acariciar y malherían; la temblorosa voz y el movimiento brioso y acompasado de su seno, semejante al del mar agitado por el viento, parecían responder, imprudentemente, á bramadoras corrientes interiores de una conciencia atormentada.

El hábil anciano, aparentando infirmar el estado angustioso de Ana, dijo con la mayor naturalidad y sencillez:

—¡Pobre niña!... ¡Qué sabes tú de estas arcaicas chocheces!... — Luego, alargando las

(1) Manual particular.

manos como para arrebatarle las cuartillas, añadió:

—¡Perdóname, hija querida, si con mis sofadoras elucubraciones te afligí!...

—¿Afligirme?... No tal... ¡Son tan sentidas y están además tan bien escritas, que me han conmovido y paladeándolas con fruición estoy!—contestó ella con fingida placidez.

Porque si posible hubiera sido penetrar en su ánimo, como entra un rayo de sol en los abismos, en él hubiéranse visto, grabados con buril de fuego, estos mortificantes pensamientos:

¡Viejo astuto!... ¡Cuán incomprensible eres!...

¿Qué clase de influencia has sobre mi que, haciéndome comprender que sin piedad me hieres, abates mi indomable orgullo y le quitas la voluntad para ofenderse?...

¡Extraña coincidencia fue la de mi llegada, en el momento en que terminabas de escribirlas!...

¿Me esperabas?... ¿Las escribías para mí?... ¡Si yo no he dicho á nadie que venía aquí!...

¿Conoces mi borrascosa vida?...

¿Melitón acaso?... ¡Yo no le creo capaz de semejante infamia!...

¡Además Melitón es mi corruptor!... ¡Fue mi maestro!...

¿Quizás mi esposo?...

¡Mentira!... ¡El duque pudo ser un imbécil!... ¡Un viejo verde y caprichoso, pero siempre fue un honrado caballero!...

La duquesa, para defender las cuartillas del caritativo intento del anciano, se echó ligeramente hacia atrás con actitud coqueta, haciendo graciosamente cierto mohín encantador y esquivo.

En sus clavelinos labios dibujóse con estudiada inquietud cierta dulce y benévola sonrisa, que cuidó de desmentir una súbita centella exhalada por el volcán de sus negros ojos, la cual rebotó, sin hacer la menor mella, en la serena mirada de Barrientos.

Ana comprendió que se había vendido...

La naturaleza, en un momento irresistible de expansión, empleando el mudo lenguaje de los ojos, que se hace obedecer hasta de los más endurecidos corazones, había hablado por ella, y la infeliz lo conoció.

Mas como era mujer de gran caracter, y el caracter consiste en el talento de la acción, ella no se amilanó, sino que se rehizo presto y prosiguió leyendo:



«Más allá de la tumba los corazones se dilatan indefinidamente, y no hay entendimiento que no aprenda mucho de lo que ignoró en el mundo, ni memoria que olvide lo que de aquí abajo supiera».

«¿Quienes, pues,—fuera de Dios—más adoc-trinados y más diestros para ayudarnos á vivir bien que nuestros muertos?»...

«Ellos siguen atentamente los actos de los vivos, no ya sólo con la experiencia adquirida acá en la tierra, sino aumentada sólida-

»mente con la ciencia celestial, en la cual ya
 »no actúan los estorbos y repugnancias de la
 »corpórea envoltura».

«Libres pues de estas trabas, y además
 »alumbrados por el beatífico resplandor del
 »cielo, ¡cuán de distinto modo que nosotros
 »pueden considerar, y consideran, las aspira-
 »ciones y negocios terrenales!»...

«Sabiamente movidos por el divino aprecio
 »y por la propia santidad, ¡cuán fácilmente
 »conforman las disposiciones naturales á la
 »ordenación sobrenatural, y se aplican á cui-
 »dar, con eficacia suma, de aquellos á quienes
 »amaron con terrenal afecto!»...

«Yo, por mi parte, en alto grado confiado
 »visito frecuentemente á mis muertos y, so-
 »bre su tumba pido los consejos de que nece-
 »sita mi vejez, para dormir en Dios como
 »duermen ellos».

«En el frío sepulcro de los nuestros—libro
 »siempre abierto para los que aún vivimos—
 »aprendemos á conocer nuestra miseria y
 »nuestra nada, y á derribarnos del embustero
 »pedestal que neciamente fabricara nuestro
 »vano orgullo».

«En las hojas de ese libro hallamos la se-
 »milla que produce en el alma el fruto de to-
 »das las virtudes, y la escarcha que hiela la
 »raiz del árbol de ilusiones y de vicios, que la
 »vanidad produjo».

«Triste verdad es, pero muy cierta, que el
 »alma, en que se extingue la idea de un Dios
 »justiciero, queda sin luz y sus amores voga-
 »rán por las negruras de...»

—Se acabó lo escrito—dijo la duquesa.—

¡Qué lástima, en lo más interesante para los corazones femeninos!...

—Aquí llegaba cuando me sorprendió tu venida—replicó el anciano.

*
*
*

Al acabar Ana la lectura sintió un nuevo escalofrío, que flajelándola la espalda y hormigueándola en la nuca, la hizo estremecerse ligeramente; mas al punto la pasó permitiéndola exclamar:

—¡Que sabio es usted don Manuel, y cuán estimable es también el poder de la esperanza!...

—¿Yo sabio?... ¡El saber nada más de la vejez!... Si tu por sabio me tienes, será por aquello de que *más sabe el diablo por viejo que por diablo*.

—¡Nada de eso!, don Manuel: ¡Nada de ego!...

—Y, en cuanto á la esperanza, tienes mucha razón: es tan estimable y poderosa que, aun con sus eternas incertidumbres y ansiedades, resulta riquísimo maná, pues lo mismo nutre al joven que al anciano, y hasta con los moribundos juega...

—Órrame usted don Manuel, después de haberle oído, casi me arrepiento de haber aceptado el encargo que me trajo á su presencia... ¡Estoy tentada por volverme á casa sin cumplirlo!...

—¡No sería correcto! ¿Qué diría tu amiga?... ¡Has dado tu palabra!...

—Oierto que mi palabra hipotequé... pero...

—Haz lo que gustes; mas á mí no me parece bien.

¿Quién sabe si cumpliéndola epjugarás quemantes y dolorosas lágrimas?

¿Y no podría suceder también, que al cumplirla atrajeras sobre tí bendiciones, que jamás estorban, de almas quizás regeneradas y siempre agradecidas?

*
**

Hay frases, que aún dichas sin malicia, resultan de tal modo inesperadas y significativas, para quien con escozor de conciencia las escucha, que paralizan de momento toda réplica.

Esto debió ocurrir á la duquesa, pues, despues de meditar un corto rato sonriente é imprimiendo á la mirada acentuado matiz de confianza, contestó:

—Dice usted bien, don Manuel... Cumplir debo mi palabra, y á verificar el encargo de mi amiga voy seguidamente, entregándome por completo, lo mismo en su nombre que en el mío, á la acrisolada sinceridad de usted.

CAPITULO III

PREPOSTERO AMOR

Aprovechémonos de nuestras faltas para conocer nuestras miscrias, y ellas nos den mayor vista, como la dió el lodo del ciego—

(—*Santa Teresa, Morada VI-4*).

Mi amiga es sola en el mundo—comenzó Ana.

No tiene familia... Libre, como el aire, puede disponer, como mejor la plazca, de su persona y su fortuna.

Joven todavía; en extremo hermosa; poseedora de crecido capital y de uno de los más linajudos títulos nobiliarios, es agasajada y mimada por la más alta sociedad de Sabarío.

—Pues dí que, según el mundo, nada la falta para ser feliz—interrumpió don Manuel.

—Sin embargo, suele decirme con frecuencia:

«El mundo me cree dichosa»... «Yo nada hago por desengañar al mundo»... «¿Para qué?»...

«¿Me importa acaso algo la opinión del mundo?»...

—¡Vamos!—replicó don Manuel—¿Despreocupada también? Pues no me explico su infortunio conociendo la sociedad en que vive y brilla, como parece conocerla.

—La conoce bien... Si sufre sus impertinencias é injusticias, es porque las conveniencias sociales y la honra así lo exigen...

—¡Bah!...—exclamó irónicamente el anciano.—En la sociedad moderna las *conveniencias sociales*, y *doña honra* han limitado mucho sus preceptos...

Las conveniencias sociales de hoy consisten en tener limpio el exterior, que es lo que se vé, y, en cuanto al interior, que esté como quiera, pues para eso se halla oculto...

Y en materia de honra ya se sabe; la del mercader es vender mucho, y la del zapatero echar buenos puntos en las suelas.

A ese solo fin arman reñidas competencias entre si, y sufren apuros y congojas...

—Pero en la buena sociedad, como usted comprende...

—Lo mismo... ¿Qué mas conveniencias ni mas honra puede pedir esa sociedad á tu amiga, siendo ella aristócrata, hermosa y rica, y estando, además, tan mimada y considerada por las gentes de buen tono?...

—Se conoce que no le ha parecido á usted bien el retrato hecho de mi amiga, y en mí, por ser su embajadora, la ha dado usted un palmetazo.

—A ella no; si el palmetazo existe, habrá

sido en todo caso para su mundo; no para tí, ni para ella.

—Bueno: y pues el mundo, según usted me ha dicho muchas veces, solo juzga por las apariencias, yo creo que en la ocasión presente se halla en lo firme mi amiga no divulgando los secretos de su alma, hasta averiguar al menos si por quien á ella le interesa serán ó no comprendidos.

—¡Enigmática estas!... Pero, en tésis general, repito ser muy cierto que en casi todos los casos los juicios del mundo pecan de erróneos, lo cual no puede ser por menos, pues, según has dicho muy bien, solo por las apariencias juzga.

Esto sin embargo, y apesar de la antipatía que á mi me inspira el presente modernismo, reconozco que, por fortuna, aun hay en el mundo gentes sensatas y criterios rectos.

—De aquí, cabalmente, ha nacido el empeño de mi amiga de que viniera á conferenciar con usted.

—Muchas gracias por el favor, al cual corresponderé como merece.

*
**

—Yo la aconsejo—continuó la joven, poniendo en su mirar cierto temor, como quien se encuentra en situación difícil—que toda vez que es libre, joven, rica, y que agasajada se vé por todos, deje correr el tiempo, el cual es un gran avisador y suele dar gusto á todos.

—Alto ahí, que también el tiempo es un gran expiador de las cosas humanas—inte-

rrumpió el anciano—mas como igualmente es cierta tu opinión respecto dél, no interrumpas la explicación de tu consejo.

—Recordando también lo dicho por usted de que, no pocas veces, la impaciencia sólo ruinas é ilusiones crea, la aconsejo no se impaciente y espere; pero sin dejar, por eso, las diversiones y placeres, pues la vida es corta, y es menester aprovecharse de ella.

—Desapruebo esta segunda parte del consejo—replicó don Manuel.

La vida terrenal, tú lo sabes muy bien, no es la última palabra, y, por lo tanto, es una locura, cuando no un crimen, tomarla como una simple jornada de placer.

Además los efímeros pasatiempos á que aludes, sólo ofrecer pueden á la criatura racional lo que la caña del pescador al pez; esto es, dolores ó muerte enmascarados.

¿No ves cómo tan luego muerde el pececillo la carnada, careta del anzuelo, queda en este prendido, y es por él lanzado á tierra?

¿Y cómo una vez fuera del agua, que es su elemento, el pececillo se agita convulsivamente y muere?...

Igual acontece con las insanas diversiones; máscara son de la desdicha de que tu buena amiga se queja.

Además de que presto los tales pasatiempos desaparecen, y sólo dejan, tras de sí, contradicciones, desengaños ó quizás crímenes y muerte...

—Descontado tenía yo que mis consejos no habrían de ser muy acertados, por ser míos; pero es que nos hemos desviado del objeto pri-

mordial de mi visita; si hemos de volver á él, sin más rodeos, necesito hablar del ladrón que robó á mi amiga la dicha y el sosiego.

—Habla, pues, de él.

*
**

Ligera pausa.

—Ese robador—prosiguió Ana—es el marqués de las Trompeterías, á quien usted conoce bien... ¡Si usted quisiera ser franco!...

—Sauro y yo fuimos un día encarnizados enemigos; pero hace ya algunos años, desde su vuelta á Sabario, sólo tengo motivos para amarle, y para estrechar su mano como al más digno y mejor de mis amigos.

—Dicen que su cuna... que su origen...

—Siempre que se remueven los cimientos de una sociedad encenagada—y la actual lo es—salen de esos cimientos prodigios de maldad y prodigios de virtud; mónstruos y héroes.

Quizás mi amigo haya sido algún tiempo de los primeros; pero la gracia de Dios, que á nadie se le niega, y que todo lo puede, ha hecho ahora de él, uno, quizás en los actuales tiempos el héroe mayor de los segundos.

—Posible es... por más que yo tenía aprendido no existir, en el sér humano, fuerzas bastantes para vencer las malas pasiones, desde el momento en que una vez se hubiese cedido á ellas...

En fin, yo creía que el hierro siempre sería hierro...

—El hombre, por sí sólo, claro es que no

las tiene; y el hierro, igualmente, sin dejar de ser hierro produce opuestos efectos.

—Eso merece explicación don Manuel... y como usted es tan amable...

—Si el sér humano carece de esas fuerzas, en cambio con el auxilio de Dios todo lo puede; y los designios de Dios—que siempre se cumplen—son inexcrutables.

Sólo Dios es bastante fuerte contra Dios; y Dios, que creó al hombre, puede modificarle cuando lo estime conveniente....

Los afectos humanos, por fieros ó por mansos que ellos sean, no permanecen siempre en el mismo estado... ¿Qué digo siempre?... Ni tampoco mucho tiempo .. Un gran ejemplo viviente de ello es Melitón.

Y, en cuanto al hierro, nadie ignora que en manos del asesino sacrifica víctimas, y en las del buen militar defiende la justicia, la razón y la patria.

De modo que ahí tienes también como el hierro, que es la fuerza, aún siendo al exterior siempre hierro, unas veces deshonra y otras ennoblece.

¿Acaso tú, ni nadie que le haya conocido antes, puede negarme, sin pactar con la mentira, que Melitón ayer grosero y hasta feo, se haya tornado hoy hermoso y muy correcto?

—Nadie negar puede lo uno ni lo otro.

—Pues igual sucedió con sus virtudes... El talento, la aplicación, el trabajo, la filosofía, la experiencia y el sacrificio, se han reunido, por un milagro de Dios, en ese hombre antes sectario, impío y libre pensador.

Yo te juro, á fuer de quien soy, que ahora

puede servir de modelo de honradez y de religiosidad, aún á los hombres del pensar más alto y recto.

—¡Será entónces muy feliz—clamó la viuda—envolviendo al anciano en un mirar escrutador y acariciante!

—Completamente feliz; pero claro es: en el único verdadero sentido de esta palabra.

Ya, sólo la voluntad de Dios es la medida de sus actuales deseos, y la única regla que activa su conducta. ¿Se puede ser más feliz?...

—¡Hacer la voluntad de Dios!...—se apresuró á reparar la hermosa dama, en tono grave y con palabras trémulas por la emoción.—¡Hacer la voluntad de Dios!...—¿Quién la conoce?...

—¡¡Todos!!...—insistió el anciano.—¡Todos!... Porque hacer la voluntad de Dios no es otra cosa sino guardar sus Mandamientos!... ¡Cumplir fielmente los deberes que nos exigen las circunstancias y nos impone la recta conciencia!...

—¿Qué hace, pues, Melitón?

—Pues ha dejado de ser soberbio para ser humilde; de impulsivo se ha tornado en paciente; de colérico en dulce; de impío en creyente; de sectario en fervoroso; en una palabra: ha dominado y educado su voluntad, que es todo el secreto de la dicha.

Carece de amor propio; es bueno sin afectación; condescendiente sin bajeza; severo y hasta cruel consigo mismo; y, en fin, protegido como está por el cielo—que es la mirada de todas las perfecciones ideales—no escatima desvelos y sacrificios, á trueque de repa-

rar sus pasadas injusticias, y de rectificar sus anteriores yerros.

Perdona, y aún disculpa, á quien le ofende, y busca á los necesitados en el rincón de sus miserias.

De sus enconos y pobreza los saca regenerados, pues perfecciona su perdón y sus limosnas con afectos de compasión y misericordia.

Gasta su fortuna, su salud, su bienestar y su ciencia, en la creación y reglamentación de perfectas sociedades del trabajo, pues las conforma con las Verdades Eternas y con la moral de Cristo, porque su proselitismo es elevado y sincero, no es ya el de aquel embustero ambicioso de los de día, sino el digno y honrado de un verdadero apóstol social del Evangelio.

*
* *

El tono sincero y persuasivo con que Barrientos realzó las virtudes del convertido náufrago, acabó de arrebatarse fuera de sí á la enamorada duquesita, quien, para velar de algún modo la admiración y el júbilo que, al oírlas, su enamorado corazón sentía, se limitó á exclamar:

—¡Cuánto le quiere usted don Manuel!...
¡Cuánto le quiere!...

—Como quiero á tu amiga sin conocerla, porque la supongo buena de corazón y, por lo que según me has dicho de ella, no parece ser muy feliz aún asistiendo, con frecuencia, á esas reuniones modernistas, que, acá para in.

ter nos, suelen tener el espíritu de una continua orgía...

—¡Don Manuel!...

—¡No te alarmes, niña!... de una orgía decente...

—¡Es usted cruel con el modernismo!...

—No tanto como debiera... ni menos aún como merece nuestro Sabarío afrancesado... Pero dejemos á cada loco con su tema y voy á proseguir:

¡Cómo quise á tu marido, el noble duque de Quitraco, mi amigo de la infancia... Y cómo quise á la no menos noble Teresa, su primera mujer, por ser esposa suya... Y cómo te quiero á tí, por haber dispuesto Dios que lo fueras también fallecida aquélla!...

—¡Ay!... A mí no me quiere usted como debió querer á aquélla.

—Teresa no era tan hermosa como tú... Tenía en porción menor los atractivos sensoriales, pero era también muy bella...

—Semejantes atractivos—replicó con fingida contrariedad la vanidosa dama—son valores efímeros de los cuales no tiene por qué vanagloriarse la mujer.

—Era, sin embargo, una de las más gallardas figuras de su tiempo, y quizás la más elegante de él... su belleza y su elegancia atraían, inspirando al propio tiempo respeto y veneración.

—¡Vamos... la romana Ventura de estos tiempos!...—bisbiseó Ana con mohín de disgusto y leve matiz de burla.

—En las mujeres hermosas—prosiguió el anciano sin hacer caso de aquella femenina

impertinencia—la compostura en el vestir (que no empece la elegancia) y la gravedad de los modales (que atrae en vez de repeler la simpatía) constituyen algo así, como la mayor gracia y santidad de la hermosura.

La duquesa se mordió hasta hacerse sangre los carnosos labios, pero no chistó.

El anciano, manifestando también como antes no haberlo observado, prosiguió:

—Si la hubieras conocido la hubieras querido, de seguro, tanto como todos la quisimos.

Luego añadió intencionadamente:

—Tu antecesora en el corazón y en el ducado de mi amigo, perteneció á una de esas familias de rancio abolengo, que, para ejemplo de las demás, conservan siempre incólumes y firmemente arraigadas las creencias religiosas y las delicadezas del honor.

Teresa Montelliano era tan hacendosa como devota, tan humana como divina, tan remontada, en fin, á los altos cielos como apegada á las glorias terrenales del hogar.

Nacida para el aristocrático amor de familia, lo sentía y demostraba con la mesura y prudencia de las mujeres de imperturbable dignidad.

Esclava fue, hasta morir, de esa ley natural del pudor y de la candidez, que puso el Oreador en las mujeres para el perfecto cumplimiento de los elevados fines de la creación.



Mientras duró esta nueva proclamación de verdades por parte del anciano, muy diferen-

tes á los anteriores debieron ser los sentimientos experimentados por Ana, pues apesar de estar en invierno, no cesó ni un momento, de abanicarse con nerviosidad ingobernable.

Cualdo los nervios de las mujeres han menester de inmediato sedante, acuden siempre á buscarle á la febril agitación del abanico.

—¡Qué calor da el brasero!...—fue lo único que la ocurrió decir, frunciendo el ceño como quien tiene prisa en que termine una narración que mortifica.

—¿Quieres que llame para que lo saquen?...—preguntó cariñosamente don Manuel.

—¡No, por Dios!... Nos conviene conservarlo para los piés—contestó ella.



Signióse otra pausa que duraría dos ó tres minutos, quedando ambos interlocutores en sepulcral silencio y absoluta inmovilidad.

Sucedo con frecuencia en los incendios que las materias más infectas suelen avivar la hoguera, y enrojecer mucho más la llama.

En la hoguera del pecho de la viuda de furiosa combustión sirvieron aquellos dos ó tres minutos infeciosos, removedores de su larga historia, y, para su conciencia, más que la flor de la adelfa amargos...

A veces basta un minuto para que largas y hórridas historias—que nos dan pavor y que olvidado había la conciencia, atrofiada por desuso—reaparezcan súbitamente ante la vista, en toda su magnitud y descarnada realidad,

al simple latigazo de una sencilla frase, pronunciada acaso sin malicia, pero que á nosotros se nos figura intencionada.

En crisis semejante cayó repentinamente la infeliz duquesa.

Al remover su mente el lojalzal de su pasada historia, surgió activo el áspid de los remordimientos tratando de envenenar sus nacientes ilusiones, á la manera que el reptil asoma entre la hierba la cabeza acechando la venida de la confiada tórtola.

¡Pase!... ¡Pase!... gemí interiormente á boca cerrada como ella... ¡Pase que los fieros remordimientos envenenen, y aún maten, todas mis anteriores ansias y todas mis antiguas ambiciones; pero que me dejen sana la voluntad de dar vida á este amor, ignorado hasta el actual momento!... ¡A este primer amor que yo juzgo verdadero!... ¡A este afecto avasallador y vehemente, tardío, pero que yo estimo—no sé por qué ni para qué—providencialmente nacido en mi gastado corazón!...

¡Que todo... que todo perezca sin duelo en mí, con tal de que tenga vida esta nueva é ideal delectación del alma!...

*
**

¡Cuán contradictoria y pobre es la condición de la criatura racional, en esta insegura y corta vida del tiempo!...

¡Cuanto más difíciles é inoportunos son los ensueños que acaricia el corazón humano, tanto más presentáneos resultan; tanto más halagüeños y apetecibles nos parecen; y tanto

más se subleva el ánimo, y la voluntad se irrita, contra todo lo que trate de estobarlos! ..

La preordinación es infalible é innegable... Dios, desde *ab eterno*, determina y dispone todas las cosas, para que surtan el debido efecto en la medida y tiempo que á ellas corresponda, y para que, por lo tanto, tengan la apropiada solución que sólo Dios conoce.

No porque se enfangue la criatura humana en ese enlodado desórden, que siempre va seguido de lágrimas, de soledad, de desuniones y de hogares infelices ó deshechos, se halla libre de que, cuando menos se le espera, la visite, para su mayor tormento, ese *algo* imprevisto y entrañable que tanto se parece al primer amor.

Pero, ¡ay!... Que si florecen tarde los gérmenes del ensueño de los diez y nueve años... que sí, rayana á los treinta, la mujer gastada en incastos y mundanos devaneos se siente inflamada, de improviso, por ese violento y muy íntimo faego, la prepotencia de éste no reconoce límites; sus efluvios se convierten en pujantes rayos... en atrevimientos y vehemencias, muy superiores á las locuras y audacias de los hombres...

En esos atrevimientos y audacias es, precisamente, en lo que se diferencia este retrasado afecto de la delicadeza y santidad del primer amor, nacido á tiempo.

Damiana solo había acertado en una parte de su presagio...

Efectivamente juzgó bien al estimar haber sido para ella obra providencial el nacimiento de aquel vehemente y prepósteros senti-

miento, el cual, por su parte, la había tala-
drado el corazón y derrocado el albedrío, con
el mismo fiero ímpetu de las avenidas que
rompen los diques, y que asolan las campiñas.

Pero sólo acertó en eso: porque no era... no
podía ser... no era ella digna de que fuese ese
amor puro y tranquilo que sólo busca el bien
recíproco... esa santa y verdadera felicidad po-
sible en este mundo... ese primero, ese santo
y único amor, en fin, que apadrina natura y
bendice Dios.

No era ese amor primero, que si bien en
aparición es igualmente egoísta y personal
como los demás amores, se diferencia de ellos
en que es un impulso inflexible, indefinible y
fervoroso hacia el ideal perfeccionamiento de
dos almas puras, nacidas la una para la otra,
las cuales, merced á una fuerza irresistible y
misteriosa, tienden á juntarse, á enlazarse, á
fundirse, para siempre, por vínculos que más
que á humanos se asemejan á divinos.

Así es que la infeliz dama, obedeciendo só-
lo á la borrasca que azotaba su interior, se
despojó atrevida de toda vacilación y mira-
miento, é impaciente y resuelta, preguntó á
don Manuel:

—¿Cree usted posible, que pueda contraer
matrimonio Melitón?...

—No lo creo por que está casado.

—¿Con quién?—demandó ella enardecida y
acentuando más su altivez.

—Con su conciencia—respondió don Ma-
nuel sin inmutarse.

El anciano y la joven se miraron, de hito en hito cual si ambos pretendieran adivinar en el rostro ajeno los sentires, que tumultuariamente hervían en el corazón de uno y de otro.

Don Manuel fue el primero en hablar, y dijo:

—Sí, Ana... ¡Sí!... En alta mar se desposó Melltón con su conciencia.

—¡Bah! .. Me había alarmado usted: ¡Si no es más que eso, no dude, don Manuel, Sauro amaré á mi amiga!...

—Pues sí que lo dudo, hija mía... Y lo dudo mucho...—replicó Barrientos con tal acento de seguridad, que produjo impresión extraordinaria en el ánimo orgulloso de la viuda.

*
* *

Como entornamos deslumbrados nuestros ojos, cuando brusco y súbito relámpago rasga el cielo que ansiosos contemplamos, así Ana abatió su alabastrina frente, ante la expresión glacial de la mirada del anciano.

—¿Es posible?... ¿es posible?—interrogábase ella interiormente—¿es posible que los hondos suspiros y las abrasadas ánsias que despide este nuevo y encendido amor, no logren sus volcánicos anhelos?

¡Pobre corazón humano!... ¡Cuanto más furioso y exigente es el amor que con él juega, más atrayentes y amables se le hacen ese furor y esa exigencia!...

—¡Bah!—exclamó ella, irguiendo repentina-

mente la cabeza, y exhalando un hondo suspiro de impaciencia—al amor le llaman niño, aunque en años excede á lo más viejo, porque siempre hace lo que quiere y apetece.

—Pero también le pintan ciego porque su efecto es cegar—repuso con aire severo don Manuel.

Luego, dulcificando algo su actitud y el tono de su voz, añadió:

—Es frecuente, en la vida, fatigarnos por preocupaciones irrealizables...

Por esas sombras fugaces que suele amontonar la imaginación calenturienta, y que á nosotros se nos antojan fáciles y queridas, cuando sólo son ilusorias é imposibles.

Nacidas de la intransigente fantasía, nos agujonean sin cansarse, y nos fuerzan á caminar ciegos tras de ellas, sin dejarnos tiempo libre para poder consultar á la razón.

De tal modo alucinan á nuestra diligente actividad que la hacen creer,—como cree el necio en la lisonja—que, sólo con dar otro saltito más, lograremos salvar el mentido espacio que nos separa de ellas.

Atraedoras y engañosas quimeras, que después de hacernos dar salto tras salto acaban por arrojarnos, miserablemente, en la más deplorable decepción.

—¡Bueno! ¡Allá lo veremos!... ¡Quien no se arriesga á ser derrotado, tampoco tiene esperanza de vencer!...

—Pláceme, en verdad, el esforzado valor que os anima... mas...

—Muchos triunfos, mayores que ese, tiene en su libro de cuentos mi afortunada amiga.

Esto diciendo la elegante dama se puso el sombrero con pronunciada coquetería; envolvió su airoso cuerpo en el rico abrigo de pieles, y, tendiendo con donaire las enguantadas manos al anciano, se despidió de él animosa, provocadora y sonriente.

CAPITULO IV

UN MITIN

¡Oh ceguedad humana!... ¿Hasta cuándo no se quitará esta tierra de nuestros ojos?... Aunque entre nosotros no parece en tanta, que del todo nos ciegue, veo aún motas, unas chinas, que si las dejamos crecer nos harán gran daño...

Santa Teresa.— «Morada VI», 1.

TALES eran la curiosidad y la impaciencia por oír al fogoso orador Melitón Suro, marqués de las Trompeterías, que, media hora antes de la prefijada para comenzar el mitin, estaba de bote en bote el Gran Teatro de la Opera.

Sólo un palco-platea, próximo al proscenio, se hallaba vacío al exterior, pero se sentía bullir y hablar dentro de él á no pocas personas.

A las quince, en punto, el presidente de la Federación de Sindicatos Católicos, don Manuel Barrientos, declaró comenzado el acto.

Hecha por este señor la presentación de los

oradores, y después de hablar don Ramiro Peñalver y otros dos conferenciantes más, se levantó Melitón Sauro, quien, en medio de una aterradora expectación, con acento solemne y convencido comenzó el siguiente discurso:



—Enamorado de la verdad no bien, radiante, se mostró á mis ojos; sin pelos en la lengua á partir de entonces, y sin querer tolerar que más se velen con sofismas y nieblas los bastardos propósitos de nadie, vengo arrancando caretas hace algunos años, ó sea desde que volví á Sabario.

Voy, pues, á repetir otra vez más á los de arriba, que sin Dios no puede haber paz ni haber moral; y á los de abajo, que jamás tendrán bienestar ni habrá progreso en donde falte el orden.

Soy sabariano á marcha martillo y, sin embargo, de la sentencia de un pensador francés he de valerme para el desarrollo de la tarea, que mi lealtad me ha impuesto en este día.

(1) Si las ideas, lo mismo políticas que sociales, han de activarse realmente en bien del procomún, es indispensable que el sentimiento de la Religión las vivifique.

¿Qué ideas en bien del procomún activarán esas clases altas, que estando llamadas á ser para las bajas lo que la brújula para el navío —que no ve el puerto pero conduce á él—si

(1) Lamartine, —«Histoire des Girardins».

ellas, por su parte, padecen la pegadiza lepra de la indiferencia religiosa?...

Si los de arriba no se cuidan de encauzar y educar, por sí mismos, lo que hay de digno en los de abajo, dan lugar á que los enemigos de unos y otros induzcan á los últimos á que á su vez busquen lo indigno, y satisfagan bajos instintos.

Así vemos á los de abajo, míseros suicidas, dejándose engañar por falsos y falaces redentores, quienes de mala fe los lanzan al descreimiento impío y á la rebeldía sistemática, haciéndoles creer ser estos el ansiado progreso, y la demoledora revolución social, el recurso más seguro para obtener el bienestar material y la reivindicación de los derechos.

Clases neutras

—¡Ved á las clases cultas é ilustradas, á las acomodadas, á las que se dicen de orden, dejando hacer—cuando no ayudando—mangas y capirotos de los destinos de la patria á treinta abogadillos de secano, políticos profesionales en su mayoría sin decoro ni creencias, y á un mezquino grupo de bandidos, impíos y groseros, que debían estar en presidio, y que no llegan tampoco á tres docenas!...

¡Ved á las clases neutras, á las independientes, á las que se tienen por buenas y pasan por católicas, preocupándose únicamente de discordias intestinas, entre sí, ó egoistas, disipadoras del tiempo y de la hacienda, siempre sometidas al descanso... al ocio... al sport... á los usos elegantes..., que se pasan la vida,

desaprensivamente, en fiestas, en diversiones y banalidades, sin parar mientes en que la salud de la madre Patria está en peligro!...

¿Se les figura, acaso, que nada va con ellas?...

¿Es que no les importan estos palpitantes gravísimos conflictos, que hoy sañudamente conmueven los cimientos de la sociedad que les da abrigo?...

¿Tan ciegas son, que no ven que ya esa amparadora sociedad se ha dado cuenta de que tales clases la están sirviendo de estorbo, cuando no de escándalo?...

¡Pues cuidado!... ¡Porque si es, en extremo, cómodo á los de arriba dormir á pierna suelta, excitando de continuo á los de abajo con el desprecio, el lujo, la ociosidad y el vicio, también es horrendo, en extremo, un repentino despertar entre los pavorosos humos del incendio!...

Cierto que el río sosegado y manso fecunda un día y otro la pradera, para que dé sabrosos pastos y olorosas flores; pero á veces ese mismo río se desata en rugientes ondas, y, rompiendo vallas y diques, asola, en un solo momento, los más suntuosos jardines y los más prósperos sembrados.

¡Cuidado, pues, repito!... ¡Porque cuando los altos pierden, por completo, las virtudes de la caridad y la justicia, parece lógico... hasta parece natural que Dios consienta que, en los bajos, se acaben también la resignación y la paciencia!...

Profesionales de la política

—¡Ved ahora á los profesionales de la política!...

¡Ved á esos pillastres de oficio que, merced á las zancadillas é intrigas de *quítate tú para ponerme yo*, se suceden casi diariamente en la regencia de los destinos de la patria, para llevarla, á mansalva, por caminos de extranjerismos, de vergüenzas y de cobardes transacciones, á la deshonra, al escarnio y á la ruina!...

¡Vedlos ocupados solamente en acaparar para sí y para sus serviles paniaguados, fortunas, honores y derechos activos y pasivos que urge en razón y justicia revisar!

¡Vedlos frívolos é indiferentes, por no llamarles de modo más adecuado y duro, á ellos que tanto bueno podrían hacer por el bien del procomún; pero que, por atender con avaricia al bien propio, se divorcian del interés general... de la justicia... del sentido común... de las clases productoras y trabajadoras... de los buenos patricios, en fin!...

Totalmente emancipados de todo freno moral y religioso; villanamente subyugados por los maleficios de la moda y política extranjeras; se aman muy desordenadamente á sí mismos... y al logro de sus bastardas ambiciones... y al fomento de los goces materiales... y al desenfreno de los más refinados egoismos, para que puedan tener amor á la madre Patria.

El orador tomó un sorbo de agua, como para cobrar aliento, y después de breves segundos continuó:

Los falsos redentores del pueblo

—Tales aventureros, hombres incultos, obscuros y traviosos, proceden, casi en total, de las capas más inferiores del pueblo.

Comunmente surjen de la vil capa social, y promueven asonadas y motines en los que ellos nada exponen, porque nada tienen que perder, buscando en el desorden, el medio de enriquecerse y figurar, á la manera de la vil espuma que ha menester agitaciones, para aparecer pomposa á la superficie, y para sobre esta poder sobrenadar.

Estos audaces—baldón y vergüenza de la patria—tienen su infame *antes*, y su malvado *después*, que os conviene mucho conocer:

El antes y el después

—Se lanzan osados á merodear por el vasto campo de la política, hoy tan fecundo en Sábano para esos *vivos* desaprensivos que carecen de oficio y beneficio, hasta lograr obtener allí sus inmoderadas ambiciones y sus bastardos fines.

En embusteros y aprovechados redentores convertidos, no se paran en barras: propalan las más descabelladas ineptias, con las cuales embaucan á los imbéciles, á los vagos, á los cándidos y á los rezongones del trabajo, y turban á las masas y á la plebe, con propagan-

das criminosas que las hacen derivar, fácilmente, á las más extremas violencias.

Principian por descristianizar á esos tontos, á esos holgazanes y viciosos que los oyen, como medio seguro de halagar mejor sus bajos instintos y sus vicios, y concluyen por inocular en sus duros é impíos corazones el odio, el rencor, la lucha de clases, y la quimérica dictadura del proletariado.

¡Cuán fácilmente, entonces, los truecan en estúpida y gregaria avalancha del infame y vengativo sectarismo!...

Luego, con tales heterogéneos y corrompidos elementos forman ese sindicato único—ateo y socialista—que no tiene otros fines que los de vender ó asesinar, á traición, á la madre patria.

¡Cuál, si, en vez de hombres fueran mansas recuas ó míseros rebaños son así llevados, mañosamente, por quienes de si mismos se dicen tener *Pestaña*, á ese asqueroso cubil de perdielón, llamado Casa del Pueblo!...

Allí cuatro ó seis contratistas del desórden—que rara vez son obreros—fragan las violencias, el sabotage, el boicot, el atentado personal, las injustificadas huelgas y las asonadas y revoluciones, pero siempre sole—claro es—á fines bastardos y ambiciosos de los *bien retribuidos* redentores...

Asonadas y revoluciones sangrientas, en las cuales los rebaños y las recuas hacen el desairado é inocente papel de carne de cañón, en tanto que los prudentes promovedores se esconden, al menor ruido, entre los colchones de las camas, al igual que los topes en las entra-

ñas de la tierra, ó se eliminan, en cuanto asoma el primer conato de responsabilidad, como se deshacen las estátuas de barro á las primeras lluvias...

¡Ese es, pues, el *antes* de esos hombres.

*
*
*

Una estruendosa salva de aplausos acogió las últimas palabras del orador, quien, restablecido el silencio, añadió:

—Mas de pronto—y aquí empieza el *después* de esos señores de nuevo cuño, los audaces *sans culotte*—se encumbran á los más altos puestos de la gobernación del Estado, no merced á sus virtudes ni á sus méritos ni á la imposible victoria de sus predicaciones, sino por su *matonería*; por el miedo de los que sin dignidad ó sin valor gobiernan; ó por uno de esos cuartos de conversión, tan *oportunamente frecuentes* en política...

Y se enriquecen también súbitamente; pero no creais tampoco que á la luz del día, mediante larga y perseverante labor industrial ó mental, fortificada por probadas cualidades morales, sino entre las sombras nefarias del misterio... en las tenebrosas oscuridades de la noche... en fin, ¡Dios sabe como!...

Y una vez enriquecidos y encumbrados ¿no los veis cómo impunes... impúdicos... escandalosamente descarados, insultan y provocan con su fastuosidad... con sus audacias... con sus injusticias y su holganza, no sólo á los imbéciles que los enriquecieron y encumbraron, sino á la sociedad toda... á la conciencia pú-

blica... y, sobre todo, á los que incesantemente trabajan honradamente noche y día, sin haber podido lograr subvenir á las necesidades más apremiantes de la vida?...

¡He aquí—como dije antes—el *después* de esos aventureros!...

—¡¡Traidor!!—gritó de improviso una voz de trueno, que, sin poder apreciarse de dónde vino, retumbó con estridente tableteo en las bóvedas del teatro, cual si hacerlas oscilar quisiera.

* * *

Tumultuoso y súbito revuelo de sorpresa y de temible confusión, causó, en la apiñada concurrencia, aquel descomunal é inesperado grito...

Huracanado, como el fiero aquilón cuando en la selva ruge; constante é imponente, como el sordo rumor del oleaje de los mares, así fue el aterrador murmullo que se produjo en la excitada masa de oyentes, ocasionando á todos ese afanoso espanto, que precede á las grandes tempestades...

De uno á otro lado de la sala se cruzaron ¡¡bravos!! ¡¡parabienes!! ¡¡imprecaciones!! y ¡¡denuestos!! á todo ruedo demostrando el tremendo... el encontrado... el trascendental efecto, que, en el culto auditorio, habían causado las vigorosas frases del fogoso Melitón.

Restablecido muy á duras penas el silencio, Sauro, imponiéndose al tumulto, con voz briosa y acento solemne y decidido, aseveró gallardamente:

—¡Yo, hace tan sólo cuatro días, he visto con mis propios ojos en los Estados Unidos, nación que se nos presenta como el prototipo de la libertad, de la democracia y del progreso, yo he visto, repito, declarar fuera de la ley y de la ciudadanía á varias asociaciones, por sólo la presunción de que pudieran inquietar la tranquilidad de la Patria; y hasta incautarse el Estado de los cuantiosos caudales, que dichas asociaciones poseían...

¿Se hace eso en Sabario, no ya con las que se presume, sino ni aún siquiera con las que se sabe, á ciencia cierta, que tienen por único y exclusivo fin la perturbación del orden público, y la desdicha y hasta la ruina de la patria?...

Yo mismo oí, con mis propios oídos, á un eximio Presidente (1) de esos Estados Unidos —contrario en acción al Catolicismo— quien, en un momento providencial en el que el corazón se le subió á los labios... Quien, en un arranque de noble sinceridad... Quien, en fin, seguramente inspirado, á su pesar, por Dios Justo y Omnipotente, pronunció ante la faz del mundo estas palabras:

Sólo en la política de Cristo se encuentra el más poderoso edulcorante para las luchas, depresiones y amargas de la vida, porque solamente el Catolicismo sabe estrechar, con dignidad, los lazos familiares y fraternales.

Ella es el docto maestro de la buena fe, de la recta moral y de las sanas costumbres, y, por lo tanto, la única capaz de mantener, incommovible,

(1) Roosevelt.

el provechoso y necesario equilibrio entre las naciones y los hombres, en todas sus relaciones políticas y sociales.

¿Quereis aún más?...

¡Más es imposible! ¿Por qué á quien, que quiera discurrir de buena fe, puede ocultársele que la Iglesia Católica, por las ideas de paz, de orden, de justicia y de respeto mutuo, que predica y propaga, resulta el foco más grandioso de luz que alumbra el mundo, y el único foco de amor que une, de verdad, los corazones todos?...

Para saberlo y entenderlo así, basta no más con tener un poco de entendimiento y de sentido común... Basta, no más, con estar en contacto con la realidad.. con saber algo de la historia del mundo y de la historia de la cristiandad.

Para no verlo sí que es indispensable cerrar, intencionadamente, los ojos á la evidencia y á la luz...

¡Infeliz patria mía!... ¡Cuán incompleto y embustero es tu actual progreso!...

¡Amado pueblo mío!... ¿Quando te convencerás de que tus audaces santones socialistas, ó son unos burdos ignorantes ó unos perversos ribaldos, que trafican con tu credulidad, sin importarles que tú, mientras tanto, te pudras en la cárcel ó perezcas de hambre?...



—¡Esto no pude continuar así!... ¡Hay que acabar con ello!

¡Cada día!... ¡Cada hora!... ¡Cada minuto más que pasa, determina una nueva y dolorida contracción en los corazones honrados, y, otra nueva y más quemante oleada de rubor y sangre azota, afrentosamente, el rostro de los sabarianos dignos!...

¡La crisis y el menosprecio, por que hoy atraviesa esta noble patria, que solo fue grande y respetada mientras fue cristiana!... ¡El siempre creciente malestar, que, desde que dejamos de ser fieles creyentes, á todos nos mantiene en recíproca y acerba hostilidad, tienen su letal y único origen en el fanesto hecho de haberse generalizado, entre nosotros, el impío concepto materialista de la vida humana: la irracional idea, que hoy aquí se tiene del destino y último fin del hombre!...

¡Esa insana idea y ese exótico concepto traídos de extranjeras y degradadas tierras son los que han sido portadores de la nefasta ola de impiedad, de inmoralidad y de egoísmo que á todos nos ahoga!...

¡De esta ola maldita que todo lo ha invadido... que todo lo ha infestado... que todo lo ha podrido... y que ha hecho, en fin, que casi todos los sabarianos de los actuales tiempos cuiden, solamente, de lucrar y enriquecerse, sin reparar en medios, así como de triunfar, de divertirse y de gozar fuere del modo que quisiere!...

¡Suicidas sabarianos!... ¡Nacidos y amantados en la Santa Iglesia Católica—á la que vida, y honra y provecho debéis—ahora ¡hijos apóstatas é ingratos!... teneis á mengua reconocerla por madre y por maestra, y hasta os

envaneceis de renegar de ella, y de menospreciar la eterna verdad que ella predica!...

¿Qué habeis conseguido con esa vuestra desatinada y torpe conducta?...

Yo os lo diré, aunque vosotros lo sabeis bien: que en vuestros impios y deshechos corazones tomen el vicio y el odio y la malicia y la iniquidad, el lugar y sitio que, en los tranquilos y generosos de vuestros nobles padres ocupaban la virtud, el amor, la bondad y la justicia!...

¿Es esto perfeccionarse y por lo tanto progresar?...

* * *

Después de esta intencionada pregunta y de la severa y fatídica respuesta, calló el orador unos instantes.

Entonces salió al exterior de la platea, que estaba vacía junto á la de proscenio, un caballero alto, fornido, como de cuarenta años, elegantísimamente trajado, y, quien afectando marcadísimo aire desdeñoso, se sentó frente al escenario.

Su entrada produjo en la concurrencia un gran murmullo de anhelosa y honda expectación, pues era el muy conocido y furibundo terrorista don Rodolfo Ferrer, antiguo secretario del marqués de las Trompeterías.

Suero, adelantándose arrogante hasta tocar con el borde del escenario, prosiguió:

—A ponderar nuevamente vengo—y á ponderar cada vez con más entusiasmo y con ma-

yores convicción y fuego—la conveniencia, la necesidad... la urgentísima precisión que tenemos de que todos los hombres de bien... de que todos los patricios de buena fé... de que todas las clases directoras, patronales y trabajadoras, que tengamos algo que perder... de que todos los que tenemos sangre verdaderamente sabariana en las venas, y amor á la tierra en que nacimos, nos juntemos, como un solo hombre, para derrocar prontamente, inmediatamente, totalmente, cuantas doctrinas, cuantas instituciones y cuantos gobernantes no proclamen sin rodeos, sin distingos ni claudicaciones, que sobre todos los poderes; que sobre todas las soberanías y actos sociales, está la soberana ley de Dios!...

Si así no lo hacemos... ¡entendedlo bien; os lo dice un inspirado arrepentido!... ¡Si así no lo hacemos, la horrenda catástrofe, que á pasos de gigante se avecina, y cuyo rumor perciben ya nuestros oídos, no pasará, como otras veces, por cima del edificio de la patria, sino que ahora viene con la pérfida tendencia de socabarla los cimientos, á fin de que se hunda por entero, y de sepultarnos á todos en sus ruínas...

—¡Mas para defender eso, que llamais vosotros vuestra causa, tendreis que recurrir, mal que os pese, á medios de extrema violencia... á la sangrienta revolución quizás—interrumpió Ferrer, en tono pedantesco, levantándose de su asiento y dirigiéndose después, desdeñosamente, al interior de la platea!

—¡Fuera! ¡Fuera!—gritaron á la par miles de voces, que vibraron estridentes en la sa-

la, como el eco de ese trueno aterrador y seco, que hasta las altas sierras conmueve.

—¡Todo debería andarse si preciso fuese!— añadió Melitón con voz potente.—¡Y todo, llegado el caso, se andará, porque ni el temor ni la cobardía tienen asiento en el pecho de los buenos!...

Una nueva salva de aplausos siguió á estas palabras del orador, quien, con el poderoso aliento de un atleta, continuó:

—Mas tales medios extremos no son hoy necesarios en Sabario.

Aquí—por bien de la patria—son todavía *enanos de la venta* los vocingleros enemigos de la Ley de Cristo...

Ayer bastó que solo un grupo de buenos se juntara, resuelto á todo, en enérgica asamblea, para que súbitamente se iniciase amenazante hervor de expectación en el país; y para que cesaran los abusos y bravatas de los terroríficos sindicalistas; y para que presentaran piadosa solicitud los agitadores de la plebe, prometiendo volver á la legalidad; y, en fin, para el derrumbamiento más desastroso, entre el escarnio y la ignominia, de un gobierno inepto, y por ende cómplice indirecto, en las recientes asonadas y motines.



Me siento algo fatigado; mas antes de solicitar de vuestra bondad que me otorgueis unos minutos de descanso, permitidme pronunciar unas palabras, que han de servirme de base para aconsejar, como lo haré después, á las

clases dirigidas, ó sea muy singularmente á la clase obrera.

Fundándose en la historia, verdadera y esencial maestra de los hombres que ahora son, y fiel depositaria de los puntos de honra, y de los respetos generosos, y de los altos pensamientos de los hombres que ya fueron, fundándose, repito, en la historia nuestra madre y nodriza, la cual amamanta nuestro juicio con los triunfos, los premios, las afrentas, y castigos que obtuvieron las violencias y discordias de las pasadas generaciones, un gran sociólogo francés (1), repito, afirma que todas las reivindicaciones de los derechos debidos al rico, y al pobre, y al patrono, y al obrero caben en la fórmula siguiente: *el amor por principio; el orden por base, y el perfeccionamiento ó progreso por fin.*

¿Y esto qué es—señores—sino el reinado normal de la justicia, ó sea el programa de la *política de Cristo?*...

—Se suspende el acto por veinte minutos — proclamó á renglón seguido el presidente.

*
**

Transcurridos los veinte minutos acordados por la Presidencia, el orador, con gran serenidad de ánimo y en tono de profunda convicción, reanudó su discurso de este modo:

—Todos los sociólogos convienen en que los actuales tiempos han impuesto la sindicación de los trabajadores, por grupos de profesiones

(1) Auguste Comte — (Cours de philosophie positive).

y de oficios, como medio seguro de—merced á la acción común,—sacar esta desquiciada sociedad moderna del egoísmo y la iniquidad que la destruyen, y llevarla al desprendimiento racional y á la justicia, que han de salvarla.

¿A qué, pues, discurrir sobre esta necesidad si ella, es de todos reconocida como buena, y como precisa es aceptada?

Voy á limitarme, por lo tanto, á comparar entre sí las dos clases de sindicatos, que hoy existen en Sabario; ó sea el *católico* y el *sectario*, á fin de que podáis apreciar en cuál de ellos, para buscar la reivindicación de los derechos del trabajador, se practican el amor y el orden, y se le lleva de verdad al bienestar, al perfeccionamiento y al progreso; y en cuál de ellos también, por medio del odio y la revolución, después de corromperle y de robarle, se le conduce irremisiblemente al crimen, al presidio, al hambre, y al retroceso y salvajismo.

Sindicatos católicos

— Estos sindicatos viven sin enajenar, nunca, su personalidad social ni la particular de sus sindicatos; sin permitir tampoco intrusiones extrañas en la organización de su vida interior; y, por último, sin que jamás, como tales entidades, se ocupen para nada, de política.

Los componen personas del mismo oficio ó muy semejante á él; se ocupan exclusivamente de la defensa y desarrollo de sus intereses morales y económicos, emancipándose—por

medio de una acción digna, y por tanto continuamente fecunda—de las injustificadas exigencias de la clase patronal, y hasta ejercen, sobre ella, una presión bastante recta, eficaz y segura.

Sus actuaciones son siempre diáfanas, limpias y claras, como la luz del mediodía.

Son sumisos y respetuosos con las leyes legalmente instituidas y con la libertad y autonomía de las conciencias, iluminadas por la ley de Dios.

Sinceramente, honradamente, eminentemente educativos, morales y conscientes, no sólo de sus derechos sino también, y aún esto más, de sus deberes y atenciones.

Independientes, pues se gobiernan por sí mismos, se basan siempre en el amor recíproco, en la mútua equidad, y en la justicia igual para todos, como lo practica y lo demanda la civilización cristiana.

Cuando llega el caso, pero sin perder su independencia en lo demás, se federan para defender lo que en todo tiempo les es común; ó sea: la causa católica y la del orden público social, que á ella está unido, porque esas dos santas causas constituyen, de modo indefectible, la más sólida garantía del trabajo.

En estos ámplios y generosos sindicatos los asociados gozan de toda libertad.

La entidad social no fiscaliza la vida privada de los sindicatos; razón por la cual cojen fraternalmente en ella, aún los obreros vacilantes en la fe.

¡Demasiado saben los socios buenos!... ¡demasiado sabe esa bienhechora entidad social,

que, no bien los obreros vacilantes en la fe de Cristo gocen los sabrosos y delicados frutos que esa fe produce, la amarán... y la amarán entrañablemente, como la amo yo, que tampoco la conocía, y que en cuanto la conocí la amé!...

Una estrepitosa salva de aplausos se sucedió á esta gallarda y sincera confesión.

—Mas para que esta libertad—agregó enardecido Melitón—mas para que esta noble y amplia libertad de que goza el asociado en nuestros sindicatos, sane si está enferma, y si está sana jamás se debilite ni adultere por la elección del mal, la muy prudente entidad social siempre se mueve, con solicitud constante, dentro de la moral católica.

Dentro de esa moral fecundadora, que es la más racional y la única capaz de mantener el mútuo respeto entre los hombres, y de garantizar la posición social y económica, á que todas las clases de la sociedad hayan derecho.

*
**

—¿Quereis conocer, siquiera sea groso modo, lo que se enseña y se pide á los obreros inscritos en los sindicatos católicos?

Pues oid:

Ser bueno para si mismo, y para todos los hombres, que hermanos suyos son.

Buscar la felicidad en donde única y exclusivamente se halla: en el exacto cumplimiento de la Ley Moral.

Por lo tanto: respetar la virtud; practicar la justicia; defender la verdad; ser caritati-

vo con el prójimo; y amar, en fin, el verdadero progreso como ley que es de Dios.

Así se explica el por qué los obreros católicos son excelentes padres de familia; y próbos trabajadores; y que sean hasta por los patronos impíos preferidos; y, en fin, que se hallen siempre propicios al cumplimiento de los deberes de todo buen ciudadano, y á seguir á las demás clases sociales en los sacrificios más difíciles, cuando la patria lo necesita, y el bien general lo exige.

¡Otra muy distinta sería á la de ahora la suerte de Alemania y Austria, y aún la del mismo Sabario, si los malos patricios y los impacientes socialistas no se hubieran olvidado tanto de sus respectivas madres patria!...

*
* *

—No, por lo que os he dicho, creais que entre nosotros se prescinde de medios materiales, enérgicos y resolutivos, para que logre el obrero sus legítimos y anhelados fines.

Todo lo contrario: los medios empleados en esos sindicatos son, cabalmente, los más positivos y seguros, porque se encaminan derechamente á lo factible, á lo que, en puridad de justicia, no puede negarse.

Para conseguirlo, fundada y lícitamente les basta á los obreros católicos con acompañar á la fuerza del número, las invencibles fuerzas de la prudencia en compeler; de la razón en el pedir; de la honradez en el obrar; y de tener la vista fija en la salud de la patria, y en el bien del procomún.

Grandes aplausos, después de los cuales Sauro continuó:

—¿Huelgas?...

¡También nosotros las queremos!... ¿No hemos de quererlas?...

Pero no las queremos injustificadas, caprichosas, y sobre todo bastardas, promovidas por elementos ajenos al interés que se pretesta ventilar, y los cuales llevan á los obreros al desorden—como borregos al matadero—en la seguridad, y á sabiendas, de que los habrán de derrotar...

Aquí somos conscientes de lo que á nuestra clase conviene, y no necesitamos, ni queremos, que cuatro desalmados—mirando sólo á su provecho personal—nos induzcan al empleo de extremos peligrosos, que convierten fácilmente en criminal, al incauto y engañado obrero.

¿Resistencia?...

¿No la hemos de apadrinar también?

Pero queremos resistencia cristiana, ó sea luchando siempre, con constante y racional energía, hasta obtener justicia; pero haciéndolo prudentemente primero, y solo empleando violencia cuando sea de todo punto necesario...

Nunca fanfarroneando, ni haciendo provocador alarde de fuerzas estúpidas y ciegas, para que cuatro vivos, de ojos muy abiertos, las exploten.

*
**

El orador descansó de nuevo unos momen-

tos, durante los cuales se produjo, en todo el teatro, un prolongado y simpático murmullo de aprobación.

Luego, con mayor denuedo y voz más vigorosa, prosiguió:

—¿Quereis conocer, también, la nobleza y lealtad de los propagandistas y defensores de los sindicatos católicos?...

Paes por su modo de conducirse los conoceréis...

Nosotros—dicen ellos á boca llena, seguros de no ser por nadie desmentidos—nosotros nada os pedimos; nada necesitamos; nada queremos por los consejos y medios que os damos para que os sindiqueis...

¡Sobradamente pagados quedarán nuestros servicios, con que, merced á ellos, se realice vuestro bien!...

Aún os decimos más: si lo que—ni aún presumible es—alguien os pidiera la más mínima retribución, ya fuese en dinero, ya en votos, ya en otra cosa, sea ella la que quiera, ¡negádsela!... ¡negadle todo!...

¡Negadle hasta el agradecimiento! Porque los propagadores de la política de Cristo, trabajamos en cumplimiento de un deber común á todos los cristianos: el de abrir los ojos á los ciegos, y dar gloria al Creador.

Por último—les dicen—fijaos bien en esto que es muy importante: administrad por vosotros mismos vuestras cuotas, vuestros fondos, y vuestras cajas de crédito, lo mismo las federadas que las rurales é industriales... no consintais, en ningún tiempo, la *intromisión* de extrañas manos.

Sindicatos sectarios

—Voy á ocuparme, ahora, de ese corrompido sindicalismo de perdición y engaño, que, vueltas las espaldas á Dios y á la conciencia, se encamina, á banderas desplegadas, tras la ruina y deshonra de la patria...

De esos sindicatos revolucionarios é impíos, que hoy la civilización atea vomita sobre la descreída sociedad moderna.

Sindicatos que de ordinario viven agitados por siniestros hervores de tormenta, y siempre fúnebremente sombreados por los hórridos espectros del delito...

Sindicatos que, si en apariencia son legales, en el fondo y en los hechos son facciosos y subrepticios, pues actúan clandestinamente y, hasta para la porción más numerosa de los sindicados, se mueven en las tinieblas del misterio.

Sindicatos industriales, en los cuales tanto los santones como los propagandistas y administradores, trajeados todos cuando los ven los peleles sindicados, con la humilde blusa de socialistas, y que se dán á sí mismos el pomposo apodo de *redentores del pueblo*, van—interin les llega la ocasión de dar con el ple á ese mismo pueblo — redondeándose guapamente á costa de las cuotas del candoroso obrero, como á probároslo voy: no con sólo un botón por muestra, sino con doce botones, que me suministra un popularísimo periódico extranjero.

Acto continuo, Melitón tomó un periódico que había sobre la mesa presidencial; lo desdobló con gran cachaza, y, en medio de una expectación aterradora, leyó, recalcando las frases, lo siguiente:

Carlos Marx, patriarca del socialismo ateo, pasó espléndidamente los últimos años de su vida, gracias al mucho dinero que le valieron sus predicaciones socialistas.

Engels, colaborador y yerno de Marx, tampoco tenía un penique cuando comenzó á ayudar á su suegro en el lucrativo negocio de la predicación; pero, al morir, dejó una fortuna de más de 200.000 libras esterlinas.

El socialista francés, Jaurés, y el alemán Bebel, llamaban la atención por su lujo y regalada manera de vivir.

El belga Vandervelde, propagador de iguales doctrinas, se hospedó cuando fue á Madrid, en la fonda más cara y suntuosa: ó sea en el Hotel Ritz, pagando cien pesetas diarias.

El proletario Vollmar, furibundo predicador contra el capitalismo, tiene coches, caballos y automóviles, y vive en un magnífico castillo, rodeado de numerosos criados, y de todo género de comodidades.

El austriaco, Adler, y el holandés, Domela Nerrenhuls, son millonarios.

Alejandro Lerroux—se dice español—comenzó sus ataques al capital y á la propiedad sin una blanca en el bolsillo, y ahora está en posesión de muchos millones de pesetas.

El cacareado amigo de los obreros españoles, Pablo Iglesias, fue un mísero tipógrafo, que vivía malamente de un escaso jornal. Sus anti-

guos compañeros siguen siendo tipógrafos, y continúan trampeando trabajosamente con su invariable jornal, en tanto que él — despotricando en pró de la igualdad y en contra de la burguesía — posee casas productivas (pero puestas — según se dice — á nombre de otra humilde artesana, su mujer), y veranea por sport... pero sin dejar el lucrativo oficio de predicar la igualdad, y el despojo de los ricos.

Cierto es que este viejo marrullero — para cubrir las formas — sale de Madrid en coche de tercera clase, á fin de dar ejemplo de humildad á sus AMIGOS, los obreros pobres, pero, en cuanto llega á Pozuelo, se resuelve á continuar el viaje trasladándose á un Slipin, á fin también de codearse y solazarse con sus ENEMIGOS, los acaudalados y burgueses.



Con estruendosos vítores, bravos, aclamaciones y palmadas, que duraron más de cinco minutos, acojió el alborotado y sorprendido público los irrecusables descubrimientos del intrépido orador.

Aún resonaba en el espacio rezagado y sordo murmullo, semejante al monótono zumbido de avispones, cuando de repente una voz atronadora, salida del interior de la platea — toda la tarde al exterior vacía — extendió, imperiosa, por el ámbito inmenso de la sala, estas provocadoras y amenazantes frases:

— ¡¡ Vil adjurador de tus principios!! ¡¡ Traidor voluble!! ¿Quién eres tú para expresarte así? ¡¡ Tá las pagarás con tu cabeza, y poco ha de tardar!!...

Acto seguido... Sin dar tiempo á que nadie respirase... En medio del contagioso estupor, que siempre lo inesperado y excepcional produce... Cual si movida hubiera sido por potente y mágico resorte, súbita y brusca, una bellísima dama de escultural figura púsose de pie, en el palco bajo de enfrente á la platea vacía.

Adelantó, por cima del antepalco, el garrido cuerpo, y las anchas caderas, y los mórbidos brazos, y el hermoso busto, ampliamente desecotado en forma de estuosa media luna de claridad palpitadora, y, lanzando sobre la estática concurrencia una mirada asoladora y centelleante, que vibró en el salón como si fuera un rayo, con arrogancia varonil, y con voz clara y sonora clamó:

—¿Que quiéa es ese?...—estirando el torneado brazo y con el dedo índice de la enguantada mano apuntando al orador.—¡Pues un hombre de verdad!... ¡Un corazón gigante, que, en plena luz meridiana, á los huracanes y á las trombas desafía!...

Luego, señalando á la platea de donde hubo partido la audaz provocación añadió despectivamente, y subrayando las palabras con sarcástica sonrisa:

—¡En tanto que vosotros... jauría de masones... sólo ladrais en las tinieblas ó cacareais como alectridas dentro de corral cerrado, ó de pestilente gallinero!...

*
**

A la manera de piélagos de hielo, que echándose encima de improviso... que presentáneo enfriara el caldeado ambiente, un pasmo re-

pentino, grácil y marmoroso, dejó en suspenso todos los ánimos, y heló por igual todas las frentes...

Tales fueron el estupor y asombro, y tales la indescriptible expectación y el sepulcral silencio que, por largo rato, imperó en la concurrencia, que, ciertamente, el vuelo de una mosca se hubiera por todos advertido.

Melitón un poco pálido, pero siempre sonriente, permaneció en pie todo ese largo rato, mostrándose impasible, sereno, arrogante y hasta altivo, con la mirada inalterable, y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Cuando advirtió que el auditorio comenzaba á rebullirse cual si quisiera dar señales de impaciencia, avanzó pausadamente hasta bordear el escenario, y, con acento semi-amargo y semi-esquivo, exclamó:

—¡La muerte!... ¡Bah!... La muerte no es temible para quien ha tenido la fortuna de dar tranquilidad á su conciencia...

¡Es mucha verdad!... ¡Hoy no soy lo que fui!...

No niego ni atenúo mi pasado, sino que intimamente avergonzado de él, públicamente lo confieso, sin excusa... sin vacilación ni miedo para, con mi doliente contrición y mi sincero arrepentimiento, dar más fuerza y vigor á mis palabras, y mayor validez á mis consejos.

Con estrepitosa y unánime ovación, que duró bastante rato, acogió el público entusiasmado, y visiblemente conmovido, la espontánea y noble confesión del orador.

No bien comprendió el bravoso Sauro que ya era posible dejarse oír, presentáneamente continuó:

—Como debo suponer, dada la rectitud de vuestro juicio, que por mi conducta, por mis obras y por la transparencia de mi espíritu durante el no interrumpido transcurso de estos últimos catorce años, habréisme ya juzgado, escusadme el trabajo y el tormento de hablaros más de mí, y permitídmme que ponga término, por hoy, á mi discurso.

En la próxima conferencia—que Dios mediante será pronto—me ocuparé más extensamente de los sindicatos ateos socialistas, y del sindicato único, impío, criminal y terrorista, heraldo y precursor del bolchevismo.

Entonces sabréis, más al detalle, la dirección que en ellos toman, y de qué modo la toman, los fondos de las cuotas y de las cajas de previsión de los asociados, aunque ya, por lo dicho, os lo habréis prefigurado.

Entónces también veremos, más concreta y claramente, cómo en las revueltas los *redimidos obreros* se baten en calles y plazuelas, mientras los *prudentes redentores* se quedan en su casa, á fin de reaparecer después que acabe el peligro, prefulgentes y vestidos de colores al igual que el arco iris una vez pasada la tormenta. He dicho.

Diez minutos más tarde el Gran Teatro de la Opera, antes de bote en bote, quedó totalmente desierto...

CAPITULO V

LA CONFESION

Las almas que se están embebidas en el mundo, y engolfadas en sus contentos y devaneos, y desvanecidas en sus honras y pretensiones, fácilmente son vencidas por el pecado.

(Santa Teresa.—Morada I-2).

—¿.....?...

—Sí, don Manuel: al llegar anoche á casa, me encontré con su tarjeta citándome para hoy á las once.

—Es una mujer bravosa, con tan gran confianza en el influjo de su estrella, que vuela, sin pararse, á la postrera tentativa, como el alud que, impulsado por su propio peso, hasta lo último y más bajo desciende.

—Pero también los aludes se hunden al caer al mar, ó al chocar con las rocas se deshacen.

—¡Es muy cierto, y no dudo de que en la ocasión presente así sucederá!...

La infeliz desconoce que, afortunadamente para ella, quizás la divina gracia, tomando

forma de *primer amor*, la haya tocado en el alma, para dotarla de alas con que alejarse pueda del pasado, y subir—como otros pecadores han subido—á las excelsas cumbres de esa gracia.

—¿Cree usted?—preguntó Melitón, moviendo la cabeza en señal de duda.

—Sí: porque la gracia de Dios toma mil formas, para llegar al hombre; y porque no hay alma humana, por distraída que esté en el mundo... por endurecida que se halle en el pecado, que no sea capaz de sentir los salvadores efectos, que imprime, en todos, la venturosa Redención de Cristo.

Unas veces esa gracia la sirve de guía natural á fin de que sólo el daño visible esquive, y otras la frota con violencia — como al pedernal el hierro—para que salte la chispa milagrosa, que al invisible bien la guíe...

Aquella impaciencia primero y aquella calma después, que Ana, sin darse cuenta, me mostró hace pocos días, unidas á la gran confianza que yo tengo en la misericordia y bondad de Dios, me inducen á esperarlo confiadamente...

—Dios lo quiera.

—Y lo querrá Melitón, aunque la desdichada, batallando fieramente con el fuego de su nueva pasión, no lo acierte á comprender así.

La misma arrogancia que su cuerpo tiene, la tiene también su espíritu, y si el ambiente, en que ha vivido hasta ahora, pudo hacer de ella casi una nihilista rusa, el nuevo que ha comenzado á respirar asistida por la gracia, transformarla puede de pronto en otra Magda-

lena penitente, que llore arrepentida, ó en otra Judit que prefiera exponer su vida, por salvar á muchos, antes que con muchos perecer.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!...

—La enérgica protesta que hizo en público la tarde de tu valiente conferencia, fue una muestra incontrastable de que su alma había recobrado los fueros de los dignos y nobles sentimientos.

—Yo más bien creo que aquel arranque espontáneo fue un acto pasajero, debido á la vehemencia... á la intrepidez de su carácter.

—Pues yo no lo juzgo de ese modo, sino que tengo, casi por cierto, ser aquel arranque la señal decisiva del advenimiento de la Gracia en ella.

—Yo me complacería grandemente de que así fuera; pero hay todavía en Ana una gran dosis de vanidad y mucho orgullo; y, mientras esas dos bestias no se doman, el arrepentimiento es imposible...

Y domarlas cual conviene—lo sé por experiencia—¡cuesta tanto trabajo y tanto tiempo!...

—No tanto, Melitón, que hay ocasiones en que, la cosa más pequeña y un corto lapso de tiempo, equivalen á centurias, y aún á miles de hechos, en la historia de las almas.

—¡Es verdad!... Acontece, á veces, que un proceso abreviado en el desarrollo de la vida humana borra del corazón sentimientos y anhelos, que nos parecían imborrables; pero... ¿ha llegado acaso ese proceso en el pedregoso corazón de Ana?...

—Al soplo de la Providencia le basta, cuan-

do quiere, un solo minuto para imprimir, repentinamente, hasta en las almas más rebeldes, orientaciones y rumbos diametralmente opuestos á los seguidos hasta entonces...

—¡Tiene usted razón!... Hasta sucede que, al alejarse el alma del rumbo ayer seguido, llega á dudar de si realmente lo siguió, ó si más bien fue alucinación de la mente ó embustero sueño...

—¡Cuidado no se te haga tarde!—interrumpió don Manuel.

—Cierto: se aproxima la hora de la cita. Con su permiso á ella voy.

—Vé con Dios.

No bien Melitón salió del despacho del anciano, éste levantó su mirada al cielo y, cruzando las manos, exclamó.

—¡Señor! ¡inspirala á ella también, como te dignaste inspirarle á él!

*
**

—Anúncieme á la señora duquesa—dijo Melitón, entregando su tarjeta al ujier de cámara que, vestido de frac y calzón corto, estaba en el recibimiento.

—No es menester señor; tengo orden de pasar á vuecencia al salón, no bien llegará... El señor no me recuerda seguramente.

—¡Calle!... ¿Tú por aquí, Pepe?... ¿Quién había de conocerte, al pronto, con esas rubias y bien cuidadas patillas de milord?... ¿Desde cuándo sirves en esta casa?

—Desde pocos meses antes de que se casara la señora—contestó éste. Y, mientras to-

maba el sombrero y el bastón del visitante, y quitábala el abrigo, añadió en tono misterioso.

—Tengo que hablar con el señor á la salida.

Acto seguido alzó un pesado portier, ricamente bordado, y Sauro entró á un espacioso salón, lujosamente amueblado.

A los pocos segundos, por una de las puertas laterales, apareció la duquesa viuda de Quitraco, elegantemente prendida, pero en extremo ojerosa y pálida.

Cualquiera hubiese supuesto al verla, y más dada la orden que el ujier tenía, que aquella dama era presa de una emoción, en la que se mezclaban el temor y el ansia, al acudir á esta entrevista.

¿Qué extraño es, pues, que también lo supusiera Melitón?

Por eso, sin esperar á que ella le dirigiese la palabra, se apresuró á decirle:

—A los pies de usted, duquesa—y la tendió reverenciosamente la mano, que ella estrechó con ardorosa efusión entre las suyas.

—¡No me llames así!... ¡Llámame Damiana como antes—contestó con voz trémula la viuda, á la par que sus expresivos ojos, centelleando bajo el doble arco de las negras y pobladas cejas, le miraban suplicantes, cual si ansiosos demandaran una autoridad destreza que ordenase; un escudo viril que defendiera; y un mirar apasionado en que saciarse...

—Pues bien, Damiana, correspondiendo caballerosamente á tu cita, aquí me tienes.

—No he dormido apenas esta noche pensando, no sé por qué, en si querías compla-

cerme... ¡Hace tanto tiempo que volviste á Sabario y aun no te has dignado visitarme!...

—Cref ser esto lo más conveniente, lo mismo para tí que para mí.

—Puede que obrases bien...

¡Mas volviendo á lo presente... Yo no he sabido, hasta ayer, lo muy larga y penosa que es una noche de lacerante insomnio!... ¡Pero ay!... que, enmedio de todo, me he convencido tambien de cuán generosa suele ser!... ¡Ella, á través de su negro y pesado manto, deja paso á las más briosas fuerzas de la bienhechora reflexión, y abre ancha salida á los secretos más íntimos del alma!...

¡Yo, estimulada por esa bienhechora y madura reflexión, depositar quisiera en tu pecho mis secretos!...

—A tu disposición estoy.

—Aquí no—dijo conduciéndole cariñosamente á un camarín contiguo, decorado con encantadora sencillez, copiosamente bañado de esplendente sol, y exhalando un perfume delicioso, penetrante y grato, que casi obligaba á entoldar los párpados, para que nada distrajera el gozo inefable de aspirarlo.

* *

Era la vez primera, desde que Melitón volvió á Sabario, que el intrépido orador se hallaba frente á frente con aquella mujer de innegable superioridad, de hermosura rara y de atractivo seductor, á quien él había dejado, al ausentarse, representando el vulgar é impuro papel de cupletista, en un muy concurrido bar de infanda clase.

Ahora esa misma mujer le recibía en sus
 tucos salones, encumbrada á la más alta no-
 bleza de Sabario, y mimada y considerada por
 la más rancia y opulenta aristocracia de la san- ^{Este ca}
 gre y del dinero. ^{lífico no}

Pero apesar de todo, y por más que ella en ^{pega}
 sus maneras asemejábase á una reina, y en su
 externa ingenuidad á una señora, y en su con-
 versación y en su cultura á una juiciosa lite-
 rata, Melitón no veía... no quería ver en ella
 más que á la innoble bagasa de antaño... á la
 desdichada Damiana de otros tiempos... á la
 intrigante aventurera, ducha en maquinacio-
 nes y artificios, que, sin reparar en medios y
 por azar de la ciega y loca fortuna, había es-
 calado, indignamente, las más altas y llama-
 tivas posiciones.

Y sin embargo ¿quién diría que aquella
 mujer era la cupletista de otros tiempos?...
 ¡Cuán bien, y cumplidamente, se había apro-
 piado el tono y las maneras del gran mun-
 do!... El trato, la conversación, la sagacidad,
 y hasta el extraño género de su extraordina-
 ria hermosura, hubieran engañado y confundi-
 do á otro que no fuera Melitón, quien estaba
 harto de saber, que tras de aquella florida su-
 perficie se escondía un fondo de cieno, como
 le sucede á la musgosa piedra, que parece
 blanca y suave exteriormente, siendo en lo in-
 terior áspera y dura, como las pétreas concre-
 ciones de las cuevas.

Sentáronse uno frente al otro. Damiana,

con la cabeza baja y lentamente acunando las palabras, comenzó dulce y pausadamente de este modo:

—Quiero hacer confesión general de todos mis desvaríos, que fueron y siguen siendo muchos... Necesito confiar á alguien mis indefinibles congojas... mis dilacerantes amarguras... mis zozobras, mis arcanos pensamientos, mis ilusiones y esperanzas... En fin, mostrar, sin ambages ni rodeos, el atribulado estado en que se encuentran mi pecho y mi conciencia...

—Apruebo tu resolución—la dijo Sauro en tono de sincera simpatía; luego, con voz más velada, añadió.

Los que acuciados por la loca fantasía hubimos derrochado la juventud hollando cuanto puro y sagrado se nos paso al paso en el curso de la vida, tenemos que reconocer y confesar nuestros extravíos, y que dolernos y arrepentirnos mucho de ellos, si realmente queremos que en nosotros recobren la justicia y la razón sus fueros.

—Ese es mi propósito para el cual demando tus consejos.

—Contar puedes con ellos.

—Es que también necesito tu personal ayuda...—añadió con ese leve natural jadeo que no es posible reprimir, cuando el importuno corazón acrecenta y acelera los latidos.

—También con alma y vida te la ofrezco.

—Piensa bien lo que has dicho—replicó la dama levantando la cabeza, é iniciando en su mirada cierto fulgor tendencioso, como el de quien, simulando docilidad, se prepara á ser agresivo.

Advierte—añadió con ladina intención— que es cosa fácil prometer de ligero, y á corazonces rectos muy difícil retraer lo prometido.

—También hay almas ardientes, cuyos reales sentimientos no pueden probar si no dilatándose fuera de sí mismas.

—¿Luego tú crees que debe confesarse todo?

—Yo, al ir á la confesión general de mis errores, lo hice convencido de que era necesario hacer el sacrificio... la abnegación completa de sí mismo, rindiéndose incondicionalmente á las reglas y verdades evangélicas.

Hacer otra cosa equivaldría á permanecer en lobregueces, donde no hay luz para ver, ni valor para luchar, ni medios para vencer.

—Así quiero ir yo también...

—Y estarás en lo cierto: porque, sin negarse uno á sí mismo, no se logra la tranquilidad del alma, y la salud del cuerpo totalmente se pierde.

—Me place tu consejo.. ¿Cómo seguirlo debo?...

*
* *

Sauro, á cuya sutileza no escapaban las bastardas intenciones de la viuda, la vió venir rodeadora hacia él como las cabras van al pastoreo, es decir: saltando de roca en roca, por cima de los empinados cerros y de los arriscados peñascales.

Por eso, sorteando receloso sus felinas asechanzas, se propuso hablarla lealmente, since-

ramente, con extrema blandura, y poniendo en su acento todas las inflexiones propias de su rectitud y seriedad. Así, pues, la respondió:

—Yo puedo indicarte un confesor—con quien yo me confesé.—Es un sacerdote virtuoso, y además muy sabio y prudente.

—Primero deseo hacer exámen de conciencia con un hombre convertido. . Con un hombre de mundo, que hubiera sido antes un indiferente... un estóico... un rabioso descreído...

Uno de esos hombres superiores, de vasta cultura y gran talento, que suelen pasar entre las medianías por oráculos, y que, á ser posible, hubiera oficiado, entre ellas, de *libre pensador* y de *Gran Maestro de Logia*.

Un predicador de elocuencia portentosa; uno de esos que hacen creer en la necesidad imprescindible de volver la sociedad de arriba abajo, como se vuelve la tierra con el ferrado arado, ó sea: poniendo á la sombra lo que está al sol, y al sol lo que esté á la sombra.

Que há poco hubiera asegurado ser preciso mezclar la sangre de los burgueses y aristócratas con las cenizas de sus palacios, como se mezcla el vil estiércol con la tierra productiva.

Uno, en fin, que nos hubiera convencido del acierto del revolucionario Masianiello al afirmar: que era preciso asociar el saqueo al incendio y á la matanza, si se quería, de veras, que el odio—alma del pueblo—no decayera ni se desaminara en el combate...

Melitón silencioso, pensativo, y doblada la rugosa frente, escuchaba con heroica prudencia; pero bien claramente demostraban la palidez de su semblante y el latir brioso de sus sienes, aniosas de estallar, la tremenda oleada de remordimientos y amarguras, en que las crueles frases de la astuta dama habíanle envuelto el corazón.

Esta, en cambio, insistiendo cada vez más en su felino plan, y solazándose su altanero espíritu en la manifiesta humillación del paciente Sauro, calmosa, sosegada, con la pérfida quietud con que el fétido pantano envenena las aclaradas linfas, siguió manchando los labios con las repugnantes heces de los pasados tiempos, y prosiguió implacable:

—Un hombre en extremo leal y generoso que hubiera aconsejado á las mujeres de este modo:

«Vuestros derechos no han de ser de peor condición que los del hombre».

¡Salid, pues, de la estrecha cárcel del hogar doméstico, y de la denigrante esclavitud de la familia!..!

¡«Sacudid el yugo infamante de los hijos, de quienes la sociedad tiene el deber, y aún el derecho de cuidar!... ¡Romped, despreocupadas, las endebles cadenas del recato, porque el amor es libre, como lo son la voluntad y el pensamiento!»...

«La mujer, consciente de su emancipación y sus derechos, no puede tolerar esos convencionalismos imperativos, que toman el mote de moral, porque ellos son las trabas del progreso».

«Y, para concluir, un orador sincero que
 »hubiera dicho á la mujer consciente: *no bas-*
 »*tará que nosotros, los hombres, demos muerte á*
 »*los tiranos de los cuerpos, si vosotras, las mu-*
 »*jeres, no nos ayudais destronando al tirano de*
 »*las almas».*



Melitón, con quietud religiosa... con mansa conformidad cristiana seguía callando prudentemente; pero las venas de las sienes, que se le hinchaban y saltaban adquiriendo un color casi violáceo, denotaban lo mucho que sufría.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...—sus cárdenos labios medrosamente susurraban—¡Dios justo!.. ¡Dios justo!... ¡Qué merecido; pero qué feroz también es mi castigo!...

La duquesa, en tono cada vez más irónico y acusador, continuó:

—Un hombre gran conocedor del mando, que á mi misma hubiéramos dicho, muchas veces, en la soledad de las secretas y amistosas conversaciones, y en las más íntimas confidencias, *«que todas las religiones eran una solemne farsa; y sus ministros unos hipócritas, hambrientos de oro y de comodidades y placeres»*...

Un hombre, por último, que repentinamente, de la noche á la mañana, se hubiera convertido y que ahora, desengañado ó por cálculo—que eso será cuenta suya, y de nadie más—apareciera, como otro S. Pablo ó S. Agustín, transfigurado en moralista austero; en fiel y valeroso buen cristiano, que acertare á con-

vencerme de que, así como en lo físico sin alimento es imposible la existencia, así tampoco en lo moral puede vivirse sin creencias.

El intrépido Sauro, á quien ya las crueles penas sufridas desde su conversión le habían aumentado, en alto grado, el temple de su siempre gran carácter, y proveído, además, el esforzado pecho de valor extraordinario para afrontar cuanto Dios—en su infinita sabiduría—juzgara preciso enviarle, al mayor perfeccionamiento de su ánima creyente, limitóse á preguntar á la duquesa con la mayor serenidad y paciencia:

—¿Terminaste el retrato del hombre que buscas para consejero?...

—¡Sí!...—contestó ella— le he terminado!...

—Pues bien: ese hombre, ayer ciego y desdichado y hoy con vista y feliz, franca y lealmente afirma haberle causado, abatimiento y placidez, la fiedad de verte erigida en su providencial castigo.

—¿Abatimiento?... ¡Bien claro lo advierto! —exclamó la inexorable dama, con igual rapidez que el buitre se lanza sobre la carne muerta.—¡Pero eso de placidez!...—agregó irónicamente.

—¡Placidez también—replicó Sauro, acen tuando en los penetrantes ojos su firmeza y serenidad de hombre pensador.—Sí; placidez también, repito; porque, en medio del horrendo sufrimiento padecido, le ha resultado tal castigo un dictamo eficaz, saludable y misericor-

dioso, llamado á desempeñar inapreciable misión divina, cerca de su muy lacerado corazón.

—¿Y eso?...—preguntó ella con aparente asombro y manifiesta incredulidad.

—Porque le ha servido de consolante lenitivo, que, á más de endulzar los agraces del remordimiento, le ha confirmado en la resignación y en la paciencia, que son los frutos ubérrimos de su salvadora conversión.

—Me alegro mucho de ello—replicó secamente la duquesa.

Luego, dulcificando la actitud y el tono agresivo de la voz, cual si quisiera desagraviarle, y dando á sus bellos ojos cierta expresión imploradora de piedad y aliento, añadió resueltamente:

—Voy á comenzar mi confesión.

* *

—No bien huiste de Sabario el infame Ferrer, tu ex secretario, persiguióme tenaz, como lobo carnicero á descarriada oveja, hasta sujetarme entre sus garras por viles cadenas de complicidad...

Me afilié, olvidando tu prohibición, á la cruel secta masónica, de la cual soy esclava, y copartícipe, en gran parte, de sus malélicas intrigas.

—¡¡Desdichada!!

—¡Bien puedes decirlo!... Pero ¡ay!... tú no estabas junto á mí para estorbarlo!

¡Mucho esta sociedad secreta satisfizo mis ambiciones y mi orgullo de mujer!... ¡Pero á qué precio, Melitón!...

¡Cuántos desgarramientos del alma... y aún del cuerpo!... ¡Quién pudiera borrarlos!...

—¡Infeliz mujer!...

—¡No lo sabes bien!... Tener que aparecer triunfante ante los ojos de los demás, estando siempre en cruelísima tutela... en dura é insoportable esclavitud... en humillante é ignominioso cautiverio!...

¡Enmascarar, con embustero placer é insolente lujo la falsía, el perjurio, la complicidad y la perfidia...

¿Por qué nació para el mal?... Y si para amar el bien hube nacido, ¿quién puso en mi sér pecados tantos, y más sanguinosos y apiñados que globulillos de granada?—concluyó por exclamar la infeliz duquesa, trémula, calenturienta, vacilante, enloquecida de temor y espanto, y sin poder descepar de la memoria sus nefandos extravíos.

* * *

Había en sus últimas palabras—quizás por vez primera—un latido de verdadera pesadumbre y de tan evidente sinceridad, que Sauro, hondamente conmovido, no pudo menos de suspirar:

—¡Horrenda es tu situación!... ¡Pobre Damiana!...

Esta, reponiéndose un poco, prosiguió:

—Nada hay Melitón; nada tan cierto como los horribos tormentos y las terribles contradicciones, que se fraguan en torno de las almas femeninas, cuando estas se abandonan al ímpetu asolador de los caprichos, sin obede-

cer á freno alguno del deber, de la conciencia y hasta de la propia conveniencia y de la lógica.

—Menos mal, pues lo comprendes... Esa misma comprensión suele ser, á veces, venturoso comienzo del remedio.

Ten confianza pues: no serías tú la primera en quien de las crudas penas surgiera la benévola esperanza, como brota de las tempestades el sosiego.

—¡Ay Melitón, cuánto lo dudo!...

—Dadar del remedio, que en manos de nuestro Padre está, es aún más insensato que no creer en el sol que nos alumbra.

¿Quién puede dudar del sol si sabemos que, aunque se oculte esta tarde, infaliblemente alumbrará mañana?

—¡Es mucha verdad!... Pero suele aparecer, á veces, tan nublado el oscuro porvenir que, ni aún el corazón más esperanzado, consigne sustraerse á las fatídicas inquietudes del temor.

—Nuestro porvenir nos pertenece sólo en parte; la totalidad de él pertenece á Dios.

—Bien está... Mas yo no debo ocultarte que, desde tu vuelta á Sabario, aumentaron de día en día, en torno mío, las atenciones, la adulación y al parecer la estima; pero al propio tiempo, por parte del malvado Ferrer, se redoblan ahora exageradamente el celo, la vigilancia y el misterio...

Esto llena de zozobra á mi varonil espíritu, pues presiente haber llegado ya, á su grado máximo, la desconfianza que de mí se tiene, y mi activo corazón barrunta, que algo extraor-

dinario y grave se trama en mi derredor... Por otra parte ¡os odian tanto!...

—¡Como tienes que odiarnos tú también, puesto que estás entre ellos!

La hermosa viuda abrió desmesuradamente los ojos, para que el sordo hervor de su pecho se escapara, bullente, en su mirar de fuego y lanzó este rugido, de cuya sinceridad tampoco podía dudarse:

—¡Ay Melitón!... ¡Es muy difícil!... ¡Es imposible odiar á los enemigos de aquellos, á quienes con toda el alma se aborrece!...

Como saeta vibradora penetró aquel rugido en el ánimo de Sauro, y, reproduciendo en su memoria los presagios de su amigo Barrientos, le hizo exclamar entusiasmado:

—¡Pues échate en los brazos paternales del Señor!...

—¡Quién tuviera tu fe!... Voy á continuar mi confesión:

Un día —hace unos seis años— Adolfo Ferrer me dijo:

El duque de Quitraco, á quien te presenté en el bar hace tres noches, está serio y perdidamente enamorado de tí...

—¿Ese pobre viejo tan acicalado y pulcro?... —contesté yo.

—*Cuidado con las felinas coqueterías y, muy particularmente, con demandar dinero—me replicó.—LA LOGIA exige que le hagas tu marido, en lo cual tu recibirás grande honor, y tú y*

yo valiosos méritos, que se nos recompensarán largamente por la asociación de la buena causa.

—¡Bandido!!—rugió Melitón, sin poder contenerse.

—Dos meses después el opulento duque de Quitraco estaba resuelto á darme el título de duquesa haciéndome su esposa.

Una sola condición puso: condición singular, que lejos de serme onerosa me fue en extremo halagadora.

—A mi ilustre prometido le inspiraba terror la idea de que los disipados aristócratas, asiduos concurrentes al bar, pudieran reconocer en su esposa á la cupletista Damiana, y, á fin de evitar este peligro, convinieron Ferrer y él un plan, para cuya realización el vi-vo de tu ex secretario, en unión de algunos miles de luises de oro que adelantaría el du-que, debía acompañarme á París.

En aquella inmensa urbe de *peluqueros*, de *croupiers* y de *modistos*, que á si misma se proclama le *cerveau du monde*, se consumó el negocio.

—Puede que con razón llamen *cerebro del mundo* á ese París de tus pecados, á juzgar por la demencia que ahora padece la mayor porción de ese mundo—interrumpió Melitón despectivamente.

—Allí, pues, merced á ciertos baños quí-micos en combinación con *des adroits massages*, transfiguráronme, á los treinta días, en la mujer que ves.

—¡Y todos contentos!... ¿No es verdad?...— volvió á interrumpir Sauro. Luego frunciendo el ceño, con mohín de desagrado y repugnancia, y en tono por demás áspero, añadió:

—¡Imbécil humanidad!... ¡Sólo para los espíritas mezquinos y los sentidos estragados, que hoy son los más, tiene la verdad menos valor que la mentira!..

La viuda—al fin mujer—aparentó no percibirse del gesto despectivo de Sauro y, con acento significativo, confirmó:

—La primera vez que me vió mi novio, después de este cambio, no pudo reprimir estas espontáneas exclamaciones:

—*¡El arte, en esta ocasión ha vencido á la orgullosa naturaleza, que tan engreída estaba de su obra!... ¡De tal modo hubo acrecentado tus encantos, que ni aún yo mismo te hubiera conocido, si el amor que te profeso no me lo hubiera denunciado!...*

—El amor en la juventud abrillanta y en la vejez enloda—replicó Melitón.—El viejo—añadió—que se enamora de mujer joven comienza por cometer una gran locura; mas si luego, dando gusto al diablo, llega á maridar con ella, las torpezas y locuras que hará, serán incontables é imposibles de remedio.

*
**

—De París —prosiguió Damiana—me llevó Ferrer á Quitraco, pueblo natal del duque, y en el cual están enclavados su palacio señorial y la porción mayor de sus inmensas propiedades.

En dicho pueblo, pretestando Ferrer la necesidad de restablecer su quebrantada salud, nos instalamos lujosamente, pasando yo por huérfana muy acaudalada, y sobrina suya.

—¡Diabólico enredo, vive Dios!...

—Desde entonces me llamo Ana Crisp.

—¿Pero para casarte?...

—Se observó que en la hoja del registro parroquial, en que estaba inscrito mi bautizo, habían caído casualmente dos borrones; uno sobre las tres primeras letras de mi nombre, y otro sobre las dos últimas del apellido de mi padre.

No pudo expedirse mi partida de bautismo, sino por lo que en realidad podía leerse.

—¡Qué infame casualidad!—murmuró Melitón.

—Al mes de nuestra llegada al pueblo, se celebró con gran ostentación y lujo, en la capilla del palacio, mi boda con el duque de Quitraco.

* * *

Descansó unos minutos la duquesa y luego, con desgana manifiesta y debilitado acento, continuó:

—Aun cuando tuve siempre buen cuidado de aparentar, al exterior, los muchos atractivos y encantos que tenía para mi alma aquella nueva y tranquila vida ¡cuán penosos y largos se me hicieron, interiormente, los cinco primeros meses de matrimonio!...

Mis nervios se crispaban de continuo, al verme enterrada en vida, y de todos olvidada.

da, en aquel mísero pueblo de záfios y humildes labradores.

Los fríos comenzaron á iniciarse; el horizonte se nublabá, de día en día, achatando hacia la tierra el firmamento, cual si quisiera desplomarlo sobre mí...

Yo ya no podía más... Aquella sociedad de lugareños me asfixiaba... Erame imposible resistir, ya por más tiempo, el ansia de aparecer en la corte, y de bullir y de brillar en ella, cual correspondía á mi alta posición y á mi nuevo rango.

Por otro lado la salud de mi aprensivo esposo se había quebrantado algo, y de exagerar astutamente cerca de este tal quebranto, se cuidaba el malvado Ferrer, quien, para sus perversos fines, deseaba, aún más que yo, nuestra inmediata translación á Sabario.

Tal maña nos dimos uno y otro que el mismo duque, mi ciego esposo, fue quien dispuso que cuanto antes nos fuéramos el matrimonio á Sabario, y que, pocos días después, el administrador, señor Ferrer, trasladase igualmente á la corte las oficinas de la administración de nuestros bienes.

—¡Qué cúmulo de ficticios y de infamias!...

—En la estación del ferrocarril, el único que esperó nuestra llegada fue don Manuel Barrientos, amigo, desde la infancia, de mi esposo.

—¿También se os ocurrió la infame idea de burlaros del hombre más caballero y correcto de este mundo?—preguntó indignado Melitón.

Damiana, sin levantar los ojos del suelo, y cada vez tremándole más la voz, contestó:

—Yo lo ignoraba y lo mismo debió sucederle á Ferrer; pues de haberlo éste sabido me lo hubiera prevenido, como me previno de que, ni por los hijos ni los demás parientes del duque, seríamos esperados.

Debió ser determinación exclusiva de mi marido. Por lo demás, don Manuel ha sido siempre conmigo el hombre más caballero, más cumplidamente correcto, y más digno que he tratado.

Desde que tuve la dicha de conocerle me ha demostrado un afecto paternal, invariable y continuo, acompañado de las más expresivas y delicadas atenciones.

—¿Conoce ese señor tu historia?...

—No lo sé... Por mucho que aguzé el ingenio jamás logré averiguarlo.

Sólo puedo asegurarte que su extremada sencillez y su mirar profundo me anonadan; que su amena conversación y sus sabios consejos me subyugan; que su siempre iguales prudencia y generosidad me pasman y confunden; y que todo, en ese hombre extraordinario, me inspira profunda consideración y gran respeto.

—Es que don Manuel es todo un santo, y no es posible conocerle sin apresurarse á quererle, admirarle y reverenciarle.

*
* *

—No bien me presenté en el gran mundo—perdona mi vanidad y mi inmodestia—fui la mujer de moda, la mimada y agasajada por todos, hasta ¡pásmate!... por las mismas mujeres que me envidiaban.

Poco tiempo tardé en ser llamada por los chicos de la prensa la estrella de los salones... la reina de la aristocracia, y otras lindezas más por igual estilo.

—Hoy en sociedad—interpeló con ironía Sauro—á nadie se le pregunta de dónde viene ni á dónde va.

—Cuando mi esposo no podía ir conmigo, acompañábame mi tío.

—Eso es muy corriente tambien en el gran mundo...

—Sólo esquivaron mi trato, y aún los de su padre, los hijos que tuvo éste en su primer matrimonio, Carlos y Luisa, que ya estaban casados.

—Tambien eso es moneda corriente en las segundas nupcias: á nadie extrañaría.

—A los veintiocho meses de matrimonio tuve un hijo... El infeliz nació raquíptico y enfermizo.

Mi marido, sin embargo, estaba loco de júbilo... Su paternal orgullo se sublevó, locamente, al ver que su existencia, su fortuna y su título se habían prolongado en otra nueva vida y, creyéndose rejuvenecido el muy desavisado, olvidó desatentadamente sus dolencias.

Fanestísimas y vanas fueron sus seniles ilusiones.,.

Padre é hijo, el segundo por mengua de elementos vitales, y el primero por haber usado con exceso de los suyos, los dos tenían condenada su existencia á un próximo y trágico desenlace.

El duque falleció, antes de que su hijo cum-

plera cuatro años; y el niño murió cincuenta y ocho días después de fallecido el padre.

Hoy soy duquesa viuda de Quitrao por fallecimiento de mi esposo, y poseo una inmensa fortuna heredada de mi hijo.

¿Para qué enumerar los fraudes y amaños descubiertos en la administración de los bienes de mis fallecidos?...

Cuanto pudiera decirte de Ferrer sería poco comparado con la realidad.

Afortunadamente el honorable don Manuel Barrientos, único testamentario y albacea del duque, salvó cuanto fue posible mi caudal... ¡Mas ay!... A él le era imposible libertarme de las complicidades y de las férreas cadenas que me tienen sujeta á la maldad y tiranía de Ferrer... ¡Solo tú, Malitón, es quien tiene medios y autoridad bastantes para sacarme del terrible suplicio que padezco!...—concluyó por exclamar la dama, dejando que brotara á la superficie la fanesta pasión que, tan honda y fuertemente, había enraizado en su caprichoso corazón.

—¿Yo?...—la preguntó Sauro con amarga é inefable tristeza.

—¡Sí!... ¡No me dejes perecer en él!... ¡Tú eres el único hombre, que puedes libertarme del execrable yugo de Ferrer!...—esto diciendo la hermosa viuda le envolvió en larga, en fogosa y acariciadora mirada de irresistible seducción.



Sauro después de haber saciado, supera-

bundantemente, su varonil mirar en el imperador y hermoso rostro de la viuda, y de haber sostenido, con sin igual firmeza, el tenaz relampagueo de sus encendidos y asediadores ojos, sereno la contestó:

—¿Qué puedo hacer yo por tí, si soy hecho de tan vil barro como tú?...

—¡Tú puedes curarme!... ¡Tú puedes evitar mi muerte!

—Los médicos del cuerpo nada pueden contra la muerte...

Quizás, valiéndose de artificios y de ciencia, consiguieran retrasarla, pero también se exponen á que, luego, venga esa muerte con mayor lobreguez y más rudeza.

—Inténtalo... ¡Siquiera por nuestra hija!...

—Tu hija jamás sabrá quien es su madre...

Damiana se estremeció congojosamente... Sus puños se cerraron, con fuerza convulsiva, hasta clavar las rosadas uñas en la palma de las manos.

Comprendió la infeliz que su corazón le había sido traidor... Que se había dejado invadir, fuera de tiempo, por un afecto irrealizable y loco... Que sus ilusiones, sus esperanzas y entusiasmos habíanse esfumado, como vago ensueño, y que todo su anhelo se había desplomado, cual torre labrada sobre arena ó ruín castillo de naipes.

Pero, á la vez, emergió de entre los escombros de su pecho el natural y olvidado amor materno, que la hizo erguir la cabeza con arrogancia indescriptible... abriéronse desmesuradamente sus fosforescentes ojos cual si exigieran, con absoluto é irreductible imperio, la

completa explicación, que por naturaleza de madre la era debida, y con un sonreír extraño, mezcla de confianza y amargura, preguntó ó mas bien aulló con entereza.

—¿Luego nuestra hija vive?...

—¡Sí!... ¡vive y es muy dichosa!...

—Tú la ampararás siempre. ¿No es verdad?—clamó después la desdichada madre con apasionado acento, y juntando febrilmente las manos en actitud de súplica.

—El amor de padre se asemeja mucho al amor divino... Con sólo decirte esto, espero habrás quedado cumplidamente satisfecha.

—¡Gracias, Melitón!—suspiró ella, mientras una gruesa lágrima rodaba solitaria por su encendida mejilla, pero, sin que por eso, cesaran de crisparse las manos, cual si intenso dolor las invadiera.

Melitón la contemplaba con recelo. ¿Habría despertado al fin su alma? se preguntaba interiormente; y, sobreponiéndose á tan mortificante duda, continuó:

—A los que hemos vivido muchos años cometiendo transgresiones de la ley divina, y por ello hemos sufrido tremendas decepciones, nos es más positivo—y hasta por egoísmo debiéramos hacerlo—pensar en redimir, por medio de la penitencia, el tiempo perdido, en lugar de remontarnos por los ilusorios campos de la fantasía, acariciando quiméricos fantasmas.

*
* *

Hasta aquí la astuta dama, á ratos apena-

da y ruborosa, cual si convencida y arrepentida se sintiera, meced á lo que Melitón iba diciendo, había empleado en sus palabras cierto tono reposado, tembloroso, acariciador y hasta, si se quiere, tierno, semejante al arrullo de la tórtola.

Mas harta ya, sin duda, de las glaciales respuestas de su esquivo interlocutor irguió, de nuevo, brusca y repentinamente la cabeza; mostróse altiva, ligera y cristalina y, manifestando gran desasosiego de nervios y con sarcástica sonrisa, y subrayando bien las frases, añadió decidida y arrogante.

—Luego si nada puedo esperar de tí dime, al menos, á quien debo acudir.

—A un médico de almas.

—¡A un médico de almas!...—replicó ella irónicamente, á la par que sus pupilas pugaban por reventar en lágrimas.

—¡Sí!... porque esos médicos no hablan en nombre del deseo, ni del arte mundano, ni de la ciencia humana, sino en nombre de *Aquel* que encendió la salvadora luz, que la concupiscencia de Eva hubo apagado.

—¡A un médico de almas!... ¡á un médico de almas!...—seguida fulminando la despechada viuda, tornándole á brillar los ojos bajo las negras cejas, como en las sombras centellean las estrellas.

—¡Sí!... ¡A un médico de almas!—insistió Melitón—¡á un médico de almas!

Porque ellos son apóstoles inspirados, que saben penetrar, ingeniosamente, las secretas dolencias de los espíritus enfermos, y, ya que no puedan evitar que el cuerpo muera, conse-

guir que él con su muerte no haga morir también al alma.

—¡Basta!—clamó Damiana, y, levantándose bruscamente del asiento, le tendió la mano con el ademán frío y orgulloso de una reina.

Sauro se la besó muy reverencioso y, sin hacer ninguna otra señal más de despedida, salió inmediatamente del salón.

En el recibidor el criado Pepe, poniéndole el abrigo y alargándole el sombrero y el bastón, le preguntó:

—¿Cuándo podré ver al señor?...

—Cuando tú quieras—respondió éste bajando la escalera.

CAPITULO VI

AVE FENIX

Ayuda harto tener altos pensamientos, para que nos esforcemos á que lo sean las obras...

Ande la verdad en vuestros corazones y vereis claro el amor y lealtad que somos obligados á tener á los prójimos, lo mismo iguales que superiores.

(Santa Teresa.—Camino de perfección—5 y 33).

AVE FÉNIX solían llamar al sirviente Pepe Solano cuantos le conocían, porque era, en verdad, un caso raro, en los actuales tiempos de desequilibrio social, hallar en Sabario un criado fiel, discreto, agradecido y respetuoso. Pues bien, todas estas cualidades las renúcia Pepe Solano.

Hijo de humildes labradores muy recargados de familia, tuvo que abandonar la casa paterna al cumplir quince años, para ir á buscar, fuera del pueblo la manera de ganarse el sustento.

Como jamás se enturbiaron en él los sentimientos de honradez, de la propia dignidad y de amor al bien y al trabajo, que habíanle inspirado sus cristianos padres; y como, además, era, por naturaleza, de carácter bondadoso y de inteligencia privilegiada, siempre mereció excepcionales consideración y estima de cuantos amos le tomaron á su servicio.

Por otra parte, el celoso cura de su pueblo, apercebido del despejo natural y de la mucha aplicación del joven, cultivó cuanto pudo su claro entendimiento, y, por último, la misma sociedad, en que después convivió con sus amos completó y perfeccionó su educación.

Hoy, al presentarse en escena, es ya un hombre casado, que ha hecho sus ahorros y determinado volver al lugar en que nació, para dedicarse á las labores del campo.

*
* *

—¿Decididamente te vas mañana?

—Si señor: mañana mismo si Dios quiere, el rayar el alba—contestó Pepe.

—¿Lo has pensado bien?—insistió Sauro.

—¡Si señor!... Usted no sabe, don Melitón, el ánsia que mi mujer y mi hija tienen de volver al pueblo, para no salir mas de él.

—Yo ignoraba que fueras casado.

—Hace ya mucho tiempo... Como que ya tengo una mocita de catorce años.

—¿Es hija única?...

—Es la primera que tuve y la sola que me queda; los dos hijos, que nacieron después de ella, han fallecido.

—La duquesa se habrá disgustado, ó cuando menos sorprendido, al manifestarla tu repentina decisión.

—Se la tenía ya anunciada desde hace algunos meses:

Por eso, al indicarla ahora haber llegado el momento, se limitó á decirme contristada.

—*Vete cuanto antes, Pepe; y sé más feliz que yo, porque tú lo mereces... Solo me ocurre aconsejarte que no te despidas de nadie de la casa... y menos de Rodolfo... Este vé amenazadores en cuantos están á mi lado, y me demuestran algún cariño.*

—Está bien señora... mas...

—*Yo te disculparé con todos.*

Esto diciendo, me alargó por primera vez su blanca mano, quemante como un ascua, y yo muy conmovido, casi llorando, se la besé respetuosamente.

Luego abrió un elegante escritorio de marfil; puso en un sobre un pequeño fajo de billetes de Banco y me los entregó diciendo: *no es menester que liquides tu cuenta con mi mayordomo: yo, por mi misma, quiero satisfacer tu salario.*

—Dios se lo pague á la señora.

—*Acuérdate alguna vez de mí.*

—Sí que lo haré... y haré más: pediré á Dios en mis pobres oraciones que la proteja de sus enemigos, y pediré también por el eterno descanso del señor duque, á fin de que, si ya no lo está, se una pronto en el cielo con aquel ángel su hijo, y para que, juntos, intercedan por la señora cerca del Supremo Juez de vivos y de muertos.

— *Y Dios te oirá, Pepe, porque eres muy bueno...*—contestóme ella.

— ¡Se conoce que la duquesa te aprecia de verdad!—exclamó Melitón.

—Tengo grandes motivos para creerlo así... A sus bondades y liberalidad debo el poder llevar á mi humilde pueblo unos centenares de francos, que, para nosotros los pobres, constituyen una gran fortuna.

—¿Desde cuando estás á su servicio?

—Desde unos dos meses antes de su boda con el señor duque.

—¿Conocias tú al duque?

—Le conocí en Quitraco... Es mucho y muy interesante lo que tengo encargo de comunicar al señor.

—Sentémonos.

—Con permiso del señor.

*
**

—Una tarde—continuó diciendo Pepe—don Rodolfo, quien como usted era asíduo concurrente al café Suizo, me dijo así:

—*Tengo una gran colocación para tí... ¿Quieres ir á Quitraco á mi servicio y al de una sobrina mía, que está próxima á contraer matrimonio con un ocaudalado personaje de la más linajuda aristocracia de Sabario?... E-te es el sueldo por ahora; pero el cual te será doblado si te quedas después al servicio del matrimonio.*

Yo acepté y entonces, en Quitraco, fue donde tuve el honor de conocer al señor duque, quien estaba de temporada allí.

—¿Ignoras la historia de la señorita Ana?...

¿Orees tú en ese parentesco que proclama don Rodolfo?

—¡Me hace el señor unas preguntas!... Yo sólo puedo asegurar que lo mismo sobre la señorita Ana, antes de casarse, como sobre el matrimonio después, ejercía don Rodolfo tan extraordinario dominio, que ya rayaba en tiranía... Muchas veces me pareció que le tenían miedo, y esto me hizo pensar en la conveniencia de dejar la casa.

—¿Por qué no lo hiciste?...

—Por que cuando iba á decidirlo, una extraña coincidencia me obligó á empeñar mi palabra de no hacerlo, hasta después de evacuar un encargo cerca de usted.

—¿Cerca de mí?... ¿Qué tengo yo que ver con tus señores?...

—Nada de esto sé... ni jamás traté de averiguarlo: pero el encargo existe, y cumpliéndole estoy.

—¿Acaso la duquesa?...

—No señor... La señora es cierto que pareció dos, ó tres veces, como si intentara querer hacerme alguna confidencia; pero nunca pasó de simples conatos de intento.

—¡Está bien!... Calla el nombre de la persona; pero cumple cuanto antes el encargo, pues ya me tienes intrigado.

—Es que no se me ha prohibido reservar ese nombre.

La obligación que yo tengo de servir á esa persona, sólo me interesa á mí por lo que diré al señor después... Su nombre es don Manuel Barrientos.

—¿Don Manuel Barrientos dijiste?...

—¡Sí, señor!...

*
* *

Una bomba, que hubiera estallado junto á Melitón, no le hubiera causado tanto efecto como el que le produjo el nombre pronunciado por Solano.

—¡Don Manuel!... ¡Don Manuel Barrientos!...—repetía con indecible asombro.—¡Eh!... ¡Mi más fiel y mejor amigo!... ¡Mi noble consejero!... ¡El depositario de todos mis secretos!... ¡Si nos vemos todos los días!... ¿El valiéndose, con fiadamente, de un extraño para enterarme de lo que juzga interesarme á mí?...

¡Esto no puede ser!... ¡Aquí hay ciertamente un gran misterio, que un hombre agrade-cido, como lo soy yo, tiene el deber de res-pectar!...

Esta última consideración serenó su juicio é hizo que se limitara á preguntar:

—¿Desde cuando conoces á don Manuel Barrientos?...

—El fue la sola persona, que esperaba á mis señores en la estación del ferrocarril, cuando fuimos á Sabario.

—Está bien: puedes proseguir.

—Ya estaba viuda la señora desde hacía más de dos años, cuando una vez, al llevar un recado suyo á don Manuel, este señor me hizo pasar á su despacho, y en cuanto entré me dijo:

Me han asegurado que vas á dejar enseguida la casa en la que tan fiel y acertadamente prestas servicio.

—Así es, señor—contesté yo.

—Pues si yo tuviera algún ascendiente sobre tí, me atrevería á rogarte que suspendieras tu decisión por solo unos pocos días.

—El ruego de usted es una orden, que, además de muy honrosa para mí, yo siempre cumpliré con sumo gusto.

—Muchas gracias, Pepe. El retraso, en todo caso, puede que no llegue á dos semanas.

—Lo que sea preciso esperaré.

—Se trata de encargarte cierta delicada misión, que solamente tú puedes llevar á feliz término.

—Pues déla usted desde luego por ejecutada.

—¿Conoces al Marqués de las Trompete-rías?...

—Sí señor.

—¿Recuerdas bien la noche del fallecimiento de tu amo?

—Hay escenas en la vida, que jamás pueden borrarse de la memoria.

—Pues es preciso que igualmente recuerdes cuanto hayas observado de anormal, y juzgado censurable, en la conducta de la señora, desde el punto y hora en que entraste á su servicio.

—Procuraré traerlo también á la memoria.

—Por último, es indispensable que, de hoy en adelante, vigiles sus actos todo cuanto puedas; que pongas en los mismos gran atención; y que formes el concepto que tu recto juicio te inspire acerca de ellos.

—¡Señor!... ¡tal misión!... ¡Difícilísima páreceme la empresa!...

—Así el mérito será mayor—me replicó secamente.

Luego dulcificando algún tanto el acento añadió:

—Además es por el bien de tu ama, y del tuyo propio igualmente.

Si tomaras el desacertado acuerdo de negarte á ello, puede que, en día no lejano, te arrepintieras demasiado y te remordiera no poco la conciencia...

—Arduo y penoso fue el encargo, sobre todo tratándose de un hombre tan leal y concienzudo como tú—interrumpió Sauro.

—Pues aún es más dura la segunda parte—significó el criado, y continuó:

Es preciso — siguió diciéndome don Manuel—que, tan luego como yo te avise, todo cuanto hayas observado y pensado se lo manifiestes al Marqués de las Trompeterías, después de lo cual puedes ausentarte de Sabarrio cuando quieras.

*
**

Como si los dos interlocutores hubieran sido heridos, de repente, por el mismo rayo, ambos quedaron sumidos en el más absoluto y aterrador silencio, durante largo rato.

El primero en romperlo fue Solano, quien adolorido exclamó...

—¡Ay, don Melitón, por el estupor y asombro que, hace unos momentos, produjo en su ánimo el respetable nombre de mi mandante, ó quizás cuadruplicándolos, puede formarse

idea de los que, en mi espíritu, causarían las últimas palabras del señor Barrientos.

—¡Lo comprendo, amigo Pepe!... ¡Lo comprendo!...

—Tuve intención de retraer mi poco meditada promesa y, sin siquiera despedirme, salir apresuradamente del despacho.

¡Pero debía tan inmenso favor á este señor!...

¡Le consideraba en mi interior como un oráculo y, por remate, habían sido tan solemnes y terminantes las afirmaciones de que se trataba del bien de mi ama y de la paz de mi conciencia, que, apesar de mis esfuerzos, no acertaba con el medio de negarme, en redondo, á su inesperada pretensión!

—Te creo, á fuer de caballero, y me explico tus naturales azoramiento y embarazo.

—¿Quién podía sospechar que semejante pensamiento le hubiera ocurrido á un caballero, que, desde el primer día que vió á mi señora, la distinguió, y sigue sin interrupción distinguiéndola con la más exquisita delicadeza y las más consideradas atenciones?...

—Don Manuel es un santo; pero es también un hombre, y el pensamiento más justo y pladoso, como al exteriorizarse ha tenido, por fuerza, que rozarse con la natural imperfección humana, se nos figura á primera vista impurificado, y por el pronto nos repugna; pero si atendemos, luego, á las circunstancias y antecedentes de quien lo expone, no hay más remedio que doblegarse á él, por estímarlo sano.

—Esa consideración, precisamente, fue al

que movió mi voluntad; pero, aún así y todo, me limité á contestar:

Haré lo que usted me manda; pero, ¿no sería lo mismo que viniera á manifestar á usted mis impresiones, en vez de hacerlo á don Melitón?

—¡Nó! .. ¡ni á mí ni á nadie!... ¡Solamente al marqués, entiéndelo bien! me replicó seca y severamente.

*
* *

—A los seis días de trasladarnos á Sabario—prosiguió narrando Pepe—se instalaron las oficinas de la administración en la planta baja del suntuoso hotel, que ocupaban los señores.

Don Rodolfo, en concepto de administrador general del señor duque, y de consejero y confidente íntimo del matrimonio, frecuentaba, como si fueran las suyas propias, las habitaciones de los señores.

Toda la servidumbre le tenía miedo también; y por eso le adulaba; mas al propio tiempo le odiaba, cual merecía por su despótico modo de mandar.

—¿Y tú?...—interrumpió Melitón.

—Yo, señor, soy de los que creen que, los que tenemos obligación de obedecer, debemos elegir entre estos dos únicos resortes: el respeto y el temor; de ningún modo mezclarlos.

Por lo tanto, con la vista siempre fija en la Ley de Dios, en aquello que yo creía ser conveniente á mis legítimos amos jamás falté á don Rodolfo; así es que, respecto de este se-

ñor, no me cuidaba de temerle ni tampoco de adularle.

—Eso es lo honrado y digno... La obediencia hipócrita es una vileza; y la obediencia ciega una servidumbre. Para que el sentimiento de la obediencia constituya un deber ha de remontarse, como la tuya, á la ley de Dios.

*
**

—No bien llegó á Sabario—siguió relatando Pepe—deslumbró mi señora á todos los sabinianos con su hermosura, con su lujo y elegancia. Admiradas, pues, las gentes aclamaronla, á los pocos días, diosa de lo más encumbrado de la Corte.

Los revisteros de fiestas, de modas y salones la llamaron, en todos los rotativos, *nueva estrella polar del norte*; pero con cierta reticencia, que halagaría mucho su vanidad de mujer, pero que á mí me parecía poco edificante para el buen nombre de mis señores.

—¡Vamos!...—replicó irónicamente Melitón—una magna *estrella polar* de la que, más que de sus virtudes, de su donaire, de su porte, de su elegancia y de su beldad sería de lo que hablaría la fama... ¿No fue así?...

—Voy á proseguir—contestó el sirviente.

A los dos años y cuatro meses de casada, tuvo la señora duquesa un hijo.

En todos los de la casa produjo este acontecimiento inmenso júbilo, menos en mí.

—¿Y eso?

—No hay regocijo ni alegría en donde se aposenta la desconfianza, y á mí, sin poder re-

mediarlo, me asaltaban lúgubres presentimientos.

En el júbilo de los avaros sirvientes, yo barruntaba la perspectiva de miserias y perversas intriguillas, con poco peligro para ellos, pero muy apropiadas para rendirles gran provecho.

En el del astuto y pérfido Ferrer, yo veía mucho más afiladas y aceradas las sucias uñas del diablo.

En la alegría de mi ama, la señora duquesa, yo, sin querer advertirlo, se me antojaba advertir más que el ensueño de una madre, la realización de un *sueño dorado*, según ella misma confesaba...

Y, en fin, en el gozo extraordinario, vehementemente y expansivo del enamorado esposo perfílábanse febriles despertares de anhelos peligrosos, quizás mal adormecidos.

—¡Eres un sabio Pepé!... Eres un sabio!...
—exclamó asombrado Melitón.—Posees, por natura, una de las más elevadas aptitudes del espíritu humano que es la observación

—Discúlpeme el señor si alguna vez me excedo al juzgar á mis amos á quienes, juro á usted, que serví siempre lealmente, y siempre amé y amaré mientras viva.

—Eso no empece para reconocer los yerros, doquier ellos se encuentren.

—Orea el señor que estoy haciendo un enorme sacrificio; pero me debo á la verdad, tal como yo la entiendo, y además cumplo lo que tengo prometido, sin aspirar á nada más.

—No hay sacrificio tan hermoso y meritorio como el que se hace sin aspirar á premio.

—Yo tuve intención, algunas veces, de cesar en su servicio; pero el cariño que los tenía, y, á la par, una voz misteriosa me gritaba, interiormente, que no convenía hacerlo por el propio bien de ellos.

Estas han sido las únicas razones que me obligaron á permanecer en mi puesto; y sólo me decidí á dejarlo cuando la misteriosa voz calló.

*
**

—Durante los cuatro años escasos, transcurridos desde el natalicio del niño—prosiguió Solano—la duquesa no cesó de hacer, ni siquiera un día, la agitada y frenética vida de la alta sociedad.

En todo ese tiempo, puede que no llegaran á seis veces las que acarició, ni casi vió, al hijo de sus entrañas.

—¡Como la señora haría del día noche y de la noche día, y el niño necesitaba mucho aire y mucho sol siempre, cuando ella volviera á casa, el angelito estaría dormido... y, claro es, hubiera sido una gran crueldad despertarlo!...—arguyó duramente Melitón.

El fiel sirviente se sonrojó afligido, al ver retratada, tan al desnudo, la conducta de su ama, y con acento melancólico prosiguió:

—El señor duque, que había comenzado á acompañarla de nuevo en tan desarreglada vida tuvo, por fuerza, que suspenderlo pronto por haber caído enfermo.

Dos ó tres días, á la semana, comían en casa de los duques, ministros de la corona y ex-

ministros y generales y banqueros y senadores y diputados y periodistas y allí, juntos ó en corrillos, secundados por la duquesa, que no se puede negar es mujer de gran entendimiento y de turbulento espíritu y de virilidades animosas, se galanteaba, se hacía política, se fraguaban conspiraciones, se designaban obispos, y hasta se derribaban gobiernos.

Todo ello, espléndidamente sazonado con profuso derroche de champagne y de costosísimos manjares.

—¿Tampoco á tales reuniones asistiría el duque?...

—El redomado bribón de su administrador, con exterior de respeto, tan hipócrita como petulante, disculpaba su ausencia por la falta de salud, y solía añadir, la mayor parte de las veces:

—*Extravagancias del aprensivo de mi sobrino y señor el duque: ruego á ustedes le perdonen...*

—¡Miserable!... ¡Miserable!—rugió cerrando los puños Melitón.

*
**

Enjugóse, disimuladamente, el criado dos gruesos lagrimones, ansiosos de resbalar por las mejillas, y tras de un hondo suspiro continuó:

—¡Extravagancias de un hombre aprensivo, cuando el infeliz anciano estaba noche y día postrado en un sillón, sin poder apenas respirar!...

¡Aprensivo!... ¡cuando el asma le había ya

invadido, por completo, la caja torácica!... ¡Cuando tenía las manos y los piés agarrotados por senil reuma!... ¡Cuando, en fin, los agudos dolores de la médula espinal confirmaban la certeza de una dolorísima enfermedad, que, después de hacerle sufrir de un modo horrendo, terminaría, irremisiblemente, en muy próxima y espantosa muerte!...

A los veintiocho meses de enfermedad, precisamente el mismo día que regresó la señora del veraneo, en un puerto de mar, con lo más selecto de la *creme* de la Corte, se presentó la señora duquesa, á las diez y media de la noche, en la alcoba del enfermo, quien parecía devorarla con sus amantes ojos.

—¡Qué bella! ¡¡Qué bella estás!!... la dijo al verla; y luego la preguntó: ¿Vas de reunión?...

Efectivamente. Cual nunca iba hermosa, elegante y atrayente la señora...

Alhajas por valor de más de cinco mil libras esterlinas guarnecían su nivea garganta, y besaban audaces sus desnudos hombros, su robusta espalda y su muy descotado pecho.

—¡Adulador!... —contestó ella sonriendo; luego, con tono de fingida resignación agregó:

—Ni siquiera me han dejado descansar del viaje, pues me han obligado á tener que asistir á la *soirée* de la embajada de Rusia, á la cual está anunciado asistirán los Reyes; por lo que no he podido excusarme, como hubiera sido mi deseo.

Después, dirigiéndose á mí, se expresó en los siguientes términos:

—Pepe, que cuides bien de mi enfermito... que no te separes de él.

—Descuide la señora.

En los umbrales de la puerta de la alcoba su tío, vestido de extrema etiqueta, sin ni siquiera fijarse en el enfermo, permanecía en pie, algún tanto cohibido y evidentemente contrariado, y devoraba también con los ojos á la encantadora duquesa; pero él, á su vez, manifestando insolente y cínica mirada de impaciencia...

Yo acompañé á la señora hasta el dintel y volví al lado del enfermo.

*
* *

—¿Qué pasó en aquellos dos minutos escasos, que yo tardaría en tornar la vista hacia mi amo?...

¿Qué visión angélica ó diabólica le visitó airada, y sacó de su habitual pereza al amorado espíritu de mi amo?...

¿Qué claridad divina iluminó de repente aquel ciego entendimiento, y qué fuegos infernales se encendieron en aquel gastado y maltrecho corazón?...

Yo no lo sé; pero es lo cierto que le hallé con la nevada cabeza hundida entre las manos, sollozando estruendosamente, y clavándose las uñas en las sienes.

¡Ay!... ¡Mísero de mí!... ¡Vanos fueron los esfuerzos que hice, durante largo rato, para que escuchara mis consuelos!...

Pero de pronto, cuando más vigorosos parecían, cesaron de repente los sollozos del enfermo... alzó con desusado brío los brazos esqueléticos... mostróme la horrenda mueca de

un rostro siniestro y cadavérico... clavó en mis ojos sus ojos avarientos, pugnantes por salirse de las órbitas... y yo quedé inmóvil, suspendido y aterrado—¡tuve miedo don Melitón!... ¡Sí, por primera en mi vida tuve miedo!...

El, entonces me asió por ambas manos, y sin cesar de mirarme ansiosamente, y cual sin darse cuenta quisiera imitar la voz potente, con que Cristo pronunció en la cruz la postrema de sus palabras, valióse de tonante acento, impropio de un moribundo, y prorrumpió en estas terribles exclamaciones:

—¡¡Mírame bien Pepel!... ¡¡Estos míseros ojos que vierten copioso llanto, como si los de una mujercilla fueran, es porque ya no pueden lanzar los rayos de ira y las centellas de odio, de que está lleno el incendiado corazón!...

¡¡Es porque estas manos secas, que tú con efusión oprimes, han dejado ya de ser de hierro, y carecen de fuerza para llevar el dolor, el esterminio y la muerte á donde el volcán de mi corazón desea!

¡¡No creas tú que soy cobarde! ¡¡No lo soy!... ¡¡Díselo así á Barrientos, y á mi hijo, y sobre todo á la pérfida mujer á quien necio dí mi nombre y mi fortuna, y al infame ladrón, á quien colmé de beneficios!

¡¡No soy cobarde no! ¡¡Es que no puedo! ¡¡Es que me tiene agarrotado la maldita enfermedad... quizás la muerte... entre sus feroces é implacables garras!...

¡¡Piedad, señor, piedad!... ¡¡Dadme siquiera un solo día... una sola hora de salud y fuerza para poder vengarme, fiera y sangrientamente,

de ellos, aunque luego me sumais de nuevo, en muchísimos más dolores y sufrimientos, que los que ahora tengo!!!...

*
* *

—Una vez desahogado su hirviente corazón, se desmayó mi amo.

Yo creí que había muerto; pero no era así; su pulso, aunque débilmente y á saltos, todavía funcionaba.

Pocos minutos después, que siglos á mí me parecieron, desapareció la horrenda mueca de la muerte; volvió el rostro, siempre lívido, á su estado normal, y hasta sus cárdenos lábios sonrieron.

—Amigo Pepe — me dijo dulcemente — ¡cuánto te hago sufrir!

—No lo crea el señor—le contesté.—¡Si hace mucho rato que está dormido!...

—¡Dormido! ¡Dormido!... ¡es verdad!—me replicó sonriendo amargamente...—¡¡Mucho!! ¡¡mucho tiempo estuve dormido!!...

Luego añadió suplicante:

—Vé á buscar á mi amigo don Manuel Barrientos y al reverendo párroco de San Fermín, y diles que vengan inmediatamente.

—¿Yo dejar al señor?...

—Te lo suplico... Además me hallo en este momento bastante mejor que hace muchos años... ¡En este momento no siento dolor ninguno!...

*
* *

Para no perder ni un instante yo mismo guí el automóvil, que siempre había de prevención en el garaje de la casa y, pasados veinte minutos, entrábamos los tres en el palacio de mis amos.

El primero que penetró en la alcoba fue don Manuel; el señor sacerdote y yo nos quedamos en la sala contigua.

Tres cuartos de hora después se unió á nosotros don Manuel y prorrumpió á llorar.

—¿Está peor?—pregunté impaciente yo.

—¡No!—me contestó secamente—más bien está mucho mejor.

—¿Será la mejoría precursora de la muerte?—insistí.

—¡Quién sabe!—me dijo sin dejar de llorar, y al mismo tiempo que entraba en la alcoba el sacerdote.

Una hora más tarde, salía este venerado señor, también muy conmovido y exclamando á su vez:

—¡Es un martir! ¡Pobre señor!... ¡Cuánto ha sufrido el infeliz!...

*
**

En muy corto espacio de tiempo, ayudados por dos sacristanes de la parroquia á quienes fuí á buscar, instalamos, frente al paciente, un altarcito coronado por un cuadro de la Virgen Dolorosa; pusimos sobre dicho altar el crucifijo de marfil, que tenía siempre el señor duque sobre su mesa de despacho, y comenzó la solemne ceremonia de administrarle los últimos sacramentos.

A las cuatro de la mañana, con muy sincero júbilo, extraordinariamente sereno, y en todo su conocimiento terminó de recibirlos.

Bastante después de amanecer volvió de la *soirée* la señora duquesa; había venido sola á casa y, al entrar en la alcoba, dijo:

—He sabido, al llegar, el buen acuerdo de ustedes... ¡Cuánto se lo agradezco! ¡Dios se lo pagará! ¿Cómo está ahora?

—En este momento parece que duerme muy tranquilo—contestó el sacerdote.

—Pues si descansa el infeliz creo sería un gran crimen interrumpir su bienhechor reposo... Voy á quitarme estos engorros... Descansaré un corto rato, y pronto seré con ustedes.

Acto seguido salió de la habitación.

—¡Desdichada!—murmuró don Manuel— ¡Dios te perdone!

Mientras narraba Solano estas escenas Melitón callaba; pero, apesar de su mucha entereza, lloraba como un niño.

*
**

—A las diez de la mañana expiró mi señor.

Dos horas después, Rodolfo Ferrer, acompañado de dos caballeros, muy enlutados, y dos criados de la casa penetró en la alcoba mortuoria, en la que estábamos orando el venerable sacerdote, don Manuel, dos piadosas sirvienta y yo. Ferrer con tono solemne y grave nos dijo:

—La señora duquesa, mi sobrina, profundamente afligida no está en estos momentos para nada; se ha encerrado con su hijo en su

aposento, sin que su honda pena la permita recibir á nadie.

Por esta razón me ha impuesto el penoso mandato de hacerme cargo de todo, en tan dolorosa situación.

Don Manuel, el párroco, yo y cuantos allí estábamos nos retiramos en el acto, quedándose el ladino administrador dictando disposiciones á los dos caballeros enlutados, que habían entrado con él.

—¡Malvados!... ¡Malvados!...—barbotaba re-funfuñando Melitón.

*
**

—Pasado el novenario del fallecimiento de mi amo—siguió narrando Solano—me arguía la enlutada viuda de este modo:

¡Eso no es posible Pepe!... ¡Tú no lo puedes hacer!... ¡Tú, que fuiste mas que un sirviente un fiel amigo del padre, no puedes abandonar al hijo, precisamente cuando se halla enfermo, y necesita más de tus cuidados!...

—Señora—la contesté yo—no aludo á usted, bien lo sabe Dios; pero puede que no sea conveniente que yo permanezca más aquí.

—Pues precisamente por eso que tu temes: precisamente, por mi hijo y por mí, debes quedarte...

¡Házlo por caridad!... ¡Si tu comprendieras la necesidad que tenemos mi hijo y yo de un hombre leal junto á nosotros, de seguro que no te harías tanto de rogar.

—La señora no ruega sino manda... Permaneceré cuanto tiempo convenga á la señora.

—¡Eres todo un hombre!—exclamó Sauro, abrazando al leal criado.

—A los dos meses de enterrar al padre—prosiguió Pepe—falleció el niño, que era quien principalmente me detenía en la casa; así es que, quince días después de su fallecimiento, reproduje mi decisión, á la señora, de abandonar inmediatamente su servicio.

—Pero tampoco lo hicistes tan de seguida.

—Es que precisamente entonces fue cuando don Manuel me dió el encargo, que cumpliendo estoy ahora con usted.

Por cierto, que inspiración divina debió ser la de don Manuel al exigirme que retrasara unos días mi salida de la casa.

—¿Tan interesante fue lo ocurrido en tan corto espacio de tiempo?...

— El señor será juez.

*
* *

—El día antes de mi salida de la casa, ya al atardecer—continuó el criado en tono misterioso, y aproximándose más á Melitón—oí muy violentas y amenazantes voces, salidas del local en el que, según costumbre, hallábase la duquesa despachando con el perverso administrador, con quien yo también—¿para qué negarlo?—tenía, desde hacía mucho tiempo po, grandes deseos de chocar.

No pude contenerme: faltando á todo género de conveniencias penetré bruscamente en dicha habitación... Comprendo que hice mal...

—No lo creas... Hay ocasiones en que la

única prudencia consiste en ser imprudente, y aún temerario si es preciso.

—¿Llamaba la señora?...—dije al entrar, como para disculpar mi atrevimiento.

—¡Sí!—me contestó ella con arrogancia é iniciando, en su extraño sonreír, todo un trágico proceso que poco tardó en alcanzar, ante mi vista, ejecución y realidad completas.

—¡No!—replicó su tío; y acariciando con la mano siniestra un papel arrollado, enarboló la diestra, en la que igualmente tremolaba una pluma de escribir, y señalóme, imperiosamente, la puerta por donde yo había entrado.

—¡Véte pues!—ratificó resignada la señora.

Tras de mí, apresuróse don Rodolfo á echar la llave de la puerta.

*
* *

—¿En qué consistirá—me pregunté yo—que hasta los más avezados criminales dejan siempre abierto algún resquicio, por el cual descúbrense, al fin, sus crímenes?...

Aquel malvado—no obstante conocer cual nadie todos los rincones de la casa—se olvidó del falsete que daba á la habitación contigua, en la cual tras de un biombo, que allí había era fácil oír, sin ser visto, todo cuanto en el salón se hablara.

*
* *

Siguióse un momento de silencio, durante el cual, marcado sonrojo encendió, aún más de

lo que ya estaba, el subido carmín de las mejillas del criado, á la par que Melitón, fruncido el ceño y latiéndole el corazón, desafortadamente, le asediaba con mirar escrutador y autorizante.

Solano, entornando un poco los ojos en ademán de súplica y vergüenza, murmuró tímidamente.

—¡Perdóneme el señor!... Un mal pensamiento cruzó relampagueante por mi espíritu y se apoderó de mi excitada voluntad...

También yo fui un malvado: me escondí tras del biombo para oír, sin que me vieran, y mirar impunemente por entre las rendijas de los bastidores.

¡Qué infamia la mía!... De simple observador me rebajé, aquella tarde, á la cobarde condición de miserable espía.

—Algunas veces — replicó Melitón para animarle— se vé el hombre, forzado por las circunstancias, en el caso, hasta loable, de tener que hacer lo más opuesto á su voluntad, á su honradez y á su caracter.

—¿Luego el señor cree?...

—Yo lo que creo es que la rectitud conviene siempre, como regla general; pero entiendo también, que hay acasiones excepcionales y solemnes de la vida, en las que esa misma rectitud exige que, por algunos instantes, se prescindiera de ella.

—A Rodolfo Ferrer le veía de espalda.

Por eso me era imposible apreciar el estado de su rostro; pero debería ser horripilante, pues se le oía rechinar convulsivamente los dientes, y se le veía que dominado por vérti-

gos de ira, se agitaba nerviosamente los brazos, á la vez que blasfemaba lo mismo que un damnado.

La duquesa estaba de frente, y aún se me figura que adivinaba mi presencia detrás del escondrijo.

—¡Y así sería ciertamente!—bisbisó el esperto Melitón.—Las mujeres vehementes y orgullosas tienen muy despierta la facultad ladina de inquirir, y, por ende, se placen más y acrecentan más sus fuegos presumiendo ser misteriosamente observadas en los mayores delirios, y en los más trágicos trances de las luchas.

—¡Infeliz ama mía!... La cólera había empardecido sus negros y expresivos ojos, los cuales, tornándose felinos, se movían inquietos, igual que los del leopardo ante el asalto de otra fiera.

Un brillo fosforescente los iluminaba requemándolos: en gesto sarcástico, que infundía pavor y espanto, se trocó su dulce habitual sonrisa; y hasta al mostrar su linda boca, de rojo muy subido, los perlinos dientes, de que se halla guarnecida, parecía esgrimirlos, fieramente, como armas de combate...

¿Para qué repetir al señor todos los horrores que allí oí, y que allí ví?...

—Haces bien... ¡Las serpientes solo tienen vida para destilar veneno, y ya me lo figuro!...

—Me limitaré á referir los párrafos que, de ese diálogo, estimé pertinentes al encargo recibido: Mas antes debo manifestarle que con pasmoso asombro advertí, por las propias palabras de ambos, hallarme en frente de dos Ac-

tivos Obreros Frano-Masones: un Gran Secretario de Logia, y una Gran Maestra Adjunta.

*
* *

—¡Jamás!... ¡Jamás firmaré!—replicaba ella enérgicamente.

—¡Mira—rugía él—que yo lo he prometido!... ¡Que en ello van vuestras vidas!... ¡Que nos asesinarán por traidores á los dos!...

—¡Bah!... ¡Bah!... ¿A dónde iría á parar mi caudal, si esos infames me asesinaran?... ¡No lo harán!... ¡Mis bienes son la garantía de mi vida mientras que esa firma, que me exigis, equivaldría á entregároslos á vosotros!

—¡Pero eso es robarnos!... ¡Miserable!...

—¡Sí!... ¡Robaros á vosotros!... ¡A los que, falseando las constituciones y las reglas de la Masonería, os amparais bajo su sombra para perpetrar vuestros personales y abominables crímenes!... ¡Por lo tanto, quien roba á un!...

—¡No sigas adelante, prostituta!... ¿Crees tú, Damiana Crispin, hija adulterina de una lavandera, que te hemos elevado de bagasa á duquesa y millonaria para que nos vendas al menor capricho, y á provocarnos é insultarnos vuelvas, cual lo hiciste, la otra tarde, en el mitin del Teatro?...

—¿Y os creisteis vosotros, ¡imbéciles! que á una mujer de mi temple se la puede manejar como á un doctrino?...

¿Que la podríais rodear vosotros, mirando solo á vuestros egoísmos y provecho, de refinamientos, de elegancias y de inciencias económicas, para después que se hubiera movido en am-

bientes de exagerado lujo hundirla, de nuevo, en la miseria, cuando así se os antojara ú os conviniere?...

—¡Cuanta indignidad, Pepel... ¡Cuanto cieno!...—murmuró asqueado Sauro.—¡No!... ¡no digas más!...

—Ooncluiré transcribiendo, únicamente, las últimas frases que oí:

Pasado un largo rato de formidable lucha, la señora, aparentando ó sintiendo realmente gran cansancio, dijo con voz vibrante, pero mirando reiterada é intencionadamente al biombo:

—*En todo caso se borrarían de la lista los nombres de Sauro y de Barrientos.*

—*Pasados diez días, ó sea cuando yo vuelva de Quitraco, si te decides á firmar, todo se arreglará*—contestó Ferrer tendiéndola la mano.

Mi corazón, que jamás me fue traidor, me aseguraba, interiormente, que lo mismo el administrador que la señora trataban de engañarse recíprocamente... que los dos mentían con el mayor cinismo.



No bien despedí á Ferrer, y este cerró la vidriera del ascensor, que súbitamente comenzó á bajar, yo volví al salón y dije, respetuosamente, á mi ama la señora duquesa:

—¿Manda la señora algo? ..

Ella mirándome obstinadamente, cual si me pidiese una vindicia por algo que juzgara demandable, ó como si anhelase penetrar en mi cerebro, contestó, entre distraida y afectada:

—Esta noche no salgo de casa... Quiero estar sola... Necesito pensar seriamente en un árduo negocio...

Luego, con ese muy lento y marcado tono de quien se cree adivinado en la intención, añadió:

—¿No has oído tú decir que, cuando el marino cauto advierte que la nave empieza á hundirse, la abandona, como á cosa inútil, y él, para salvarse, se apresura á nadar hacia la playa?

—Sí señora que lo oí, y esto es lo más corriente y seguro—la respondí yo en igual tono.

—Eres tan honrado como sabio—replicóme ella—puedes retirarte.

—¿Aviso á la doncella?...

—No necesito nada esta noche... ordena al portero que no recibo á nadie... absolutamente á nadie... ¿lo entiendes?...

—Así lo haré.

*
**

—A la mañana siguiente—concluyó el criado—me despedí de la señora duquesa; mas toda vez que ya he dicho al señor lo ocurrido entonces, voy á pasar á explicarle ahora el por qué de mi grande gratitud hacia don Manuel.

Según le indiqué, al comenzar mi relación, cierto día que fui á llevar al señor de Barrientos un recado de parte de la duquesa, me preguntó dicho señor:

—¿Es cierto que te vas al pueblo?

—Sí, señor—le contesté.—¿Por quién lo sabe el señor si yo ni aún á la señora duquesa se lo he dicho todavía?

—Lo sé por tu mujer, y por vuestra muy virtuosa y encantadora hija.

—Luego el señor es el bondadoso caballero, que tanto y tan eficazmente se ha interesado por la educación de la hija de mis entrañas, en el colegio de las Madres Carmelitas.

—Soy, sencillamente, un pobre anciano muy amante de la infancia.

—Jamás podré pagar al señor lo mucho que ha hecho, en favor de mi amada hija, y por las bondadosas atenciones, que se ha dignado tener con mi buena esposa.

—Nada me debes por ello... Era mi obligación... En todo caso da gracias á Dios primeramente, y después á las buenísimas Madres del colegio.

—Sin embargo, le repliqué yo, tanto las reverendas Madres como mi mujer y mi hija, me han asegurado...

—Exageraciones de ellas, que son agradecidas y buenas, como me consta que eres tú.

Pero en fin, si deseas hacer algo en bien de algunos desdichados prójimos, que también son protectores de ese santo centro de enseñanza, yo te pondré en camino.

—Con alma y vida acepto ese camino.

Entonces fue cuando me hizo el encargo para usted, el cual he terminado de evacuar.

—Sólo á un hombre tan prudente como don Manuel, se le pudo ocurrir semejante encargo, y sólo un hombre de su experiencia es ca-

paz de acertar á escoger, para cumplirlo, á un hombre tan leal y ecuánime, como lo eres tú.

—Gracias por la opinión que tienen formada don Manuel y usted de mí, pues aunque me hacen ustedes justicia, con alma y corazón se lo agradezco.

CAPITULO VII

LA CONVERSION

Fie el alma en la bondad de Dios, que es mayor que todos los males que hayamos podido hacer y no se acuerda de nuestra ingratitud, cuando nosotros, conocidamente, queremos tornar á su amistad.

(*Santa Teresa*.—«Su vida», 10).

AL cuarto día de reconciliada Damiana Crispín con nuestra Santa Madre la Iglesia, después de oír Misa y de haber gustado el pan de los ángeles, con elegante sencillez vestida, y tocada con rica mantilla saba-riana, salió del templo de San Fermín, cruzó con andar ligero la calle Nueva, y penetró en la modesta casa del párroco, que era ya para ella como otro sagrado templo.

—¿Por qué se ha molestado la señora?—la preguntó afablemente el sacerdote, cerrando el libro en que leía, y levantándose del vetusto sillón de cuero.

Yo pensaba ir pasado mañana á visitar á la señora duquesa, como quedamos anteayer.

—No he podido resistir más tiempo mi impaciencia—contestó ella besándole la mano.—Era muy grande el ansia que tenía de conferenciar de nuevo con mi sabio confesor.

—Me hubiera usted llamado.

—Mi deber era venir yo... ¡Ab!... ¡Si me fuera tan fácil borrar todo el pasado, como me lo ha sido satisfacer la roedora impaciencia de anticipar esta entrevista!...

—¡Vamos, serénese criatura y tome asiento!—replicó con paternal cariño el bondadoso ministro del Señor.

—Además aquí podemos hablar sin ningún estorbo ni recelo, y es muy grave, para mí, lo que tengo que consultarle... digo si no le causo extorsión alguna; pues, en tal caso, volvería á la hora que mi buen amigo y confesor me señalase.

—¡No diga eso por Dios!—exclamó el anciano cerrando la puerta de la habitación y después de haber ordenado á una ancianita, que le servía de doméstica, que no le pasase recado alguno, á no ser que le avisaran para algún enfermo grave.

* * *

El párroco de San Fermín, don Ladislao Mata, era un simpático anciano de setenta y dos años de edad.

Sus cabellos blancos, su frente rugosa y elevada, y su limpio rostro, henchido de llaneza y de bondad, le daban todo el aspecto de un escogido apóstol de *Aquel* que vino á la Tierra á moralizar las gentes; y á romper las cadenas

de la mujer y del esclavo; y á implantar las reales y positivas libertad é igualdad; y, en fin, á esparcir por todo el mundo las eternas verdades, las salvadoras é inmutables.

Sabio consultor le llamaban las familias; eficaz amparo los desvalidos y los pobres; bienaventurado consuelo los tristes y afligidos; y, en fin, padre abnegado, bienhechor y amigo eran los cariñosos nombres que le daban todos, porque al influjo de su alegría, de su bondad y de su fe, que generosamente comunicaba á los demás, no podían sustraerse ni el corazón más afligido, ni el espíritu más conturbado.

Por tres ó cuatro veces—como premio debido á su ciencia y su virtud—intentaron investirle con la sagrada mitra, más él siempre rehusó aceptarla.

—No tengo fuerzas para el desempeño de tan elevada dignidad—solía decir.—Pero era sólo un pretexto aconsejado por su inveterada modestia y por su extremoso amor hacia sus feligreses, cuya dirección moral constituía toda su ambición y su desvelo.

*
* *

—Varios son los recelos que aguijonean sin cesar mi espíritu—comenzó la dama—Por más esfuerzos que hace mi pobre entendimiento, no halla los medios adecuados con que poder vencerlos.

—Pídaselos á Cristo Redentor, que es Sabiduría Suma y Todopoderoso, y esté completamente segura de que así los hallará.

Dice el obispo de Ipona, (1) gran doctor de la Iglesia: *sin Cristo somos nada; con El somos El y nosotros.*

¡Haga usted, pues, lo que nos aconseja el gran santol... ¡Pida usted esos medios á Cristo Redentor!... ¡El siempre escucha!... ¡Nunca falta!...

¡Ya lo verá usted!... ¡Ya verá usted cómo, á medida que va desocupando su interior de los mundanos intereses, la van llegando, para ya no faltarla más, los gratísimos auxilios, que el Señor envía desde el cielo.

Ese sapientísimo doctor, San Agustín, proclama en otro lugar—no recuerdo ahora en dónde—*que la criatura humana es solamente lo que ama; es decir: que si ama cosas terrenales será tierra; pero si ama cosas celestiales será cielo.*

—¡Soy tan indigna!... ¡Si yo osara!...

—¿Por qué no?...—se apresuró á replicarla el sacerdote.—Además ¡hija mía!... ¡que no tenemos á quien acudir sino es á El!..

Otra doctora española afirma igualmente: (2) *Todo aprovecha poco, si quitada de todo punto la confianza de nosotros no la ponemos en Jesús.*

—¡Fuí tan pecadora!... ¡Le ofendí tanto!...

—Dios perdona siempre al pecador, cuando éste se arrepiente y se duele de corazón de las pasadas culpas.

Siga pues el consejo de San Agustín, confirmado por la Santa Avilesa, y acuda, con fe, al Divino Redentor.

(1) San Agustín.—Solloquios.

(2) Santa Teresa.—Su vida.—8.

Cuando se quiere, de corazón, que adientre la fe en nuestro espíritu ella por sí misma entra, apresurada y suavemente, y con autoridad grande presto despeja de nieblas al nublado entendimiento, é imprime en él lo certeza de cosas y hechos, que antes se la antojaban imposibles.

—Algo así, me ha pasado á mí; ahora que cómo y cuándo no lo sé...

—Pues yo que sí lo sé se lo diré: En el momento que se siente el dolor de haber pecado, y ánsias de arrepentimiento, es señal de que han comenzado á ver los ojos el súlgido brillo de la divina gracia (y hé aquí los auxilios) y de que el alma principia á experimentar su anhelado y bienechor influjo...

—¿Será posible, Dios mío?...

—Es —continuó insistente el sacerdote— que la misericordia del Señor es infinita.

Cuando El quiere convertir y justificar á las almas pecadoras, se vale de un modo tan delicado y dulce que, rara vez, ellas se aperci-ben del primer llamamiento que las hace; pero, sin embargo, esas almas se sienten de repente levantadas, sin saber por quién, de la bajedad del mal y orientadas, también sin saber cómo, en dirección del bien.

—¡Eso!... ¡Eso le sucede á mi aturdido corazón!... ¿Será posible Dios mío?...

—Si ¡duquesa!... sí... Esa misteriosa llamada es á modo de un singular y muy grato movimiento, que viene de improviso á nosotros pero sin nosotros... ¿Quiere usted generosidad mayor por parte de nuestro padre Dios?...

Al oír esta nueva afirmación, el hermoso rostro de la dama adquirió una singularísima expresión de confianza; se la humedecieron los delicados párpados y hondamente, conmovida y como ahogando en sus labios los gemidos, suspiró:

—¡Siga usted Padre!... ¡Siga usted por favor!...

—¡Pues sí señora!... Ese inesperado llamamiento realiza una prodigiosa sacudida, la cual despierta, de repente, al corazón que en el pecado está dormido, y no sólo le excita á odiar la culpa, sino que le hace volver los ojos del cuerpo y del alma, arrasados en lágrimas, al paciente crucificado, y pedirle auxilios y perdón, clamando con el pecador del Gólgota: *¡Acordaos de mí en vuestro reino!*

—¿Pero se nos otorga á todos libertad, y se nos dá á todos derecho para responder cordialmente á ese llamamiento, como se le concedieron al venturoso criminal del Gólgota?...

—Dice el Angel de las escuelas: (1) *Solo están privados de la gracia los que por si mismos ponen obstáculos á la gracia, asi como á sí mismo debe imputarse las tinieblas el que, voluntariamente, cierra los ojos para no ver la luz del sol, que ilumina toda la tierra.*

En el monte Gólgota había con el Señor dos criminales; ambos se encontraban en igual situación...

El uno quiso responder á la gracia del Señor y el otro no; porque lo digno y admirable del llamamiento celestial es que, tan libre-

(1) Santo Tomás, Libro III, contr... Genti... Opt. 159.

mente podemos seguirle como podemos resistirle; la elección depende exclusivamente de nuestro libre albedrío: de nuestra libérrima voluntad.

Al notar el sacerdote el manifiesto y saludable efecto que habían producido en la duquesa sus palabras, avaricioso de estimular los sentimientos, que empezaban á despertarse en aquella razón iluminada por la gracia, con ese mágico don de difundir la paz y prodigar el consuelo, que sólo anida en los espíritus de íntima probidad y de fe y piedad sinceras, contestó resueltamente:

—¡Sí, señora!... ¡Sólo de nuestra buena voluntad á la que siempre auxilia generosa y eficazmente la Gracia!...

—¡Entonces!...— clamó la dama sintiendo que se la humedecían de nuevo las pupilas, á la par que de los escombros de su derrumbada alma emergían nuevas y halagadoras esperanzas.—¡Entonces!...

—¡Sí, señora!.. ¡Sólo de nuestra voluntad depende: pues ya acaba de oír usted á Santo Tomás, que nunca á la buena voluntad se la niega el auxilio de la Divina gracia!—se apresuró á repetir el párroco, mostrando, por su parte, en la placidez y alegría de su rostro, manifiesta simpatía, cordial, cantivadora, y como si tratara de conminar á la dama á que, desplegando á todo velamen las alas del libertado espíritu, volara y ascendiera á las sublimes regiones enigmáticas, por ella misma ansiadas.

Signiéronse unos instantes de silencio... En la anchurosa frente del sacerdote se revelaban, cada vez más acentuadas, la santa energía, la noble satisfacción y la celeste gratitud, de que su espíritu, generoso y grande, hallábase en aquellos instantes poseído.

El bello semblante de Ana también se había transfigurado por completo: en luminoso matiz de púrpura fundido, apenas se diferenciaba del rojo color de sus gruesos labios, que temblorosos parecían tremar plegarias, con el dulzor que temblequea el rocío matinal en los aromáticos claveles.

Toda ella ardía, indudablemente, en ese fuego celestial, tan semejante al fuego natural, porque en él, también, tanto más simpáticas y claras son las llamas, cuanto más delicada es la materia que se quema.

La duquesa fue la primera en hablar: entre confusa y amargada, con las mejillas encendidas, y cual si ansiara observar muy de cerca el efecto que producían sus expresivas interrogaciones, aproximóse temblando al sacerdote, como se aproxima á la piedra imán el hierro, y, con roncadas palabras, entrecortadas y casi ininteligibles, le preguntó:

—¿Pero es posible que á mí, indigna criatura, que tanto y tan sin duelo le ofendí, se me haya otorgado favor tanto?...

(1) —*Dios no es acetador de personas; á todos ama; no tiene nadie excusa por ruín que sea... Nunca por Él queda; nosotros somos los faltos y miserables.*

(1) Santa Teresa.—«Camino de perfección», 48, y «Su vida», 13.

—Mas cuando el entendimiento se encuentra ya como atrofiado por la noción del mal, y el pervertido corazón se halla, igualmente, tan entregado y hecho á ese mal...

--No delire usted, señora... Al entendimiento, que esa prodigiosa sacudida despertó, le es ya tan fácil comprender la doctrina de la Providencia de Dios, como al paladar le es fácil distinguir el buen sabor.

Y respecto del corazón: ¿hay cuerpo más poroso que la esponja, ni materia más compacta que la cal?... y, sin embargo, ¿no embeben ambas el agua con ansiedad igual?

Pues así el blando corazón del fiel, como el duro corazón del incrédulo, los dos, con idéntica codicia, reciben la sabiduría cuando Dios la manda, porque la sabiduría, que consiste en amar al Creador y en guardar sus mandamientos, no es producción nuestra, sino don del cielo, pues del cielo viene y al cielo hay que pedirla.

Dice, cabalmente á este tenor, el Seráfico de Sales: *Dios tiene, en alguna manera, atados nuestros corazones como pajarillos con un hilo, al solo fin de atraernos hacia sí, cuando su paternal misericordia quiere apiadarse de nosotros.*

¿Cómo no, si somos la obra predilecta de sus poderosas manos?... ¿No ha de querer, por tanto, nuestro bien?... ¿No ha de amar y defender el Señor su propia obra?...

¡No delire usted, señora!... la repito: Dios es padre, y más sufren los padres por las aflicciones de sus hijos que por las suyas propias.

—Perdone, Padre, eso que juzga usted de-

lirios; pero es que me siento tan flaca, y tan atraída, á mi pesar, hacia la tierra...

—Desde que nacemos ¡hija mía! hasta que morimos, llevamos sobre nosotros la carga de este cuerpo de barro, pesado y corruptible, que es el que agovia nuestra alma hacia la tierra.

Todos, pues, somos flacos. Nadie, mientras vive, puede vanagloriarse de fortaleza suficiente, ni menos de sabiduría perfecta; ya lo dijo el Apóstol de las gentes: *tenemos una ley en nuestros cuerpos que repugna á la ley de nuestro espíritu.*

Pero, en cambio, también todos los cristianos contamos con la gran compensación de la Gracia Redentora, que, como tantas veces he repetido, á ninguno que quiera recibirla se le niega, y, cuyo auxilio, no se nos da para formar en nosotros una nueva criatura, sino para atraer nuestra buena voluntad al bien, lo cual nos basta, para vencer en la contienda del cuerpo y el espíritu.

—¡Al bien!... ¡Al bien!... ¡Yo, ya no quiero sino cumplir la ley de Dios!... ¡Oréalo usted!... ¡Yo ya no quiero ofenderle más!...

—¡Pues entonces usted triunfará, yo se lo garantizo!... La victoria es el galardón ofrecido á la constancia... Comenzar el propósito de enmienda, es la obra de muchos; persistir en tal labor, sólo es de pocos; pero, entre esos pocos, me dice el corazón que se halla usted...

—¡Oh, si pluguiese al cielo que los vaticinios de su buen corazón se confirmaran!...

—Quando Cristo Redentor nos quiere para sí, nos da primero esos resquemores de la vi-

da pasada, á fin de que en ellos se inflamen las primicias de la bienhechora y misteriosa predestinación, con que la gracia del Supremo Hacedor nos brinda.

—¡Ah!... ¡Si el Supremo Hacedor me diera ese valor que necesito para vencerme, y que ya hoy constituye mi más ardiente y único deseo!...

—Le será dado á usted ese valor, y se vencerá usted á sí misma, si es constante...

El verdadero valor es la constancia; y la constancia de nuestra voluntad depende.

—¿Cree usted posible, Padre?...

—¿Que si lo creo posible?... Estoy seguro de ello... Tenga usted siempre igual firmeza de voluntad en tal deseo, y la gracia del Señor se encargará de que su constancia no decaiga, por nada ni por nadie.

—¡Siempre tuve firmeza de voluntad en mis decisiones!... ¡Ojalá no la hubiera tenido tanto en mis malévolos deseos!...

—Téngala usted desde ahora en los buenos: así como el fin es el encargado de coronar las obras, así la última hora de nuestra vida será la que la juzgue todas; y no sabiendo, como no sabemos, si esa hora postrera sonará hoy ó mañana, hay que estar en todo tiempo prevenidos.

—¿Y puede ser eso siempre así?

—Jamás una buena voluntad, ya se lo dije antes, dejó de ser asistida por la divina gracia.

Con ella fortificada la buena voluntad, ya puede uno estar seguro de no naufragar en el golfo proceloso del destierro, por mucho que le cerquen y combatan las encrespadas olas

de la contradicción, y por muchos que sean los embates de las tribulaciones y trabajos.

—Ya he dicho yo también, antes, á usted, que siempre tuve gran fortaleza en mis propósitos. Que siempre mi voluntad fue firme como el ciprés, y como el enebro incommovible.

—Muy excelente cosa es esa, pero no confie solamente en ella. Aunque la voluntad es ciertamente reina y señora de nuestro sér, al cual rige y gobierna, no puede, por sí sola, destruir del todo á los nativos enemigos del alma, el demonio, el mundo y la carne.

Podrá, á fuerza de trabajo y de constancia, abatir alguna que otra vez sus rebeldías, y quizás malograr, en parte, sus designios, y burlarse á ratos, de sus reiteradas sugerencias; pero luchar con todos ellos, segura de vencerlos, sólo puede hacerlo auxiliada por la gracia.

—Luego no es la voluntad tan reina y señora de nosotros como generalmente creemos, puesto que tiene poder ámplio para consentir y perfeccionar el mal, y lo tiene limitado para obrar el bien.

—¡Otra vez delira usted señora!... ¡Tenga más confianza!...

¿Cuántas veces he de decirla que la Gracia Divina, aunque sólo es don del cielo, á nadie que al cielo la pida se le niega?...

¿Que á ella precede, siempre, ese admirable y prodigioso llamamiento, del que también hemos tratado ha poco, al cual puede la humana voluntad corresponder tan libremente, como puede libremente resistirle?

Pues si se tiene el buen acuerdo de corresponder á él, y de seguirle ¿qué más potentes armas, y que más valiosos medios necesita ya la voluntad, para *luchar y vencer, que es ley de Cristo?*...

—¡Yo quiero creer, y creo, que ahora, en mis recientes y óptimos anhelos, mi voluntad debe estar asistida por la gracia, pues, cual nunca, es confiada y animosa en sus arrestos, y, á semejanza del álamo gigante que levanta en alto sus derechas ramas y arroja con fuerza sus renuevos, ella me hace, á mí, elevar casi naturalmente los brazos y la mirada al cielo, y renovar frecuentes plegarias de contrición y penitencia!...

—¡Pues ya no le hace falta más, repito!— clamó el sacerdote bendiciéndola.

¡Ya no necesita usted más, hija mía!—añadió—Testimonio evidente de sabiduría cristiana, son la práctica de la penitencia y el dolor del arrepentimiento.

Siempre á ellos, aunque el cristiano tímido lo dude, vá unido el amor de Dios... ¡Lo dicen las Sagradas Letras! .. Y el amor de Dios obra en el cielo de nuestra alma de igual modo, que obra el sol en el vasto firmamento.

¿No vé usted cómo tan pronto sale el sol se eclipsan las estrellas, y como éstas dejan de brillar, sin perder por eso su existencia?

Eso hace el amor de Dios en nuestro pecho; no mata los demás amores; pero á todos los subyuga y eclipsa con su fuego.

—Usted, mi bondadoso confesor—insistió despues de una ligera pausa la duquesa—me perdonó, en nombre de Dios, los pecados que arrepentida confesé.

¿Pero y las personas que aún viven; y las que ya del tiempo no son, á quienes mi maldad causó tan inmensos males, se salvarán también?... ¿Podré yo ayudarlas á salvarse?...

¿Cómo satisfacer sabré á los fieros remordimientos, que tenaces me aporrean la conciencia?...

—Los remordimientos, señora, son más bien amigos que enemigos. Ellos son la luz de la conciencia, y ésta luz, otra cosa no es sino la reverberación, en el alma, de la paternal mirada del Señor... ¡Dichoso aquel á quien amante mira Dios!...

—¿Luego el ofendido Dios me mira aún con amor, no obstante mi ingratitud y mis ofensas?

—¿Qué duda cabe, pues ya noble arrepentimiento siente usted?

Una lágrima de arrepentimiento, que el mismo Dios puede darnos, basta, no pocas veces, para borrar todo un pasado nuestro infiel y criminoso, y para encauzar, por rectos y llanos caminos, los ajenos descarríos.

Páguete usted su amante mirada, mirándole usted agradecida á El, pues dice sabiamente el Rey Profeta: (1) *Si el arrepentido fija en tí los ojos, ¡Oh Señor! tu le das á tiempo el alimento necesario; abres tu liberal mano, y colmas de bendiciones sus sucesivos actos.*

(1) Salmo 114.

—¿Sabré orar?... ¿Qué pediré al Señor?...

—(1) *Bien habla á Dios el corazón, cuando le pedimos de corazón... ¿Qué nos cuesta pedir mucho, pues pedimos al Todopoderoso?... Ver-güenza sería pedir un maravedí á un gran em-perador.*

*

**

—Dios, que es infinitamente generoso y bueno—prosiguió el venerable párroco—no quiere que los pecadores mueran, sino que se arrepientan y vivan; pero gusta mucho de que los arrepentidos y los justos se lo pidan.

Para los que pecaron, por causa de nosotros ó con nosotros, y que aun permanecen flacos, es un dictamo, muy eficaz y provechoso, el ejemplo de virtudes y caridad de aquellos que, arrepentidos de sus errores y pecados, obtuvieron la gran dicha de convertirse en amigos fieles y decididos del Señor

Los doctores en oración, Santa Teresa y San Agustín, enseñan, que, en todos los tiempos y circunstancias, los ruegos de los fieles no sólo logran contener el brazo de la Divina Justicia, levantado amenazador contra los infieles, que engolfados en sus maldades permanecen en tinieblas, sino que logran, también, que en sus ciegos entendimientos brille la luz de la verdad; porque, créalo usted, al fin y al cabo la idea de la divinidad, y de su justicia, es instinto fundamental de todos los seres racionales.

Por naturaleza, pues, semejante instinto no

(1) Santa Teresa.—Camino de perfección 69 y 75.

permanece, no puede permanecer dormido ó extraviado en el alma humana, á no ser por una aberración de la propia voluntad, la cual, sin variarle de forma externa, le convierte entonces en ente irracional.

—¿Pero será tiempo aún para mí, pues lo deseo, de que yo lo intente?...

—Nunca es tarde para obrar el bien...

—¿Oómo?... ¡Decídmelo por favor!...—clamó anhelosa la dama.

—La oración, summun del bien obrar, es una arma tan resistente y poderosa, que, en cierto modo, puede aún mas que Dios, puesto que con ella se desarma, y aún se vence al mismo Dios—sentenció el párroco.

—¿Pero en aqueste mundo, que escenario fue de mis muchas miserias y extravíos.. con la mal adquirida fortuna que aún disfruto... Entre los placeres y delicias que gusté.. resonando todavía en mis oídos los aplausos, que mis pocos honestos devaneos merecieron... hallar podré los medios?...

—El alma, que arrepentida ora, y el corazón, al fin desengañado, que comprenden cuan presto acaban los bienes, aplausos, delicias y placeres de la tierra, en tanto que la eternidad jamás terminará, hallan miles de medios para conquistar, para sí y para los demás, ese magno y eterno galardón, que por encima de la raín vida del tiempo resplandece.

—¿En dónde hallarlos ¡padre mí!... en dónde hallarlos?—segua clamando la duquesa.

—Dios está siempre á nuestro lado... ¡Aún en el momento de ofenderle!... ¡Pidámoselos á Él!...

—¡Qué impiedad la nuestra, padre!... ¡Qué horror!... ¡Qué horror!...

—¡Refúgiense con fe... con esperanza... con frecuencia en el Sagrario!... El Sagrario, ha dicho un doctor místico de nuestros tiempos, es el lugar elegido por Dios para derramar, á manos llenas sobre los que oran, los inagotables raudales de su gracia...

* * *

Hubo nuevos instantes y más prolongados de sepulcral silencio... En el primer momento, que siguió á la última solemne afirmación del párroco, los dos interlocutores quedáronse como estáticos de cuerpo y alma, sin acertar á pronunciar palabra, presos ambos, sin poderlo remediar, de visible y profundísima emoción.

De pronto la duquesa cambió repentinamente de color, llevóse ambas manos al agitado corazón, que con fuerza la golpeaba el pecho, cual si quisiera salirse de él, y comenzó á sollozar amargamente...

¿Habríase despertado en su conciencia la evocación de irreparables males y, con esa evocación, habríala nacido el cruel dolor de algún oculto é indefensible remordimiento, que es el más duro y mayor de los castigos?...

¡Quién lo sabe!... Lo cierto es que sus hermosos ojos enrasáronse, otra vez más, de lágrimas ardientes, y con mirar de súplica, y con amargo acento, y subrayando fuerte y tristemente la frase, preguntó:

—¿Y mis muertos?...

Al recoger el bondadoso anciano en sus plácidas pupilas—húmedas también—los luminosos reflejos de aquella mirada expresiva y suplicante, un potencial sentimiento, compasivo y explícito, se le impuso, y le obligó a exclamar piadosamente:

—Aún más que el mismo adorable Redentor, podemos nosotros hacer por nuestros muertos, pues Él, siempre bueno y generoso, quiere que de la mano le guiemos en favor de ellos, como la mano amorosa de una madre guía á sus pobrecitos pequeñuelos.

—¿Es posible, Dios mío? ¡Y yo, miserable de mí, no lo sabía!...

—¡Sí, Ana, sí!... Es tan inmenso, tan infinito el interés que Cristo tiene en que salgan del purgatorio, y se reúnan á Él, cuanto antes y para siempre, las almas que Él—con su preciosa sangre—rescató en la cumbre del Calvario, que, si nosotros lo comprendiéramos, estaríamos día y noche orando por ellas, y recibiendo, á nuestra vez, en pago, sus agradecidas bendiciones, juntamente con los poderosísimos auxilios de la gracia para nuestra propia santificación...

—Ahora me explico ¡desdichada de mí!...—clamaba afligida, llena de mortal zozobra y de cruel espanto, la infeliz duquesa.

—¡Ahora me explico—repetía—aquella singular emoción, que produjo en mí frívolo espíritu, el conmovedor escrito, que leí en el despacho de mi buen amigo don Manuel!... ¡Y los cotidianos rezos de mi esposo por sus muertos!... ¡Y las misteriosas frases que me dijo Melitón!... ¡Y la extraña despedida de mi no-

ble y leal criado!... ¡Perdón, Señor!... ¡Perdón por mi suicida y homicida olvido!...

—¡Oálmese, señora!... ¡Oálmese y no exagere sus penas, que quien exagera no razona, sino que más bien delira y no aprovecha!...

—¡No puedo, padre, no puedo!... Es que ustedes cinco ¡padre mío! sin haberse puesto de acuerdo, han hecho vibrar, de consuno, la fibra más sensitiva de mis vivos remordimientos.

¡No puedo, padre!... ¡No puedo!...—repetía presa de dolor intenso y llevándose las manos á la frente, como para ahuyentar intensos remordimientos.

¡Es que, sin haberse puesto de acuerdo, todos ustedes coincidieron en deplorar, amargamente, el criminal olvido en que tuvo mi infiel memoria á los que fueron, y quienes tenían gran derecho á estar presentes en mi alma, durante todos los momentos de mi vida!...

¡Yo, miserable y ciega, creía que ya ellos no eran nada para mí, y ustedes me han hecho comprender que lo son todo!...

¡Todos ustedes me hacían entender, que ellos con ansias de angustia me llamaban, mientras yo, ensordecida por mis infames devaneos, me negaba á oírles!...

¡Yo no debo esperar perdón!... ¡No lo merezco!... ¡Esto es ya demasiado!...

—¡Serénesse usted, señora!... Serénesse, y escúcheme con atención!

* * *

Tras nueva y breve pausa, el celoso párroco sentenció:

—Al orar por el alma de los difuntos, que están sufriendo terribles penas en el horrendo lugar del purgatorio, quizás por culpa nuestra, su tormento alijeramos... la intensidad de su sufrir disminuimos... y, por último, con el manso rocío de nuestras plegarias y obras satisfactorias, y la benéfica lluvia de nuestras lágrimas y súplicas, logramos apagar la inmensa hoguera, en que los pobres arden, y hasta conducirles salvos, para su bien y el nuestro, al puerto inmarcesible de la Gloria.

—¡Para su bien, y el nuestro, ha dicho usted!...—replicó animosa la infatigable dama.

—Si tal: *para su bien*, por que el Generoso Redentor del mundo nos ha investido de los más ámplios poderes á todos los vivientes, para que, si queremos, podamos llevar á nuestros muertos al seno del Padre, á que gocen (1) *la alegría sin tristeza; el descanso sin fatiga; la dignidad sin recelo; la salud sin enfermedad; la abundancia sin defecto; y la vida sin muerte y sin corrupción.*

Y *para nuestro propio bien* igualmente, por que, al responder al reiterado llamamiento que nos hacen sin cesar nuestros difuntos, vienen á nuestra alma, sin nosotros buscarlas, las tres magnas virtudes, que perfeccionan á la criatura racional en sus relaciones con su adorable y generoso Oreador.

La *fe*, la *esperanza* y la *caridad*, madres activadoras, y corona de todas las demás virtudes, á las cuales agrandan y ennoblecen, co-

(1) Manual de San Agustín.

municándolas sus méritos, su dignidad y su valor.

La *fe viva en Dios* (1), *Suma Verdad, sola verdad, que no puede mentir*, y que nos aparta de la ruín indiferencia, demoleadora de las humanas energías, y nos libra de la perversa duda, que todas nuestras acciones envenena.

La bella, la *fructífera esperanza, que hace* (2) *andar al alma confiada en la misericordia del Señor, que es fiel, y no dejará que nos engañen ni el mundo ni el demonio ni la carne*, por grandes y violentos que sean sus esfuerzos.

Y la *reina Caridad*; ese amor divino, purificador de todos los amores (3), *que todo lo bueno quiere, todo lo bueno favorece, y todo lo bueno loa*, y que se complace en que nuestros difuntos mantengan en el cielo, mucho más crecido y perfeccionado, aquel amor que en el mundo nos tuvieron, y, por lo tanto, para que con aquel mismo amor, así aumentado y perfecto, intercedan cerca de El en favor nuestro...

—Lo tengo resuelto, padre mío—profririó súbitamente la duquesa con encantadora exaltación, á la par que en su bello rostro se reflejaba luminosa y sincera fieldad.

—Fuí una grande pecadora, es cierto...—prosiguió—pero, según ya le dije ha poco, jamás me faltaron constancia y firmeza de vo-

(1) Santa Teresa.—Morada VI, 3 y 10.

(2) Santa Teresa.—Morada VI, 3.

(3) Santa Teresa.—Camino de perfección, 70.

luntad, en las más solemnes resoluciones de mi azarosa vida.

Esto diciendo, acercó su rostro al del anciano, y, por largo rato, le habló aceleradamente al oído, cual si estuviera confesándose.

Quando don Ladislao terminó de oír la súbita proposición de la elegante dama, quedó como petrificado.

Sus ojos escrutadores se clavaron en ella fijamente; sus labios se contrajeron sin permitirle articular palabra; y en todo su sér pintáronse los mismos espanto y asombro, que sobrecojen y anonadan á un amante padre desprevenido, á quien la hija, llegada á la mayor edad, le comunica, de repente, una decisión extraordinaria, inesperada é irrevocable.

Embelesado y yerto de sorpresa, no sabía qué decir ni qué pensar; pero bien claro se marcaban en su semblante bondadoso el júbilo y la satisfacción, que iban enseñoreándose por momentos de su alma, y que pugnaban por estallar, y por manifestarse al exterior...

Repuesto algún tanto el sacerdote de la impresión primera, dijo á la duquesa, con acento digno, en que se mezclaban la dulzura y el reproche:

—¿Pero lo ha pensado usted bien señora?... Joven, hermosa, rica, noble, de tantas comodidades asistida, y por la fortuna y la sociedad mimada ¿podrá usted resistir las austeri-

dades y privaciones de un convento?... ¿No será ello alguna febril alucinación de su acalorado espíritu?...

—Lo he pensado y madurado incesantemente, y sin descansar ni dormir, durante nueve días... Aunque rápidamente tomada, mi decisión es firme é irrevocable... Necesito olvidar... y en el mundo no se olvida tan fácilmente como necesito olvidar yo... La memoria, no siempre bien intencionada, guarda cuidadosamente los recuerdos, y una casualidad artera, el mañoso azar; las importunas ocasiones, en fin, pueden alborotar mis antiguos afanes, mis malos pensamientos, mis culpables deseos, y yo, de ahora en adelante, quiero que mi anhelo y mi pensamiento sean sólo para Dios, y para mis muertos...

—¿A dónde piensa usted ir?...

—¡No lo sé!... ¡Hasta ahora sólo he pensado en desposarme, cuanto antes, con mi Dios: lo demás á su Soberana voluntad lo dejo.

—¡Que bien hace la señora!.. *Gustad*—dice el salmista—*Gustad y vereis cuán suave es el Señor: bienaventurado quien en El confía... Acercaos á El, y os iluminará, y no quedareis avergonzados.*

—Iré, pues, al convento que tenga á bien indicarme mi sabio y santo confesor.

—Conozco, en conciencia, á la muy virtuosa—aunque algo severa—Madre abadesa de las Ursulinas de Brescia.

—A ese monasterio iré... ¿Me acompañará usted, siquiera hasta llegar allí?... ¿No tengo nadie de quien fiarme!.. En cuanto me presente usted á la reverenda Madre abadesa, po-

drá volverse á Sabario, en donde tan necesario es usted.

—Lo que convenga á la señora haré.

—¡Gracias! ¡Dios se lo premiará!—contestó ésta, envolviendo al párroco en una amante filial mirada, henchida de ternura y gratitud.

* * *

—No tengo familia alguna—prosiguió la dama.—Soy completamente libre para disponer, como me plazca, de mi persona y de mi fortuna.

La única ligadura que pudiera atarme al mundo es una hija natural, á cuyas caricias me obligan á renunciar, para siempre, las circunstancias que me rodean, y el infortunio por mis locuras y liviandades merecido.

A mí hiciéronme creer que nació muerta; y á mi hija la aseguraron, siempre, que su infeliz madre falleció al darla á ella la vida.

Yo, ¡desdichada madre!... no la conozco ni sé en donde se encuentra; pero hace poco tiempo supe que mi hija vive... que es muy bella... en alto grado dichosa... que nada la falta, porque tiene á Dios consigo..., y que perdería el reposo, la felicidad, el bienestar y hasta quizás la vida, si yo intentara buscarla y pretendiera descubrirme á ella...

—El bienestar y la felicidad, que son posibles aquí abajo, los encuentran siempre quienes los buscan allá arriba... ¡échese en brazos del Señor!...

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—balbuceó la desolada madre, recostándose confiada

en el pecho del anciano, y derramando sobre él sinceras y copiosas lágrimas.

—Tenga usted conformidad cristiana ¡pobre señora!... y confíe... pero respetando siempre, por buenos y por justos, los altos designios del Señor...

Cuando al dolor de contrición, le riega el llanto sincero que redime, hace retoñar y florecer, aún más lozana, la maravillosa flor de la esperanza.

—Voy á terminar—prosiguió penosamente la duquesa—demandando á mi confesor el segundo; el favor más trabajoso para él, pero de seguro, para mí, el postrero de los favores que le pida.

—Si en mi mano está otorgarlo, cuente usted también con él...

—Quiero no dejar cosa pendiente tras de mí, puesto que, como ha poco le dije, he resuelto deshacerme de cuanto poseo, y distribuir su producto entre instituciones educativas, de beneficencia y de piedad.

Concertada tengo la enagenación de todo ello, con los muy dignos y honorables hijos, habidos por mi esposo en su primer matrimonio.

Ellos han quedado con el encargo de entregar á la persona, que yo designe, el total importe de la venta, y ésta persona será, á su vez, la encargada de cumplir mi voluntad... ¿Se digna usted ser esa persona?

El párroco se inmutó pavorosamente; cubrió su pálido rostro con las manos; y cerró maquinalmente los ojos, como si el enorme peso del compromiso los agoviase.

—¿Podré yo ¡Dios mío!... ¡pobre de mí!... con tan inmensa carga?...—murmuraban trémulos sus labios.

Durante largo rato, lo mismo el anciano que la joven denotaban, por el agitado movimiento de sus nervios maxilares, que uno y otro con gran fervor oraban... que, en profundísimo recogimiento, una plegaria muda, pero muy intensa, se veía fluir, vivamente, de los labios de ambos.

De pronto el sacerdote levantó á lo alto los brazos, clavó en el cielo una mirada indefinible, en la que fulguraron rayos de luz de inspiración divina, y concluyó, al fin, por exclamar fervientemente.

¡Domine! ¡Fiat voluntas tua!!...

CAPITULO VIII

¡FATALIDAD!.

No nos ha de hacer nada cuanto aquí padecemos, pues, cuando mucho durará, es un momento comparado con la eternidad... No se nos haga nada en sufrir injurias, persecuciones, injusticias y trabajos, mirando á la gloria de Dios...

Santa Teresa—Morada VI-9 y 10.

SENTADO se hallaba don Manuel Barrientos, junto á su mesa de despacho. Absorto parecía en la escritura de cuartillas, su labor favorita, sólo interrumpida, breves ratos, para encender un tabaco tras otro, y contemplar, ligeramente, cual si ellas fueran manantial de ideas, las densas y azulinas nubes de humo, que, difundiéndose por la estancia, la llenaban de aromático perfume, cuando brusca-mente, y sin anunciarse, entró en la habitación Melitón Sauro.

—¡Ya no es posible aguantar más don Manuel!—gritó el atrevido visitante, estrujando entre las manos un periódico.

—¿Qué mala mosca te picó tan de mañana Sauro?—le preguntó el anciano sonriendo.

—¡Vengo furioso y desesperado!

—¡Poco á poco con el furor, amigo mío!... El furor ciega el espíritu; perturba la razón; transpira malas pasiones; y hasta suele aconsejar el crimen.

—¿No es para desesperar esta ingrata lucha con una sociedad inicua, en la cual la estupidez de unos, y la cobardía de otros, y la mala fe de muchos, hacen que la verdad se ahogue, y sobrenade la mentira, y se imponga y sobrepuje la calumnia á la abnegación, á la virtud, al mérito y al llanto?...

—Nunca hay razón bastante para desesperar.

La desesperación sólo invade á los locos, á los mentecatos, á los que desconfían de la justicia y bondad de Dios, y del poder é influencia de la Divina Gracia,

—A veces don Manuel...

—¡Tú nunca!...—interrumpió severamente éste—La desesperación, en los hombres que piensan, no prueba sino decadencia y cobardía del espíritu, y tu alma, Melitón, ni está decaída ni es cobarde.

—¡Pero no me negará usted, que para aguantar iniquidades y amaños como los de estos tiempos, se necesita una insuperable dosis de paciencia!

¡Lea usted... lea usted el número de hoy del abominable órgano de la Masonería, que se publica semanalmente en Sabario!

¡Lea usted, y verá de qué manera, tan escandalosa é infame, se extravía la opinión públi-

ca... y cómo, arteramente, se siembran la confusión, la perplejidad y la duda en las rocosas conciencias y en los ánimos sencillos; y, en fin, con cuán perverso artificio se fomenta, en todas las clases sociales, el odio y la ira hacia la verdad, que es Jesucristo!...

—Antes de comenzar la lectura, á que me invitas, es menester que yo te diga mi opinión, respecto de la dosis de paciencia, que juzgas necesaria, para aguantar iniquidades, así como acerca de las infamias, que atribuyes á los actuales tiempos...

¡Estos tiempos!... ¡Estos tiempos!...—repi-
tió amargamente don Manuel—. Dos mil años
hace que los hombres encanallados de enton-
ces (pues en todo tiempo los hubo) dijeron al
Justo de los justos, quien habíales colmado
de innumerables beneficios, y á quien ellos,
en pago, habían clavado en una cruz: *Si eres
realmente Dios, baja de ese patíbulo y sálvate!*...

Y en eso de que hace falta tener paciencia
¿quién lo duda?... Ella es siempre necesaria, y
altamente provechosa.

Cuando la paciencia y la resignación cris-
tiana faltan, vienen á ocupar su puesto en el
pecho—que no puede estar vacío—la rebelión
del alocado espíritu contra su Hacedor, y
las estafalarias quejas, y ruines murmuracio-
nes, contra los sabios designios de la Provi-
dencia, cuando los hallamos disconformes con
nuestro mísero sentir.

De modo que, como ves, muy de apetecer
es la paciencia, si se atiende á los cuantiosos
males que evita, y á los muchos beneficios,
que van unidos á ella.

—¡Lejos!... ¡Muy lejos están las manifestaciones externas y naturales, que de mis pesares hice antes; muy lejos, repito, de la disconformidad con los soberanos dictámenes de Dios!... Pero...

—No hay pero que valga; y plegue al cielo no se renueven tus pasadas vehemencias... Ahora vamos á ver qué dice este mal oliente semanario francmasón, órgano profesional de la injuria y la calumnia.

*
* *

Don Manuel tomó el periódico y leyó:

—*El Adalid del pueblo...* Hace algún tiempo leí, por casualidad, un número de este semanario, y parecióme, desde luego, que tan cándidos son los lectores que lo leen de continuo, como fermentados los semitas que lo escriben.

—Así es, por desgracia para todos.

—El epígrafe, por cierto en extremo pedantesco, del artículo de fondo, dice así: *Quien quiera oír que oiga, y quien quiera entender que entienda.* ¿Es este el artículo, que hay que leer?

—Ese precisamente es.

—Pues sigo leyendo: «*¡Ha llegado la hora de las izquierdas!... Mas aunque no haya concluido de sonar la de una completa y detenida investigación, acerca de los extraños sucesos acaecidos en la corte, durante la pasada primavera*—TIEMPO EN QUE LA PRÓDIGA NATURA SE VISTE DE COLORES Y BELLEZAS Y EL CÉFIRO GOZOSO EN LA FLORESTA JUGUETEA—

»permítanos el lector amigo que, por breves instantes, discurremos sobre las muy singulares coincidencias, en tales sucesos ocurridas».

Don Manuel arrojó, despectivamente, sobre la mesa el tal periodicucho, y mirando á Mellitón dijo:

—¡Ay amigo, que cursi y tonto parece todo esto!... ¿Quieres que lo dejemos?...

—¡No!.. ¡Siga usted leyendo de corrido hasta acabar!... ¡Se lo ruego por favor!...—insistió Saure, en tono vivo y suplicante, que revelaba su mucha indignación.

—Puesto que con tanto afán lo deseas, proseguiré hasta concluir, sin detenerme más.



«Esto no quita» —siguió leyendo don Manuel — para que vayamos reuniendo datos; y recopilando indicios; y acumulando hechos; á fin de hacer, en su día, un acabado historial de todo ello».

«¿No podría, mientras tanto, nuestro antiguo maestro en las asignaturas de libertad, civilización y progreso, el Marqués de las Trompetas, ayudarnos en esta noble empresa?»...

«Nos consta, de buena tinta, que él trató con mucha intimidad á los protagonistas de estos sucesos».

«Desertor de sus antiguas filas, y hoy militando en las de los retrógrados y neos ¡quién mejor que él—si sus nuevos amos le dejan—para apreciar lo que valemos unos y otros?»...

«Meditemos, pues, acerca de los hechos»:

—«El 28 de Marzo, un criado modelo —dice.

»se que buen mozo por cierto —fue despedido, vio-
 »lentamente, de la casa de una aristocrática y
 »hermosa dama, á quien había servido de solte-
 »ra, y de casada y viuda: un dato»...

«El 7 de Abril, una bella y elegante viuda,
 »perteneciente á la más linajuda nobleza saba-
 »riana, y que, según los reporteros del Gran
 »Mundo, era vice presidenta de multitud de co-
 »fradías y asilos de beneficencia, y por ende,
 »que merced á su caridad, religiosidad y bondad,
 »habíase captado el afecto de cuantos tuvieron el
 »alto honor de tratarla, desapareció repentina-
 »mente de la corte, sin saberse á donde fué, ni
 »ella haber tenido tampoco la atención de despe-
 »dirse de ninguno de aquellos buenos amigos,
 »cuyo entrañable afecto habíase captado: otro
 »dato»...

«El 19 del mismo mes de Abril, un tal Ra-
 »miro Peñalver, —según dicen muy acaudalado,
 »muy religioso, y también muy conocido en los
 »centros y círculos católicos —apareció muerto en
 »la calle, sin que haya podido averiguarse si se
 »suicidó ó si algún amigo ó correligionario suyo,
 »se encargó de mandarle al otro barrio, á conti-
 »nuar fomentando las cristianas farsas...

«En el mismo día, y al derredor de la misma
 »hora, cerca del caserón, casi ruinoso, de otro
 »gran católico don Manuel Barrientos, estalló
 »un pequeño petardo, de esos con los que juegan
 »los chicos de la calle, y que la prensa oscuran-
 »tista apellidó, pomposamente, bomba de dinami-
 »ta, de lo cual la autoridad, con muy buen acuer-
 »do, maldito el caso que hizo».

«Y por último, —esto es lo más grave y sensi-
 »ble para la patria—un caballero, cual pocos,

»don Rodolfo Ferrer notable político y laurea-
 »do publicista, fue alevosamente apuñalado por
 »la espalda, al salir del aristocrático casino La
 »Lusitania, no se sabe por quién, aunque se sos-
 »pecha de algunos envidiosos rivales en la acción
 »social y política».

*
 **

—¡Bien! Ya se acabó el artículo... ¿y qué?—
 clamó el generoso don Manuel, por decir algo,
 aparentando calmosa indiferencia, que estaba
 muy lejos de sentir, pues, visiblemente asquea-
 do, arrojó con enojo al suelo, aquel inmundo
 semanario.

Melitón Sauro había ido encolerizándose
 aún más, á medida que don Manuel leía, y ya,
 no pudiendo contenerse, estalló en estas sar-
 dónicas exclamaciones y pregunta:

—¡Cómo y qué!...

¿Acaso no es nada juntar, tendenciosamen-
 te, la natural retirada á su pueblo del honrado
 Pepe, con la rápida huída, no se sabe á dón-
 de, de la pérfida duquesa de Quitraco, hija de
 la Masonería, y malvendedora de los bienes de
 su noble esposo?...

¡Llamar petardo de chicos á la infernal bom-
 ba, que puso en riesgo la apreciada vida de
 usted, y que estuvo á punto de derribar su ho-
 tell!...

¡Desconocido el sabio y elocuente Ramiro,
 y asesinado por sus amigos los católicos! ..

¡Caballero digno y honrado el *croupier* Ro-
 dolfo.—Secretario General, gr.º. 33 del Gran.º.
 Or.º. Nac.º. de Sabario, como es público y no-

torio, como lo es, igualmente, que no la espalda, sino el pecho, le atravesó un puñal franc-masón, del que pendía un pergamino con este gráfico letrero: *por traidor.: ó por imbécil .: !...*

¿Cómo y qué, en fin?... ¿No se suceden, á diario, contra los hombres más laboriosos, más honorables y de espíritu más recto, asesinatos, vejaciones, persecuciones y calumnias, fraguados secretamente, vilmente, arteramente, en la maldita sombra de las infames Logias?...

¿Cómo consentirá Dios tales maldades?...

—Tén la lengua, ¡insensato!...

El por qué de la voluntad de Dios, que lo consiente, no está, no puede estar, no debe estar al alcance de nuestro pobre raciocinio.

Iluso el hombre que, emborrachado por su loco orgullo, pretende abarcar, con los mezquinos ojos del limitado entendimiento humano, los inescrutables arcanos de los designios del Señor.

A nosotros nos basta con saber que (1) *la memoria del justo será colmada de alabanzas, y que el nombre del impío se pudrirá.*

Los males que afectan á la sociedad moderna, y que yo no niego sean, en su mayor parte, fruto de la corrupción del siglo, no dan motivo al buen cristiano para desconfiar del orden, de la justicia y del amor, que incesantemente emanan del Supremo Creador, y que se derivan de la sabia ley que rige el Universo.

Ley soberana, que todos tenemos la obliga-

(1) Libro de los Proverbios.—Capítulo X-ver. 7.

ción ineludible de acatar, sin perder momento ni esfuerzo en poner, por nuestra parte, al bien recíproco, cuanto puedan dar de sí nuestro celo, nuestra posición social, nuestra inteligencia, y nuestra buena voluntad.



Hubo un breve rato de silencio, durante el cual, Melitón quedó como amortecido, por los contundentes razonamientos del experto don Manuel; pero su nerviosidad no estaba calmada, pues de pronto, con trémulo acento, exhaló:

—¡La verdad tiene su poder, es cierto; pero también tiene su ira, su despotismo y sus acentos irritados y terribles, los cuales se deban manifestar, para que retumben bríos en las conciencias culpables, puesto que suenan vibrantes, sin poderlo remediar, en los corazones buenos y piadosos!

—¡Quién lo duda!—aseveró dulcemente don Manuel, deseoso de conjurar, en algo, la tempestad que aún permanecía viva en el empujado pecho de Sauro.

—Pues bien, don Manuel... usted lo sabe (1): *Durante doce años he venido procurando restañar la sangre de las muchas heridas, que, á las sociedades de mi tiempo, mis pasados errores infirieron...*

Y ni mi sinceridad, ni mi denuedo, ni mi celo, ni mis sacrificios, ni mi caridad, ni mi constante solicitud, ni mi firmeza de convicción y de sentimientos han conseguido alcanzarlo.

(1) «Melitón Sauro», del mismo autor, Epílogo.

—Mejor que yo, lo sabe Dios.

—Entonces...

—Es que Dios no pide el éxito... Sólo pide que trabajemos por su causa de buena voluntad; y, pues tú lo has hecho así, esto debe bastarte...

Además, que no siempre, se recoge aquí abajo el fruto de lo que en esta vida se siembra; pero debe sembrarse siempre el bien común, porque este es una semilla, que jamás deja de fructificar.

Si en la corta vida del tiempo, Dios manifiestamente penase toda culpa, y todo mérito recompensara ¿quién creería en la Divina Providencia, que también obra aquí abajo, y quién confiaría en la Suprema Justicia, que se reserva castigar y recompensar, definitivamente, allá arriba?...

—¡Pues si no fuera por eso!.. —repitió Sauro crispando otra vez los puños.

—Por otra parte, San Agustín, con su maravillosa penetración, afirma: *que quien busca pública victoria, suele sufrir oculta derrota.*

—Yo, por mi parte, bien claramente derrotado estoy, porque ya, cuando hablo, nadie me escucha ni en mi penar hallo reposo, y, si calló, tampoco logro que mi intranquilidad desaparezca, á causa de la inquietud de mi conciencia, por el deseo y la contradicción rejeoneada.

— (1) *Bueno es que tengamos que padecer á veces contradicciones, y que se nos tenga por*

(1) «Kempis». Libro I, cap. XII.

malos ó imperfectos, aún cuando obremos bien y con recta intención.

Esto suele excitarnos á la humildad, y aprovecha para que el hombre se convierta á Dios de corazón, haciéndole conocer que vive como desterrado en este mundo, y que no debe poner su esperanza en cosa alguna de la tierra.

Pues nunca podremos contar mejor con el testimonio de Dios, en favor de nuestra conciencia, que cuando los hombres nos desprecian por nuestros actos exteriores, y no creen en nosotros.

—Mas no me negará usted, don Manuel, ser tremenda la prueba, que Dios ha propuesto á sus servidores.

—Dios ha puesto el deseo, la paciencia, la contradicción, la conformidad y el perdón de las injurias, como mérito y precio á la germinación y al desarrollo de sus designios sobre el hombre; y, cuando la Sabiduría Sama así lo ha hecho, ha sido porque así conviene...

—Sí; pero es á nuestro natural tan duro ver cómo se han hundido, y siguen hundiéndose, en el impalpable vacío, ó en la irónica sonrisa, los sacrificios, los desvelos, los trabajos y contradicciones que se gastan en bien del procumún, y, en cambio, cuán fácilmente son aceptados los que se emplean en su mal...

—Decía San Pablo á los corintios (1): *lo que aquí es para nosotros una tribulación momentánea y ligera, engendra en nosotros, de un modo muy maravilloso, un peso eterno de gloria.*

Y, por doquier abramos los Sagrados Li-

(1) Epístola II. Cap. IV, ver. 17.

bros, en todos ellos aprendemos que las pesadumbres, con que Dios aflige al bueno, en la presente vida (breve y penosa) tienen por solo fin ponerle á prueba, para coronarle con más excelentes y copiosos premios en la futura vida (feliz y eterna).

—Solamente fiados en la palabra del Señor, que jamás falta, es como uno puede trabajar así; porque en cuanto á la actual sociedad ¡qué paga!... ¡qué pago da la ingrata!...

—El que da siempre el mundo á todo el que trabaja en hacer el bien: el que dió á los principales servidores de la humanidad:

Odro murió arrojado á un precipicio... Licurgo falleció en el destierro y los malvados de Esparta sacáronle los ojos... Focio y Sócrates bebieron la cicuta; y el Redentor del mundo fue crucificado...

Melitón bajó tristemente la cabeza, y con relativa calma, que era, seguramente, muy forzada, pues la palidez del rostro le crecía por momentos y las manos, sin querer, se le crispaban, murmuró descorazonadamente:

—¡Misterios de la vida!... ¡Siempre misterios!... ¡Cuán poco puede y vale el hombre!.. Hasta el más altivo y poderoso de la tierra es un vil gusanillo, menos que un mezquino insecto, comparado con *Aquel*, que es la Suma Sabiduría, la Sama Omnipotencia, el origen y conjunto de toda perfección!...

*
**

Presumiendo don Manuel que, en el fondo de aquellas amargas y enigmáticas palabras, se abismaba alguna idea sombría, de la cual

convenía disuadir á Melitón; y, con el fin de obligarle á que la diera forma concreta para así rebatírsela mejor, le arguyó, intencionadamente, de este modo:

—¡Sí!... tienes mucha razón. Siempre hubo misterios en el mundo.

En todos los tiempos; en todos los países; en todas las civilizaciones; en todos los progresos y retrocesos de la familia racional, ha habido y seguirá habiendo misterios, porque la razón humana los necesita, toda vez que ella, por sí sola, no se basta para explicar la aflictiva condición del hombre sobre la tierra.

—¡Es verdad... nuestro imperfecto y limitado entendimiento no puede sustraerse á la necesidad de los misterios!...—suspiró debilmente Melitón, no sólo convencido, sino rendidamente domado por las elocuentes palabras de Barrientos.

Este siguió doctrinando:

— El alma racional, obedeciendo á su propia naturaleza, mira y contempla á lo inmortal; á lo eterno; á lo prodigioso; á lo sobrenatural; á una recta é inapelable justicia; á lo incomprendible y misterioso, en fin...

Por que ¿qué son los misterios sino la real y evidente sombra de lo infinito, proyectada, y hasta pesando, materialmente, sobre el espíritu del hombre?...

¿Qué son, sino la probanza, sin explicarlo, de la existencia de un Dios Omnipotente, Bueno, Justiciero y Sabio?...

¿De un Dios de amor, que llena la inconmensurable creación con su poderío y sus grandezas?

¿De un gran Dios, á quien nadie ve, y que, sin embargo, en todas partes y por siempre está presente?...

¿De un inmenso Dios, que, velado en maravillosa luz á nuestros ojos, pero ostentando al mismo tiempo su inefable gloria, abarca, de una sola mirada, cuanto existe y existirá, así como todo cuanto ha existido y pasado y sucede y sucederá, lo mismo en los cielos que en la tierra?...

¿De una Sabiduría infinita é inmutable, que, antes de que el hombre nazca, conoce ya la conducta que éste seguirá en su precisa peregrinación sobre la tierra, y cuando, y de qué modo, y en qué estado dejará su alma este lugar de destierro y prueba?

—Pues entonces ¡infeliz criatura humana! ..
—volvió á suspirar Melitón.

Si todo lo sabe y lo consiente el Creador. ¿A qué tus esfuerzos para luchar?... ¿Dónde está, pues, tu tan decantado libre albedrío?... ¿Será cierto el argumento invocado por los negligentes fatalistas, quienes desencantados dicen: *Nada tenemos que hacer... Hemos nacido sin voluntad y sin voluntad moriremos, pues todo lo hace Dios?...*

¿No han satisfecho al Creador ni mi leal arrepentimiento, ni mis sinceras satisfacciones, ó es, en realidad, que, lo que implacable pesa sobre mí, es el tenaz martilleo de la fatalidad, cual lo prueban esta manifiesta impotencia mía, y las inevitables desgracias de mis buenos amigos, y el sardónico triunfo de nuestros malvados enemigos?...

—Ya barruntaba mi experiencia, y en tal

sentido me avisó—exclamó severamente don Manuel—que la tormenta que ha poco descargó en tu pecho, en él dejaría insanos sedimentos, que espero, confiado, que la fe elimine pronto, como deshace, al lucir de nuevo el sol poniente, las diamantinas gotas de agua que sobre la hierba quedaron, temblorosas, al cesar la lluvia.

¡No!... Melitón! ¡No!... Tú, arrollado por el violento alud de los pesares, la consecuencia exageraste, sin recordar que siempre extravía sus juicios quien sus juicios exagera.

¡Vuelve mi caro amigo á la razón!... Yo, con mis pobres argumentos, procuraré ayudarte á desvanecer ese tenue vapor inquieto, que impío pretendió eclipsar—creer quiero que sólo por un momento—tu acrisolada fe y su hermana gemela la esperanza, porque al fin, ese vaporcillo ingrave es sólo niebla de humo... y el humo, ¿quién lo ignora?... con el soplo del aliento se deshace fácilmente en el espacio.

*
**

Luego que advirtió don Manuel que se había apaciguado, algún tanto, el inquieto espíritu de Sauro, agriando un poco el tono de la voz, y dándole cierto tinte de amargura y de reproche, prorrumpió severamente:

—¡Tú!... el hombre de sobradas energías, que supo resistir, siempre que quiso, las impresiones del momento y las bastardas sugerencias, preguntas ¿en dónde está el libre albedrío?...

¡Ay, Melitón... Melitón!... ¿Qué nuevo y falso espejismo es ese, burlador de tu tormento, que pretende dar forma á la quimérica y desesperante idea, que tú mismo al iniciarla contradices, y que ella, por su parte, sólo trata de acrecentar tus desengaños y tus penas?...

¡Pues qué!... Si tú no hubieras tenido libertad para ejecutar los actos que quisiste ¿cómo pudo remorderte la conciencia al obrar el mal, y cómo, después de obrado, vinieron el pesar y el arrepentimiento á inducirte á emprender otro camino?...

—¡Es cierto!... ¡Muy cierto!—susurraba con fuso Melitón, ahogando trabajosamente aguijoneador suspiro.

—Tú bien lo sabes—prosiguió Barrientos—la voluntad de la criatura humana es libre y sólo responde, en una parte, á los impulsos del caracter, y, en todas las demás partes, á la razón de la propia persona.

—Algunas veces el caracter...—insinuó tímidamente Sauro, como cediendo á un inexplicable impulso.

—El caracter, revelación del hombre en todas las esferas de la vida, aún siendo, como es, el resultado natural de todas las facultades del alma, y el primero que á la voluntad mueve, no es el llamado á quitar ni aumentar más grados á los actos de la voluntad, que aquellos grados que por la razón, señora de todos ellos, le fueran consentidos.

—También está usted en lo cierto ahora, como lo está siempre, don Manuel; pero es que, cuando me ha interrumpido usted iba á decirle que cuando el caracter es vehemente como

el mío, nos hace ver y sentir y desear, con extraordinario ardor, lo que encanta y seduce nuestro sér; y cuando es justo y loable lo que pretendemos, y la voluntad no lo consigue, esa misma voluntad se exaspera, á su pesar, y puede que, como usted ha dicho antes, el juicio se exagere y se extravíe.

—Si yo, con mis réplicas, no trato tanto de destruir tu natural vehemencia como de enfrenarla para que no más pregunte, cual lo hizo antes, si son ó no loables los sofisticos pensamientos fatalistas.

Por lo demás yo bien sé que el raciocinio, en, tí toma la verdadera y justa orientación—impuesta por la conciencia—de nuestro primero y principal deber, que es servir y amar á Dios, por ser nuestro Creador, y respetar, como criaturas tuyas, sus leyes, sus designios y sus juicios.

*
* *

Melitón, abatido, cual si un sentimiento de vergüenza fastigara tenazmente su conciencia, permaneció largo rato callado, con el ánimo doblado y la cabeza baja.

Don Manuel Barrientos, hombre de sólida experiencia, gran conocedor del corazón humano, y con unos ojos avizoradores, de esos que penetran hasta el fondo los arcanos del espíritu, se hizo presto cargo de la violenta situación de Sauro, y abordó de frente la cuestión, diciendo serenamente, y con las mayores naturalidad y complacencia:

—Aún cuando creo que, en lo que á la existencia del libre albedrío se refiere, habrá bastado lo dicho para levantar el importuno velo, que dañosas sombras dejó caer sobre tu espíritu, paréceme conveniente ocuparme también, siquiera sea á la ligera, de tus otras preocupaciones.

—Como gustéis—respondió Sauro á media voz, y tristemente.

*
**

—¿Fatalistas?... —prosiguió Barrientos—. No los hay... Digo más: ni los hubo, ni los hay, ni puede haberlos.

Quienes así se llaman son unos pobres diablos... Unos simples soñadores, que se entretienen, sin propio convencimiento, en torturar candorosamente su imaginación enferma, para, después, ellos mismos contradecir en la práctica sus estrambóticas doctrinas.

Si fuesen consecuentes y lógicos con ellas no las practicarían á medias, sino que las harían extensivas á todas las soluciones de su vitalidad.

Si el hombre no tiene por qué ocuparse de cosa alguna; si es inútil cuanto haga, porque al fin sucederá lo que ha de suceder; si acerca de él todo lo tiene determinado de antemano Dios ¿por qué el fatalista, en vez de buscar la bebida cuando tiene sed, y el alimento cuando siente hambre, y el abrigo cuando le invade el frío, y el medicamento cuando se halla enfermo, no espera á que bebida, ali-

mento y medicina se los ponga en la boca el Creador?... ¿Por qué no aguarda, también, á que Dios le ponga en las manos el abrigo?...

—Puede que ellos digan á eso: no esperamos porque, para no esperar, la madre naturaleza nos impuso el exigente instinto de conservación—arguyó Sauro, después de vacilar unos instantes, y como haciendo un gran esfuerzo de imaginación.

—También, á su vez, el Padre Creador les impuso con algún fin la no menos exigente inteligencia, y la muy pedidora razón—replicó don Manuel con suasorio é impaciente apresuramiento.

¿Qué motivos fundados hay para no atender á las peticiones de estas, y sí al instinto de los otros?...

—Si que parece eso evidente y lógico.

—Como que eso es lo real y no otra cosa, digan lo que quieran los engañados y engañosos fatalistas.

¿Que sería del mundo físico, y qué del intelectual y moral si, escudados con la idea de nuestra impotencia para todo, no hiciéramos jamás ningún empleo de nuestra inteligencia y nuestra razón?

La ley del progreso humano no resultaría ser cierta, y nada noble y útil sería la existencia humana.

Viviríamos sin diferenciarnos de los animales irracionales, ó diferenciándonos de ellos por la inferioridad de nuestro instinto.

—Pero esa tenacidad en los infortunios; esa diversidad de raciocinios; esas diferencias de capacidades y disposiciones, que hay en los

hombres para hacer el bien y practicar el mal, á veces sin intención de hacerlo ¿no pueden ser signos de fatalidad, siquiera sea sólo para algunos?

—¡Nunca para quienes crean en la justicia y bondad de Dios—replicó Barrientos con voz dura.

¿Qué es eso Melitón?... ¿Qué es eso?... ¿De nuevo surge, protestando, esa exagerada altivez humana, que marchita los buenos sentimientos, de igual modo que el cierzo aja las flores, y que se complace, cruel, en agrandar las llagas del corazón y los desencantos del espíritu?...

A esa necesaria ley de diferencias, que tu adviertes, el impío la llama fatalidad, mas el sabio resuelve la cuestión llamándola mano de Dios: misterio.

Su explicación, por medio de la fatalidad, es uno de los más pueriles extremos de la vana desesperación.

¡Cuánto más digno es explicarla, procurando que la razón penetre, hasta donde la sea posible, en ese arcano que se nos presenta al parecer injusto, y que no puede serlo, pues todos somos hijos de un mismo padre, nuestro bondadoso Oreador, que todo lo hizo bien!...

Por último: tales diferencias y desigualdades pueden muy bien ser simples espejismos, á las que da forma real nuestro imperfecto y limitado entendimiento.

Pero aún dado caso de que algunas de ellas fueran realidades, nunca pueden ser efecto de la fatalidad, sino de una necesidad; de una consecuencia de ciertas disposiciones, que des-

conocamos, de la ley de orden que rige el Universo, puesto que las consiente Dios.

A las orgallosas gentes de Roma, escribía y doctrinaba de este modo el Gran Apóstol (1): *¡Oh profundidad de las riquezas de la Sabiduría y Ciencia de Dios!... ¡Cuán incomprendibles son sus juicios, y cuán impenetrables sus caminos!... ¿Quién conoce los pensamientos del Señor?...*

Y, en otras ocasiones, igualmente las decía:

(2) *¡Oh míseros hombres! ¿Quiénes sois vosotros para altercar con Dios?... ¿Por ventura, dirá el vaso de barro al que le labró, por qué me hiciste así? ¿No tiene potestad el alfarero de hacer de una misma masa un vaso para honor y otro para ignominia?...*

Loco será... rematadamente loco, quien pretenda buscar la razón de la voluntad de Dios, fuera de esa misma Suprema Voluntad, pues Ella, y sólo Ella, es la razón de todas las razones; y la regla y garantía de todas las bondades; y la única ley infalible de toda justicia y equidad...

¡No, Melitón, no!... Nada hay más irrisorio, ni más inútil é insensato, como querer sondear las profanidades de la sabiduría increada... de la que creó todas las cosas, y todas las rige y gobierna cual conviene...

—¡Basta, don Manuel!... ¡Basta!... ¡No se canse más!...

—¡Pero si aún me falta lo mejor!... Escucha pues...

*
**

(1) San Pablo á los Romanos.—Cap. XI, ver. 32 y 33.

(2) San Pablo á los Romanos.—Cap. IX, ver. 20 y 21.

—¿Con que tú te crees ¡insensato Melitón!... olvidado y abandonado del Justo y Sabio Dios, por haber visto perseguidos y muertos á los buenos, y triunfantes, al parecer, á los ímpíos?...

¿Abandonado y olvidado porque, al hallarte frente á frente á tu miseria, y á tu propia nada vuelto, te encuentras exhausto de medios materiales y de vigor y fuerza para luchar contra ellos?...—replicó Barrientos concreta y resumidamente.

¡Tú has perdido el juicio, Melitón!... ¡El horizonte del cristiano no se cierra porque decline el sol del éxito, ni por que la noche de la contradicción parezca oscurecerle!...

¿De qué te sirven la fe y la esperanza, en buena hora adquiridas, si tu mente vacila, y si tu pecho no acierta á resignarse?...

—Perdóneme Dios... y usted también, don Manuel perdóneme, si mi labio, por débil ó por torpe, llegó á murmurar, sin sentirlo el corazón se lo aseguro á usted, de la justicia del Señor—depuso tímidamente Melitón— ¡pero es tan duro!—añadió—ver lo mucho que hemos trabajado y sufrido por la buena causa, y, en pago, hallarnos ahora calumniados, perseguidos y deshechos, en tanto que, al parecer cuando menos, se regodean y triunfan ellos!...

—¿Triunfantes ellos?... (1) *Lo que más teme el ímpío—que son el remordimiento, el malestar, la condenación y el fracaso—eso vendrá á él; en cambio, los justos obtendrán sus deseos;*

(1) Proverbios. Cap. X, ver. 23.

esto es: la calma del espíritu y la tranquilidad de la conciencia en el tiempo, y la posesión de su Oreador en la eternidad.

(1) *No envidies, pues, la prosperidad de los malignos, ni tengas celos de los que obran la iniquidad...*

(2) *Yo ví al impío sumamente elevado y ensalzado, como los cedros del Libano, y he aquí que, cuando volví, no existía y no fue hallado el lugar de él.*

No desanimes, por tanto, Melitón... No desanimes, sino, por el contrario (3) *trae á la memoria aquellos primeros días, cuando después de haber sido iluminado, sufriste con valor admirable un gran combate de persecuciones... No quieras malograr tu confianza, la cual recibirá un grande galardón.*

¡No, Melitón, no!... No estás olvidado, ni menos abandonado; dí más bien (4) *que eres participante de la pasión de Jesucristo, y cuando se descubra su gloria gozarás con Él lleno de júbilo, toda vez que decir puedes, con el primer obispo de Efeso, y con el milagrosamente convertido de Damasco:*

(5) *En verdad, en verdad os digo que vos otros llorareis y gemireis... Mientras el mundo se regocijará, vosotros os contristareis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.*

(6) *Los sufrimientos de la vida presente no*

(1) Salmo 36, ver.

(2) Salmo 36, ver. 35 y 36.

(3) San Pablo á los hebreos. Cap. X.

(4) Epistola de San Pedro. Cap. IV.

(5) San Juan. Cap. XVI.

(6) San Pablo á los romanos. Cap. VIII.

son de comparar con aquella gloria verdadera que se ha de manifestar en nosotros.

Para terminar, pues, cuando defendiendo á Cristo y su doctrina, sentimos que ruge la tempestad sobre nosotros, y que el desengaño nos abate, y la injusticia nos persigue, no consentamos al desaliento que invada nuestro pecho, ni á la desesperación que nuble nuestra inteligencia, sino que confiemos cada vez más, refugiándonos en la oración.

Y cuando ya no podamos luchar por falta de medios y de faerzas, como dices que te sucede á tí, digamos como dijo á Tito San Pablo (1): *He combatido con valor, he acabado mi carrera, he guardado la fe. Nada me resta ya sino aguardar la corona de justicia, que me está reservada, y que me dará el Señor, como justo juez, en aquel gran día, y no sólo á mí sino también á los que con amor desean su advenimiento.*

*
* *

Calló don Manuel, y á su silencio siguió una larga pausa, en la que ya no más los labios, sino los corazones de los dos amigos, fueron los que hablaron...

Momento solemne: las manos de ambos se estrecharon efusivamente; sus iguales pensamientos se encontraron para fundirse en uno solo; y, en fin, sus nobles almas, recibiendo juntas y á la vez el mismo hálito del adorable Salvador, besáronse con amor y con mútua idoneidad se comprendieron.

(1) Epístola á Tito, 2.

CAPITULO NOVENO

IVERUNTAMEN NON SICUT EGO VOLO, SED SICUT TUI

Parece nos quiso el Señor apartar de todo... para llegarnos más sin embarazo á sí.

(*Santa Teresa*.—«Camino de perfección», 8).

RESIGNADO, tranquilo, radicalmente cambiado, entró Sauro, una semana después, en el despacho de Barrientos.

Su sereno rostro, ya no empañado por la ira y la indignación de días antes, demostraba que el hado victorioso de su espírita creyente, le había tornado los desengaños y pesares en inspirados ángeles de luz, y en ultraterrenas esperanzas.

—¡Vengo á despedirme de usted!—dijo cariñosamente al anciano, alargándole ambas manos.

—¿Por mucho tiempo?—preguntó éste estrechándolas, con efusión, entre las suyas.

—Huyo para siempre de Sabario.

Cuando Dios bondadoso y sabio, que juz-

ga sin prejuicios y sin pasión ni ira, ha dispuesto que se agoten á la vez, y por igual, mis recursos materiales y mis fuerzas físicas, sin permitirme que yo, por mí mismo, remedie el mal que hice ¿no es señal de que quiere que me deje ya de imposibles para mí, y atienda, con más severidad y encono, á la expiación de las muchas ruindades y miserias mías?...

—¿Qué piensas hacer?

—Pues ir á llorar, en áspero destierro, la satánica facilidad, que me dió el diablo, para producir el mal, y la mísera impotencia en que me dejó para obrar el bien.

—Tanto rigor...

—Es el único camino que me queda, puesto que me es imposible hacer que no haya sido lo que ayer fue, y me hallo privado de toda clase de medios para reparar, ni aún en parte, los muchos daños que causé á mi patria...

—Pues hiciste cuanto te fue posible hacer para enmendar tus yerros, no tiene por qué inquietarse tu conciencia.

—¿Qué hice yo don Manuel?... ¿Qué hice yo?... Devolver, si acaso, y para eso mermado y á destiempo, lo que, de malos modos, arrebaté á la sociedad en que viví...

Pero... ¿Y en cuanto mí?... ¿Qué he hecho en descargo de haber convertido las riquezas y el poderío, debidos á la suerte; y tornado la salud y dones, con que me honró natura, en avaricias insaciables... en ambiciones desmedidas... en audacias opresoras... y en escandalosas orgías de la impiedad y el vicio?...

—También te cambiaste en antítesis viviente de este mundo, no sólo desprendiéndote del

oro, que es, actualmente, el cáncer devorador de la sociedad moderna, sino que no has escatimado sacrificios personales en favor del prójimo.

—Me falta aún lo principal... Me falta mortificar más, y con mayor rigor, este ruín y grosero cuerpo, escarneciéndole, rebajándole, anonadándole por completo, si he de purgar, siquiera algo, las ignominias de que erizé á mi noble patria, y los inmerecidos é injustificados encumbramientos sociales, que yo escalé, y que igualmente apadriné para otras gentes, tan ambiciosas y bajas como yo...

Me falta, pues, arrastrar de nuevo, tras de mí, como un mendigo, el execrable, el harapososo, el vergonzante manto de la desnudez y la miseria.

—Advierte Sauro que tus culpas exageras, y, según hubes de apercibirte hace unos días, fácilmente te extravías y deliras.

—¡No, don Manuel, no!... ¡Bien sabe usted que digo la verdad!...

Hijo de padres nómadas y pordioseros, sin patria, sin religión y sin hogar, hice, desde muy niño, vida holgazana y vagabunda, y, en esa encanallada vida, la dignidad del alma humana perdí...

Justo es, pues, que de viejo, apesadumbreado y contrito de mi soberbia y mi descuido, con el corazón, por mi bien, atravesado por la afilada espina del punzador remordimiento, vuelva á esa vida—también errabunda, pero á mi edad en extremo penitente—en busca del perdón de mis pecados, y de la dignidad de hombre, que allí por mi mal perdí.

—¡Pobre amigo mío!.. ¡Tú deliras!... ¡Tú exageras!... ¡Vuelve en tí!—le suplicó Barrientos en tono que revelaba honda emoción, y con fuerza estrechándole la mano, á la vez que sus ojos paternales, con lástima y tristeza le miraban.

—¡No deliro!... ¡No exagero, don Manuel!... ¡Usted lo sabe!... ¡Ah, si fuera posible borrar lo escrito con tan roedora hiel en la conciencia, como se borra lo tenue, que se escribe con tiza en la pizarra!...—exclamó Sauro brusca y trabajosamente, cual si un nudo le agarrotase la garganta.

Dos grandes lágrimas flayeron de sus ardientes ojos... Mas como si aquella humedad hubiese ablandado su varonil y áspero acento, añadió pausada y dulcemente.

—Solo, sin más testigo que el cielo, ni más compañía que la santa ley, emprenderé mi incierta marcha, de choza en choza, y de pueblo en pueblo, implorando la caridad pública, hasta que alguien recoja mi cadaver en un muladar ó en un camino...

—¡Melitón, esas palabras!...—interrumpió vivamente don Manuel.

—¡Bueno!... Pues hasta que roto, deshecho, abrumado de dolores, de fatiga y hambre, se me franqueen, por caridad, las puertas de algún asilo de beneficencia... Pero—añadió enérgicamente—sin ser preguntado por nadie de dónde vengo, ni tampoco á dónde voy...

Callaron otra vez más los dos amigos, víctimas ambos siendo de vivísima emoción.

Don Manuel, con mayor dominio sobre sí, fue el primero en romper aquel íntimo consorcio de penoso arrobamiento, y, con la trémula voz de antes, aún por la agitación del ánimo velada, exclamó:

—¡Cuán cierto es, Sauro, que el sentimiento de penitencia y expiación, despierta y exalta en el hombre, de modo irresistible y prodigioso, lo más puro, lo más grande, lo más inmaculado de su sér: aquello de angélica nobleza que tiende á dejar la tierra, tan llena de sufrimientos y decepciones, para mirar solamente al cielo, en donde moran, sin eclipses, la Suprema felicidad y el eterno Amor!...

En los inspirados libros sagrados, el Sabio Salomón, curtido cual nadie en cuantos gozos y pesares da la vida, con maravillosa concisión escribe:

(1) *Por el Señor son guiados los pasos del hombre ¿mas quién de los hombres puede entender los caminos del Señor?...*

—En todos los caminos de la vida humana —replicó Sauro— hay que pisar guijos y abrojos, y que sufrir pesares y fatigas.... Igual sucede con todas las demás buenas obras: para ser buenas necesitan pasar primero por los quemantes crisoles de la abnegación y el sacrificio.

Y pues yo estoy dispuesto á una y otra cosa, por estimar que es Dios mi inspirador, en El confío que será mi guía.

(1) Proverbios, cap. XX, ver. 24.

—Sí, Melitón; Dios te guiará: tu fe y tu heroísmo lo merecen...

A Dios tendrás guiándote en el ruín polvo que pises; y en el agua que sediento bebas; y en el aire que respiren tus pulmones; y en la mano que caritativa te socorra; y en el cielo que asombrado mires; y en tí mismo cuantas veces al espíritu obedezca sumisa la materia; y, en fin, principalmente, cuando ejercites esa extraordinaria y envidiable facultad, que tienes del bien sentir y del buen pensar.

—Pues entonces, don Manuel, he acertado (2): *quien á Dios tiene, nada le falta: ¡solo Dios basta!*

*
* *

—¿Cuando piensas emprender tu improvisado y fatigoso viaje?—preguntó Barrientos después de haber reflexionado un corto rato.

—¡Ahora mismo!... en cuanto me separe de usted—contestó resueltamente Melitón.

—¿Tan de repente?

—Tan de repente no... que pensándolo y madurándolo vengo, muy concienzudamente, desde nuestra última entrevista.

En este mismo momento vengo ya de la basílica, de despedirme de nuestra Patrona la Virgen del Pilar.

Lo que mi fervoroso espíritu la ha dicho, no puede expresarse en el léxico que hablamos en la tierra, y por eso, y para no quitarle su ideal fragancia, ni su sentido profundo

(2) Santa Teresa.

y celestial, enmudeció entonces, y enmudece ahora la entorpecida lengua...

Pero ¡ay! querido amigo... Con el alma henchida de esperanza ¡qué último beso tan ferviente y cálido, acompañado de hondos suspiros y de amantes lágrimas, estamparon mis temblones labios en su rico pilar de jaspe, como entrañable señal de despedida!...

—¡Me hago cargo Sauro! ¡Me hago cargo —murmuraba el venerable anciano, dejando que bañaran su bondadoso rostro amorosas y paternas lágrimas.

Luego, en tono sentencioso... en tono de célico preságio—cual si fuera vidente bíblico inspirado por lo alto—añadió solemnemente.

—El manto protector de nuestra Virgen del Pilar te servirá de invencible lábaro y de poderosa ejida... Yo te lo garantizo...

—Pues bien, don Manuel, usted que, en nombre de esa Virgen Santísima, me enseñó á olvidar las injusticias de mis conciudadanos, y á perdonarles sus persecuciones, sus agravios y sus daños, pídala que me sirva de amparo y guía en la nueva vida, á que me obligan de una parte mis pecados, y de la otra el desencanto que hicieronme sentir la mayor porción de las personas, y casi todas las cosas de esta sociedad actual, afrancesadamente corrompida, que, asqueado de ella, para siempre dejo...

Implore usted para mí, de esa Benditísima madre nuestra, las fuerzas que necesito si he de llevar al término ansiado la penosa peregrinación, que me impongo voluntariamente, en prueba de expiación y penitencia.

—Así lo haré en mis pobres oraciones, las cuales no tendrán más mérito—si alguno tienen—que el de ser sinceras y constantes, y el de brotar de un ferviente corazón lleno de amor, en el cual nunca el olvido de los que a né encontró abrigo.

—Ahora ya solo me resta para marchar contento, el valiosísimo auxilio de la bendición de usted.

Esto diciendo hincóse de rodillas Melitón.

Acto seguido, el bondadoso anciano levantó al cielo los ojos, nuevamente arrasados de copioso llanto, y extendiendo el brazo derecho sobre la cabeza del presunto peregrino, le bendijo en nombre del Dios, tres veces Santo.

Luego le levantó del suelo, y apresurada y fervientemente le tendió los brazos.



Por largo rato, quedaron estrechamente abrazados los dos íntimos amigos, sin acertar á pronunciar palabra, pero sollozando ambos, y con los rostros pegados uno al otro.

¡Es preciso acabar!... debió decirse interiormente don Manuel, pues, aparentando una serenidad de ánimo que estaba muy lejos de sentir, y aflojando perezosamente los brazos, se limitó á preguntar:

—¿Tienes encargo alguno que dejarme?...

—No señor, que rotos quedaron, hace tiempo para mí, cuantos lazos me unían á este mundo...

—¿Todos?...—insistió el anciano.

—Todos, sí señor; porque si bien es cierto

que me queda una hija, amor de mi alma... sér de mi sér... angel del cielo, que aún está en la tierra, pero sin hollar, ni haber hollado nunca este inmundo suelo que nosotros por nuestro mal pisamos, ya no me pertenece; pues, desde muy niña, se halla oculta, para siempre, á todo ojo mundano.

Fragante violeta, en discreto cespéd escondida, ella, desde los primeros albores de la vida, embalsama con su inocencia, con sus virtudes y su hálito purísimo, el sagrado recinto de un convento.

—Nunca me hablaste de ella.

—¿Para qué?...

¡Púsome Dios, lo que más amo en el mundo, allí donde yo no pudiera gozar de sus caricias, como coloca en el fondo del mar y en las entrañas de la tierra los más valiosos y codiciados tesoros, para que los avaros los ansien, si; pero también para que no los disfruten cual quisieran!...

¡Hija adorada!... Desde los comienzos, su inocente y plácida existencia se desliza limpia y clara—como el puro manantial resbala sobre arena—en el reposo, la quietud y soledad de un santo monasterio, apartada por su bien del mundanal bullicio, y feliz sin conocer lo que son ruidos, tumultos, devaneos, miserias y vanos faustos de la sociedad contemporánea.

—¡Dichosa ella!—exclamó enternecido don Manuel—. ¡Dichosa ella, que ha escogido para sí la mejor parte, que ya nunca le será arrebatada, según el mismo Dios afirmó, en Bethania, á la hermana de su amigo Lázaro!

¡Dichosa ella mil veces!... Que extraña á los peligrosos afanes de la tierra (que más son desplaceres que placeres) goza de las familiares excelsas confianzas, que Dios prodiga tanto, á las moradoras del claustro...

De esas embriagantes confianzas, que, con mágica voz de celestial cadencia, arrulladora y suave como el murmullo de la fuente, y dulce como el sonido de una lira, sus almas virginales embelesa y las sacia, deleitosa y cumplidamente, de cuanto anhela su pureza.

—¡Sí, don Manuel, dichosa ella!...—murmuró lánguidamente Melitón.

—Y dichoso tú también... ¡Dichoso su padre, porque ese hermoso ángel de doradas alas, aleteando incesante con rumbo á lo infinito, habrá, ciertamente, entreverado y confundido con sus candorosos vuelos y sus dulces plegarias de amor divino, el recuerdo y las súplicas de su ausente é inolvidable padre!...

¿Quién puede asegurar si fue aquel espantoso y horrendo naufragio, en noche borrascosa, ó si ha sido la dulce y suave plegaria de tu hija, elevada en la quietud y recogimiento del claustro, lo que indujo á la Belleza increada... á la Belleza altísima... á la Belleza sustancial y una... al mismo Dios... á tender hacia tí su pía y generosa mano?...

—¡Cuán grandel!... ¡Cuán inmenso es el bien que sus bondadosas palabras me hacen, don Manuel!... ¡Dios se las pague!...

—¿Y es novicia todavía, ó ha profesado ya?...

—Ya hace años que colocaron, sobre su virginal y hermosa frente, el albo y tendido velo de las esposas del Señor... ¡Yo estaba allí!... pero de incógnito para todos menos para ella!... ¡Yo estaba allí!... pero oculto en un rincón... sin que me conociera nadie... ¡¡O cuánto sufrí y cuánto gocé!!... ¡Sólo el Señor lo sabe!...

—¡Infeliz... y venturoso padre!...

—Entonces aseguré, económicamente, la vida y bienestar material del convento.

—Eres todo un gran corazón—clamó don Manuel estrechándole de nuevo entre los brazos.



Pasado un largo rato, cuando parecía haber ya llegado el momento de despedirse ambos amigos, Melitón, fuese por virtud de una inexplicable asociación de ideas, ó fuese por expresos designios del Señor que ve nuestras más ocultas flaquezas, el caso es que sintió que un pensamiento, audaz y mortificante, se le había posado, tenaz, en la ardorosa mente.

El efecto, producido en su espíritu por ese singular y molesto pensamiento, era para él indefinido: lo mismo parecía tender á remontarle á las cumbres de lo excelso, como querer rebajarle á las lobregeces del abismo.

Miró atentamente á don Manuel, y con esa impaciente nerviosidad de quien teme y á la par ansía conocer la respuesta de lo que pregunta, le dijo con acento, entre agridulce y receloso:

—Un escozor tengo, don Manuel; un escozor importuno, que pretende empañar mi actual contento, y que parece como que quiere escarabajearme en la conciencia.

¿Qué habrá sido de la infeliz duquesa de Quitraco, desaparecida tan súbitamente, tan misteriosamente, tan irregularmente de Sabarío?...

¿Qué del cuantioso importe de la venta de las muchas haciendas de su noble esposo?...

Esa desdichada mujer—añadió frunciendo el entrecejo en señal de protesta—las vendió, tan de repente y con tal sigilo, á los caballerosos hijos del duque, con quienes—lo sé positivamente—jamás ella había cambiado ni aún el menor saludo, que temo mucho les haya envuelto en la peligrosa red de alguna de esas intrigas que esa inquieta hembra suele urdir á cada momento.

—Te equivocas... En la ocasión presente, Dios ha tocado el corazón á Damiana Crispín, y con esto queda explicado todo.

—¿A Damiana Crispín, ha dicho usted?... ¿Luego usted conoce su verdadero nombre?...

—Y su historia también... Me lo confesó todo su desgraciado marido, pocas horas antes de espirar.

—¡Pero y su retorno al buen camino!...—exhaló asombrado Sauro.

—Hoy mismo lo supe... La luz y la templanza han descendido sobre aquel ciego é intemperante espíritu, tantos años disipado en ideas pecaminosas y banales.

La duquesa, viuda de Quitraco, fue hondamente punjada, al fin, por el saludable mirar

de los remordimientos, y ella, á su vez, ha respondido fielmente al reflejo de aquella mirada justiciera, tan parecida á la que lanzó Cristo á Pedro en el pretorio para que se arrepintiera y se salvase...

—¿Es posible?...

—Sí, Melitón: la han brotado, por fortuna suya, las redentoras y potentes alas del angel del dolor de contrición, y, después de haber renunciado á las riquezas, honores y demás vanidades de este mundo, ahora se halla refugiada en la paz y soledad de un humilde claustro... Allí, como la más austera penitente, cuida ya sólo de su ansiada salvación; y muy adolorida, y fervientemente arrodillada á los piés de un crucifijo, aspira, entre sollozos y lágrimas, los celestiales aromas de la redentora y preciosa sangre del Calvario, que ha de purificar su alma, y que ha de redimirla para Dios.

—¡Qué me dice usted don Manuel!... ¡Qué me dice usted!...

—¡La verdad, Sauro!... ¡La verdad estrictamente!... Me aseguran haberla dejado allí abrazada á la santa cruz, y con todo su sér fundido en la más envidiable armonía de virtudes...

—¡¡Ella!... ¿Ella también?...

—Sí, Melitón... Por inescrutable disposición de Dios, con la misma facilidad y placidez con que despierta el día de entre las sombras de la noche, así debió surgir el poderoso entendimiento de la pecadora arrepentida, lleno de luz... radiante de claridad, de entre las lóbregueses y negruras, en que yacía por tanto tiempo enterrado.

Sólo así se comprende cómo ha vencido, tan pronto y radicalmente, el orgullo, la vanidad y el egoísmo, que tan arraigados estaban en su pecho, y cómo se ha apartado, para siempre, de todo cuanto pudiera despertar en ella, hasta el menor afecto mundano, poniendo la doble valla de la soledad y de los votos entre su corazón y el mundo.

Con las hermosas potencias de su alma, digna y santamente concertadas con los sentidos de su también hermoso cuerpo; fervorosamente codiciosa de purgarse de toda fealdad de culpa, y de saciarse, avarienta, en los raudales copiosos de la gracia, ya sólo quiere olvidar, por entero, las mezquinas florecillas del mundo, y ocuparse, únicamente, en producir sabrosos frutos de penitencia y de piedad, en favor de su salvación, y la de sus enemigos y sus cómplices.

—¡Dios sea bendito... Gracias Dios mío!... —suspiró alborozado Sauro, elevando su mirada al cielo, á la par que honda emoción le hacía estremecerse ligeramente, y pintaba en su semblante visibles afectos de inefable satisfacción y de gratitud intensa.

—Hace dos horas salió de aquí—ponderó solemnemente Barrientos—el venerando Sacerdote don Ladislao Mela, quien, además de asegurarme que la Gracia santificante del Señor había hecho que ya de aquellos hermosos y provocativos ojos, por largas y negras pestañas sombreados, sólo se irradien pensamientos santos, me ha notificado, para su exacto cumplimiento, lo siguiente:

Anoche llegué de Roma, y del Estado Lom-

bardo-Véneto, y me apresuro á rogar á usted, por encargo de la Reverenda Madre Sor Magdalena del Perdón, (en el tiempo la duquesa viuda de Quitraco, doña Ana Crisp) tenga la caridad de auxiliarme con sus noticias y consejos, para la secreta distribución, entre obras de acción social católica y de beneficencia, del cuantioso caudal, que, en dinero, ha producido la venta de sus bienes.

Yo la acompañé á recibir la bendición de nuestro Santo Padre, y, merced á un buleto especial de Su Santidad dispensándola la gracia del año de noviciado, profesó, hace cuatro días, en el convento de las Ursulinas de Brescia.

—¿De Brescia ha dicho usted?—falminó exhaltado Melitón, víctima de opresora angustia y de intenso asombro.

—¡Sí! de Brescia, capital del Lombardo-Véneto... ¿Qué tiene eso de particular?...

Sauro experimentó en todo su cuerpo una horrorosa y tremenda sacudida: una profundísima emoción, violenta, indescriptible, que le trastornó por completo las facciones y le hizo exclamar de modo terrorífico:

—¡Es que de ese convento es ahora Abadesa nuestra hija!...

—¡Providenciales é inescrutables designios de Dios!—exclamó Barrientos levantando en alto los brazos.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!...—exhaló Melitón sollozando, y cayendo consternado de rodillas—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡¡Que no se reconozcan madre é hija!... ¡¡Que no se reconozcan!... ¡¡Que antes mueran!...

—¿Qué dices infeliz? ¿Acaso ignoras que

hay en la vida de las criaturas coincidencias providenciales, preparadas por la Suprema voluntad del Creador, y que, en su sabiduría infinita, se vale, cuando uno menos lo espera, de los medios que estima más adecuados y convenientes, para reparar humanas injusticias, y para juntar existencias, que creíase separadas, para siempre, en el misterioso destierro de la prueba?...

—¡Tiene usted razón! —asintió el infortunado Sauro, alzándose del suelo y sobreponiéndose á la tremendísima amargura de su sorpresa y su aflicción.

¡¡Tiene usted razón!!...—añadió resignado; y después, como si apesar suyo se sintiera atraído por irresistible fuerza misteriosa, lanzó al cielo una mirada humilde, angustiada, doliente y suplicante, de la que brotaba luz, y con voz vibrante exclamó:

¡¡Dios mío!!... ¡¡Dios mío!!... ¡¡*Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu!*!!...

EPÍLOGO

Mira, mi Señor, mis deseos y las lágrimas con que os lo suplico... habed lástima de tantas almas como se pierden, y favoreced vuestra Iglesia... No permitais ya más daños en la cristiandad... Dad luz á estas tinieblas.

(*Santa Teresa.* — «Camino de perfección», 4.

DESPUÉS de transcurridos más de doce años, desde que el Marqués de las Trompeterías emprendió su misteriosa peregrinación, sin que, durante tan largo tiempo, se hubiera sabido nada de él, un día el correo de España trajo, para la reverenda prelada de las Ursulinas de Brescia, la siguiente carta:

N..... (España) á 2 de Octubre de 19...

«Damiana: En estrecha celda; sobre lecho
»de ortigas y de cardos; martirizando sin ce-
»sar el dolorido cuerpo; y aventando con fe,
»siempre creciente, las frías cenizas de bravo-

»sos volcanes apagados, traza las presentes
 »líneas, ya en los umbrales del sepulcro, este
 »miserio lego de un retirado convento de Pa-
 »dres Franciscanos».

«Las primeras son que te escribo, en el
 »transcurso de veintisiete años, pero también
 »serán las últimas, pues, muy cerca de mis
 »oídos, oigo la voz paternal de nuestro Santo
 »Padre, quien amante hacia sí me llama, y pa-
 »rece que, desde el cielo, me dicta para vos-
 »otras esta primera y postrera carta».

«Cuando ella llegue á *vuestras* manos ro-
 »gad mucho á Dios por mí, porque ya habré
 »dejado de existir».

«Advierto que apresurada y silenciosa—
 »como avanzar veo, en este momento, la fría y
 »lensa niebla por el valle—llega hacia mí la
 »*Intrusa*, chiticallando y apresivamente, cre-
 »yendo que viene á sorprenderme».

«¡Cuánto se equivocal... La muerte sólo sor-
 »prende al débil, y al no arrepentido de haber
 »desagradado al Creador».

«Para quien ya tiene arraigada la fe bendi-
 »ta en el pecho, la muerte es la amiga desea-
 »da... es el derrumbamiento del dolor... la son-
 »rosada aurora que ansiosa espera el alma
 »que en su Dios confía... el día del Señor...
 »el día eterno... el día, en fin, de perpetua luz
 »y de infinita claridad».

«Mas, no obstante mi fe y mi confianza, tre-
 »mendo es—lo confieso—el miedo indescripti-
 »ble... el inapagable espanto, que experimenta
 »el alma al sentir cercana la pavorosa sepa-
 »ración de su consorte el cuerpo».

«Pues no puede olvidar que—como dice

»Kempis (1)—durante los días de este mundo,
 »que fueron pocos y malos, el alma se manchó
 »con muchos pecados... se enredó en muchas pa-
 »siones... se ocupó en inútiles cuidados... afectó
 »grandes vanidades... se enervó por los deleites,
 »y oscurecida fue por muchísimos errores»...

*
 * *

«¡Cuán inmensos é inestimables son los be-
 neficios que debemos—tú la hermosa Damia-
 na y yo el ambicioso Melitón—á la Infinita
 Misericordia del Señor!...»

«¡Bien cumplidamente lo hemos experimen-
 tado los dos, en nosotros mismos, durante el
 periodo de la prueba...»

(2) «El nos dió protector abrigo cuando arre-
 ció el frío, y las fuerzas y el vigor nos aumen-
 tó para salvarnos, cuando Satán iba ya á se-
 pultarnos en el abismo de eterna condena-
 ción, con la misma celeridad con que se echa
 el cazador sobre la pieza caída en el lazo,
 que antes la tendió...»

«Si la paternal mano de Cristo no hubiese
 desviado nuestros pasos del camino de per-
 dición que antes seguíamos... sin los cauti-
 vadores atractivos de su liberalidad y de su
 gracia, que animaron y excitaron los movi-
 mientos de nuestro espíritu hacia el bien, ja-
 más nosotros, Damiana, jamás hubiéramos en-
 tendido la bondad del Oreador, ni temido su
 justicia, ni, en manera alguna, sentido los sal-

(1) Libro tercero.--Cap. 48, ver. 2.

(2) Padre Isla.

»vadores anhelos que ahora tenemos de amar-
»le, y de merecer su amor».

«¡No, Damiana, no!... ¡No fueron los años
»ni los desengaños!.. ¡No fueron tampoco los
»duelos, ni la experiencia, ni el dolor, ni los
»pesares, ni la ciencia, ni arte alguno de
»nuestro pobre ingenio, los que nos reconci-
»liaron con nuestro adorable Creador!...»

«¡No!... No pudo ser nada de eso, porque
»todo ello pasa, y se sucede, con la velocidad
»vertiginosa con que hienden los fuegos fá-
»tuos el espacio, impulsados por invisible y
»prepotente mano».

«Fue la misericordia de Dios... Fue Dios
»mismo... Dios solo, quien como autor y go-
»bernador de todo lo criado, y como conserva-
»dor del orden, por El mismo establecido, se
»ha dignado otorgarnos el don de la sabidu-
»ría, que consiste en huir del mal, en obrar
»el bien, ó sea en guardar sus Mandamien-
»tos...»

»El, solo El, quien nos ha señalado con su
»dedo infalible, el único camino que conduce
»á El, que es nuestro fin: porque así como el
»mar es nacimiento y muerte de los ríos, así
»la criatura racional tiene su principio y su
»término en su mismo Creador».

«¡Oh!... (1) ¡Vivimos ciertamente en la igno-
»rancia y las tinieblas, hasta que vos, Nuestro
»Padre Creador, nos dais luz; porque nos bus-
»cais y nos llamais, que no es el hombre quien
»os busca, y quien os llama á Vos!»

«Pero es menester creer en Vos, puesto que

(1) San Agustín.—Soliloquios.

»en un día memorable, calcinando con el fue-
 »go de vuestra célica palabra nuestros espíri-
 »tus de hielo, á todos nos dijiste (1): *Tened fe*
 »*en Mí... Quien orando de corazón dijere á la*
 »*montaña: ¡Quitate de ahí y al mar arrójate, si*
 »*firmente creyere, crea que así será!*»

*
 * *

«Mientras nuestros míseros hermanos per-
 »sistan en su insolente reto actual, al de los
 »mares cuando braman parecido; mientras si-
 »ga extinguida en ellos la salvadora idea de
 »un Dios Único, Omnipotente y Justo, no
 »tendrán paz... Ni serán hombres de razón...
 »En desgracias reales les serán trocados los
 »soñados bienes... Y, en fin, el entendimiento
 »y el corazón, de los que es imposible pres-
 »cindir, no tendrán ni un día, ni una hora, ni
 »un minuto de concordia y de reposo».

«¡Desventurados ellos!... ¡Al igual que la
 »encina seca, cuyas ramas sirven tan sólo pa-
 »ra carbón y leña, ellos, cuando de entre los
 »vivos desaparezcan, como desaparecen las mie-
 »ses en la siega, serán destinados, despiada-
 »damente, á servir de alimento al inextingui-
 »ble fuego del infierno!»...

«¡Roguemos al Señor de las Misericordias
 »que no les pase eso!... (2) *Por las oraciones*
 »*de los sinceramente arrepentidos, vuelven al*
 »*santo redil innumerables ovejas descarriadas*».

«¡Tengamos, pues, lástima de aquellos de

(1) San Mateo.—Cap. XI, ver. 20 y 24.

(2) Bossuet.

»nuestros hermanos, que aún permanecen ex-
»traviados!»...

«¡*Compadezcámonos!*—repetía frecuentemen-
»te el Obispo de Hipona—¡*Compadezcámonos*
»*de los que sólo ven con los ojos de la carne!*»..

«Yo, desde el feliz instante de mi venturo-
»sa conversión, no he cesado de amonestarles
»que abandonen la mala senda que aún si-
»guen, y que se vuelvan, presurosas, al ado-
»rable Creador»...

«A nuestro Creador, que todo lo ve y todo
»lo mide lo mismo para el premio que el cas-
»tigo; porque si bien es cierto que, no siempre,
»el pecador y el justo tienen su merecido en-
»tre los hombres, es seguro que de caer en las
»manos del Señor ni el uno ni el otro escapa-
»rán».

(1) «*Porque no hay ninguna criatura que esté*
»*encubierta en el acatamiento del Creador, pues*
»*todas las cosas están desnudas y descubiertas*
»*á sus escrutadores ojos*».

»Que la ley natural—y otra cosa no es
»la ley divina—está plantada en el espíritu
»de todos los mortales, á fin de que sepa
»fácilmente, quien la guarde, que será alum-
»brado de la luz del cielo, al lado de la cual
»«son tinieblas y sombras las luces que proce-
»den de los hombres».

(2) «*Porque muy diferente es, por cierto, el*
»*sabor del Criador y el de la criatura; el de la*
»*eternidad y el del tiempo; el de la luz increa-*
»*da y el de la luz emanada*».

(1) San Pablo á los hebreos.—Cap. IV, ver. 13.

(2) Kempis.—Cap. 34.—Libro tercero.

«Y, por último, que es menester cesen ya
»de desatarse en imprecaciones, en odios, en
»iras, en malquereres y venganzas contra sus
»convecinos; contra sus competidores; contra
»los que ellos juzgan sus rivales y enemigos,
»porque todos somos hermanos, como hijos
»de un mismo Padre, que es Dios».

«Esteril ha sido, por desgracia, la campaña
»que bizarro afronté, en todos terrenos, por
»espacio de más de doce años... Nuestros her-
»manos, incorregibles, no me hicieron caso...
»Mis ruegos no tuvieron eco en sus oídos...
»¿Cómo ha de ser? El Señor no me ha juzgado
»digno de ello»...

«¡Bandito sea el nombre del Señor, y á El
»remito toda mi solicitud; porque El la tiene
»de todos, según sabiamente nos enseña el
»Gran Apóstol!»...

*
* *

«Yo ya, en la vida del tiempo, poco podré
»hacer por esos nuestros desventurados her-
»manos, pues me voy por momentos, y ale-
»gre como os dije antes, de este mundo mi-
»sérriimo y bajísimo»...

«No así *vosotras*—mis *dos* muy amadas mon-
»jas—que aún podeis, en esta vida, implorar
»mucho al Señor por ellos, y tengo la seguri-
»dad de que así lo hareis».

«¡Como lo hareis, también, por los que ha-
»yamos perdido ya la existencia terrena, que
»pasa con más rapidez que estrella errante en
»noche oscura, pues ya nosotros ¡infelices!
»nada podremos hacer en favor nuestro!»

«Sí ¡jamadas de mi corazón! pedid mucho á
»Dios por mí».

«Yo, á mi vez, os juro que si, merced á la
»Misericordia del Señor, el fuego eterno, por
»mis pecados merecido, no ahoga al otro lado
»de la tumba, mis fervientes súplicas, ellas se
»encaminarán principalmente, continuamente,
»ardorosamente, á la venturosa salvación de
»vosotras dos»...

«Vosotras dos, entrañables pedazos de mí
»mismo, de quienes he tenido, secretamente
»y con frecuencia, consoladoras nuevas, desde
»el momento en que tú, Damiana, arrastrada
»por la divina ola de la Gracia, huiste repen-
»tina y rápidamente de Sabario... ¡Bendita mil
»veces sea tu loable huida!»...

«Sé que, embellecido por igual *vuestro* no-
»ble espíritu con las inmarcesibles flores de
»esa divina gracia, dilatais *juntas* vuestros
»hoy iguales corazones—antes tan distintos—
»en continuos rezos de contrición y gratitud,
»fundidos en un sólo, en un mismo himno fer-
»voroso, al entrañable Amor de los amores»...

«Sé que con cadencias de suspiros y con
»estrofas de sincero llanto os lamentais, á los
»piés del crucifijo, de los quebrantos de nues-
»tros hermanos, y de los quebrantos míos,
»mientras *vuestros* labios desgranán, de con-
»suno, plegarias al Altísimo, en demanda de
»virtudes y misericordia para todos»...

«¿Que más necesitaba yo saber en este mun-
»do, si sé, por último, que deshojais á coro
»vuestros hermosos días dialogando íntima-
»mente, propiciamente, amorosamente, con la
»Sabiduría Eterna, cerca de la cual—seguro

»estoy—ya no existirán las abominables di-
»ferencias, que de Ella os separaban antes?»...

«¡Sí, Damiana!... ¡Jamás perdió mi alma la
»huella de vuestras adorables huellas; sino
»que, lejos de eso, ha estado, sin cesar, estre-
»chamente unida á vuestras almas, apesar de
»las tierras y mares, de ilimitadísima distan-
»cia, que tenían separados nuestros cuerpos!»

«Macho tiempo ha pasado, es cierto... Mu-
»chas cosas debí olvidar... y he olvidado; pe-
»ro siempre llevé impresa en mi sér, con le-
»tras luminosas, la sublime, la animadora con-
»fianza de que, por virtud de los méritos de
»Cristo Redentor, tan luego como los *tres* ha-
»yamos dejado, para siempre, los altibajos y
»vaivenes de los tiempos... de que tan luego
»como hayamos cesado de hollar este humano
»lodo, *los tres*, en cuerpo y alma, nos juntare-
»mos de nuevo, para ya no separarnos más,
»en la hendita Jerusalén de eternal ventura,
»donde ya no nos será irritada la fiebre abru-
»madora del deseo»...

«Por eso, al despedirme de *vosotras dos*,
»desde mi lecho de muerte—de esa muerte
»venturosa, á la que aguardo impaciente, co-
»mo aguarda el campo seco la bienhechora
»lluvia—mi ánima cansada, y por la miseri-
»cordia del Señor creyente... mi ánima feliz,
»y altamente confortada por el vigoroso alien-
»to que la da tal confianza. ¡*Hasta mañana!*...
»¡*Hasta luego!*... ¡*Hasta muy pronto!*... con eu-
»trañable afecto os dice vuestro amante,

Melilón.»

FIN DE «LA DUQUESA DE QUITRACO».

ÍNDICE

| <u>Capítulos</u> | <u>Páginas</u> |
|---|----------------|
| Prólogo | VII |
| I ¡Triunfaste galileo! | 1 |
| II . . . Los muertos viven. | 15 |
| III . . . Prepósteros Amor | 37 |
| IV . . . Un mitin | 55 |
| V . . . Confesión | 83 |
| VI . . . Ave fénix | 111 |
| VII . . . La conversión | 141 |
| VIII . . . ¡Fatalidad! | 167 |
| IX . . . ¡Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu! | 191 |
| Epilogo. | 207 |



MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número. *4712*
Estante... *40*
Tabla.... *3*

Precio de la obra.....

Precio de adquisición.

Valoración actual.....

Número de tomos.. ..



Nuestros pueblos
latinos no tendrán in-
dependencia sino á condi-
ción de que en ellos predomi-
nen estos dos factores fundamen-
tales del genio de la raza: la reli-
gión católica y el casticismo del
idioma. El verdadero patriotismo
consiste, pues, en fortificar dichos
baluartes contra la hostilidad de
las naciones imperialistas. A es-
to aspira con sus obras el
«Patronato Social de Bue-
nas Lecturas».



4912.

TU

—LA DUQUESA DE QUITRACO.— Isidro Benito Lapena.

B. N.